

CHARLES BUKOWSKI

*Se busca
una mujer*

Se busca una mujer.....	3
Bop bop bop contra la cortina.....	7
Tú y tu cerveza y lo grande que eres.....	11
No hay camino al paraíso.....	15
Política.....	19
Amor por 17,50 \$.....	22
Un par de vinos.....	26
Maja Thurup.....	30
Los asesinos.....	33
Un hombre.....	37
Clase.....	40
Deje de mirarme las tetas, señor.....	43
Algo acerca de una bandera del vit-cong.....	46
No puedes escribir una historia de amor.....	49
¿Te acuerdas de Pearl Harbour?.....	52
Pittsburgh Phil y compañía.....	55
Doctor nazi.....	59
Cristo en patines.....	63
Un mozo de cuerda con la nariz roja.....	67
El diablo estaba caliente.....	72
Cojones.....	77
Hombre mazo.....	81
Esto es lo que mató a Dylan Thomas.....	84
Sin cuello y malo como el demonio.....	87
De cómo aman los muertos.....	91
1.....	91
2.....	91
3.....	92
4.....	94
5.....	95
6.....	95
7.....	96
Todos los ojos del culo de este mundo y el mío.....	99
1.....	99
2.....	99
3.....	100
4.....	100
5.....	100
6.....	101
7.....	101
8.....	102
9.....	102
10.....	103
11.....	105
12.....	107
13.....	107
Confesiones de un hombre lo bastante loco como para vivir con las bestias.....	111
1.....	111
2.....	111
3.....	112
4.....	113
5.....	115
6.....	119
7.....	121
8.....	122
9.....	122

Se busca una mujer

Edna bajaba por la calle con su bolsa de la compra, cuando pasó a la altura del automóvil. Había algo escrito en la ventanilla lateral:

SE BUSCA UNA MUJER.

Se paró. Era un cartón pegado a la ventanilla, con alguna especie de anuncio.

En su mayor parte estaba escrito a máquina. Edna no podía leerlo desde el lugar de la acera en que se encontraba. Sólo podía ver las letras grandes:

SE BUSCA UNA MUJER.

Era un coche nuevo y de los caros. Edna cruzó la hierba y se acercó a leer la parte mecanografiada:

Hombre de 49 años. Divorciado. Busca una mujer con fines matrimoniales. Que tenga entre 35 y 44 años.

Me gusta la televisión y los films. La buena comida.

Soy contable y tengo el trabajo bien asegurado.

Tengo dinero en el banco. Me gustan las mujeres algo rellenas.

Edna tenía 37 años y estaba algo rellena. Había un número de teléfono. También había tres fotos del caballero que buscaba una mujer. Parecía rico y elegante, con su traje y corbata. También parecía algo estúpido y un poco cruel. Y hecho de madera, pensó Edna, hecho de madera...

Siguió su camino, con una pequeña sonrisa. También sentía una especie de repulsión. Pero cuando llegó a su apartamento ya se había olvidado por completo de todo. Fue varias horas más tarde, sentada en la bañera, cuando empezó a pensar en él otra vez, y esta vez pensó en lo solo, en lo terriblemente solo que debía encontrarse para haber llegado a hacer una cosa así:

SE BUSCA UNA MUJER.

Se lo imaginó llegando a la casa, encontrándose las facturas del gas y del teléfono en el buzón, desnudándose, tomando un baño, la televisión encendida. Después leería el periódico de la tarde. Luego entraría en la cocina a hacerse la cena. Allí, quieto, mirando como se fríe el pan, en calzoncillos. Luego cogería la comida y la llevaría a una mesa, se la comería. Le podía ver bebiéndose su café. Luego más televisión. Y quizás un solitario bote de cerveza antes de acostarse. Debía haber millones de hombres como él en toda América.

Edna salió de la bañera, se secó, se vistió y salió del apartamento. El coche seguía allí. Apuntó su nombre, Joe Lighthill, y el número de teléfono. Leyó de nuevo toda la parte mecanografiada. «Films». Era un término muy culto. La gente decía «películas» normalmente. Se busca una mujer. El anuncio era bastante atrevido. Por lo menos había mostrado ser original al escribirlo.

Cuando Edna volvió a casa se tomó tres tazas de café antes de marcar el número. El teléfono sonó cuatro veces. «¿Hola?» Contestó él.

—¿Señor Lighthill?

—¿Sí?

—Es que vi su anuncio. Su anuncio en el coche...

—Ah, sí.

—Me llamo Edna.

—¿Cómo estás, Edna?

—Oh, muy bien. Pero hace tanto calor. Este tiempo es demasiado.

—Sí, hace la vida difícil.

—Bueno, señor Lighthill...

—Llámame Joe, a secas.

—Bueno, Joe, ja, ja, ja, me siento como una tonta. ¿Sabes por qué he llamado?

—Viste mi anuncio.

—Bueno, quiero decir, ja, ja, ja. ¿Qué es lo que te pasa? ¿No puedes conseguir una mujer?

—Creo que no. Edna, dime. ¿Dónde están?

—¿Las mujeres?

—Sí.

—Oh, pues en todas partes, ya sabes.

—¿Dónde? Dime. ¿Dónde?

—Bueno, en la iglesia, por ejemplo. Hay mujeres en la iglesia.

—No me gusta la iglesia.

—Oh.

—Escucha. ¿Por qué no te vienes aquí, Edna?

—¿Quieres decir allí, a tu casa?

—Sí. Tengo un buen apartamento. Podemos tomarnos una copa, conversar. Sin compromiso.

—Es tarde.

—No es tan tarde. Escucha, viste mi anuncio y llamaste. Debes estar interesada.

—Bueno, es que...

—Tienes miedo, eso es lo que te pasa. Tienes miedo.

—No, yo no tengo miedo.

—Entonces vente, Edna.

—Bueno, es que...

—Vamos.

—Bueno, de acuerdo. Estaré allí en quince minutos.

Era en el último piso de un moderno complejo de apartamentos. Apartamento 17. La piscina reflejaba las luces. Edna llamó. La puerta se abrió y allí estaba el señor Lighthill. Con una calvicie incipiente; la nariz afilada con pelos saliéndole de los orificios; la camisa abierta por el cuello.

—Entra, Edna...

Ella pasó y la puerta se cerró detrás. Edna se había puesto un vestido de seda azul. No se había puesto medias. Iba en sandalias y fumando un cigarrillo.

—Siéntate. Te serviré algo de beber.

Era un sitio bonito. Todo estaba decorado en azul y verde, y además estaba muy limpio. Pudo oír al señor Lighthill canturreando sordamente mientras preparaba las bebidas... Parecía relajado y eso la tranquilizó.

El señor Lighthill —Joe— salió con las bebidas. Le alcanzó a Edna la suya y fue a sentarse a una silla en el lado opuesto de la habitación.

—Sí — dijo él —, hace calor, un calor infernal. Pero yo tengo aire acondicionado. ¿Te has dado cuenta?

—Sí, ya lo noté. Está muy bien.

—Bebe algo.

—Oh, sí.

Edna probó un trago. Estaba bueno, un poco fuerte, pero sabía bien. Vio a Joe inclinar la cabeza hacia atrás al beber. Tenía una gruesa papada. Y sus pantalones eran demasiado holgados. Parecían ser varias tallas más grandes. Le daban a sus piernas un aspecto cómico, ridículo.

—Llevas un vestido muy bonito, Edna.

—¿Te gusta?

—Oh, sí, te cae muy bien. Parece cómodo, muy cómodo.

Edna no dijo nada. Y Joe tampoco. Y allí estaban, sentados, mirándose el uno al otro, bebiéndose sus vasos.

¿Por qué no habla?, pensó Edna. Se supone que es él quien debe empezar la conversación. Verdaderamente tenía algo de madera...

Edna terminó su bebida.

—Deja que te sirva otro —dijo Joe.

—No. Me tengo que ir ya.

—Oh, vamos —dijo él—; déjame que te sirva otro trago. Necesitamos beber algo para soltarnos.

—Está bien, pero después de éste me voy.

Joe se llevó los vasos a la cocina. Esta vez no canturreó. Salió, le dio a Edna su vaso y volvió a sentarse en la silla al lado opuesto de la habitación.

La bebida era ahora más fuerte.

—Sabes — dijo —, soy bastante bueno en el sexo.

Edna bebió su vaso y no contestó nada.

—¿Qué tal eres tú en la cuestión sexual? — preguntó Joe.

—Nunca lo he hecho.

—Deberías hacerlo, sabes, así te darías cuenta de quién eres y qué eres.

—¿Tú crees que todo eso es verdad? Quiero decir, yo lo he leído en los periódicos, no sé qué pensar. Yo no lo he hecho nunca pero he visto fotos — dijo Edna.

—Por supuesto que es verdad, deberías hacerlo.

—Tal vez no sea muy buena para estas cosas — dijo Edna —. Tal vez es por eso que estoy sola. —Se tomó un buen trago del vaso.

—Cada uno de nosotros, al fin y al cabo, siempre solos — dijo Joe.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que, no importe cómo vaya la cuestión sexual, o el amor, o ambos, llega un día en que todo se acaba.

—Eso es triste —dijo Edna.

—Sí, claro. Así llega un día en que todo se pasa. Y entonces, o se corta o todo se convierte en una tregua infernal: Dos personas viviendo juntas sin el menor sentimiento entre ellas. Creo que es mucho mejor vivir solo que eso.

—¿Tú te divorciaste de tu mujer, Joe?

—No, ella se divorció de mí.

—Y qué es lo que fue mal?

—Las orgías sexuales.

—¿Las orgías sexuales?

—Sí, ya sabes, una orgía es el lugar más solitario del mundo. Esas orgías... Me sentía desesperado... Esas pollas deslizándose dentro y fuera...

Perdóname...

—No pasa nada.

—Bueno, esas pollas deslizándose dentro y fuera, piernas enredadas, los dedos trabajando, hurgando por todos lados, bocas, todo el mundo babeando, y sudando, y una ciega determinación a hacerlo... como sea.

—No sé mucho acerca de esas cosas, Joe — dijo Edna.

—Yo creo que, sin amor, el sexo no es nada. Las cosas sólo pueden tener un significado cuando existe algún sentimiento entre los participantes.

—¿Quieres decir que a cada uno le debe gustar el otro?

—Eso ayuda bastante.

—¿Supón que ambos se casen. Supón que tienen que seguir juntos, por cuestiones económicas, niños, cualquier cosa?

—Las orgías no arreglarán nada.

—¿Y entonces qué?

—Bueno, no sé. Tal vez el swap.

—¿El swap?

—Sí, ya sabes, cuando dos parejas se conocen muy bien y entonces hacen intercambio de componentes. Los sentimientos, al fin y al cabo, tienen una oportunidad. Por ejemplo, digamos que a mí siempre me ha gustado la mujer de Mike. Me viene gustando desde hace meses. La he visto pasear por la habitación. Me gustan sus movimientos, llaman mi atención. Me imagino, ya sabes, lo que va con esos movimientos. La he visto furiosa, la he visto borracha, la he visto sobria. Y entonces, el swap. Estás en la cama con ella, y por fin la estás conociendo. Existe la posibilidad de que sea algo real. Por supuesto, Mike se está tirando a tu mujer en la otra habitación. Muy bien, buena suerte, Mike, piensas, y espero que seas tan buen amante como yo.

—¿Y funciona bien?

—Bueno, no sé... Los swaps pueden traer problemas... a la larga. Tiene que estar todo muy hablado... bien hablado y con tiempo. Y aún así puede haber gente que no sepa bastante, no importa cuánto se haya hablado...

—¿Tú sabes bastante, Joe?

—Bueno, estos swaps... Creo que pueden ser buenos para algunos... Tal vez para muchos. Pero me temo que conmigo no funcionan. Soy bastante mojigato.

Joe acabó su bebida. Edna se bebió de un trago el resto de la suya y se levantó.

—Escucha, Joe, me tengo que ir...

Joe cruzó la habitación hacia ella. Parecía un elefante mientras se acercaba, con esos pantalones. Vio sus grandes orejas. Entonces la agarró y comenzó a besarla. Su mal aliento arrastraba todas las bebidas; era un olor agrio. Parte de su boca no hacía contacto. Era fuerte pero su fuerza no era real. Ella apartó su cabeza pero él la siguió agarrando.

SE BUSCA UNA MUJER.

—Déjame, Joe! Estás yendo muy de prisa, Joe! Deja que me vaya!

—¿Por qué viniste aquí, zorra?

La intentó besar otra vez y lo consiguió. Era horrible. Edna subió la rodilla bruscamente. Y le alcanzó de lleno. El se llevó las manos a las partes y cayó al suelo.

—Dios, Dios... ¿Por qué has tenido que hacerme esto? Me has querido asesinar... Auugggh!

Rodó por el suelo gimiendo.

Su trasero, pensó ella, tiene un trasero tan horrible.

Le dejó tirado en el suelo y bajó corriendo las escaleras. El aire estaba limpio allá fuera. Mientras bajaba, pudo oír gente hablando, pudo oír sus televisores. Su casa no estaba muy lejos. Sintió que necesitaba darse otro baño, quitarse su vestido de seda azul y lavarse bien todo el cuerpo. Hacía calor. Más tarde, salió de la bañera, se secó y se colocó unos rulos rosados en el pelo. Decidió no volver a verle más.

Bop bop bop contra la cortina

Hablábamos de mujeres, les mirábamos las piernas cuando salían de los coches; y espiábamos por las ventanas cuando se hacía de noche, esperando ver a alguien follando, pero nunca vimos a nadie. Una vez vimos a una pareja en la cama y el tío la estaba magreando y besando, y pensamos: ahora vamos a verlo, pero ella dijo:

—¡No, esta noche no tengo ganas! —Y le dio la espalda. El encendió un cigarrillo y nosotros nos fuimos a buscar otra ventana.

—¡Hijo de perra! ¡A mí mi mujer no me daría morcillas así como así!

—A mí tampoco. ¿Qué clase de hombre es ése?

Éramos tres, Baldy, Jimmy y yo. Nuestro gran día era el domingo. Los domingos nos citábamos en casa de Baldy y cogíamos el tranvía hasta Main Street. Nos costaba siete centavos.

Había dos casas de *burlesque* por esos días: Las Follies y el Burbank. Estábamos enamorados de las bailarinas del Burbank, y los números eran allí algo mejores, así que íbamos al Burbank. Habíamos probado de ir al sitio de las películas verdes, pero las películas no eran verdes de verdad y los argumentos siempre eran los mismos. Dos tíos se camelaban a una pobre e inocente chica, la emborrachaban, y antes de que se le pasase la resaca se encontraba en una casa de putas con una cola de marineros y viejos borrachos golpeando en la puerta. En estos cines, los vagabundos dormían día y noche, se meaban en el suelo, bebían vino y se echaban unos encima de otros. El hedor a orina, a vino y asesinato era insoportable. Nos íbamos al Burbank.

—¿Qué, chicos, os vais hoy al *burlesque*? —nos preguntaba el abuelo de Baldy.

—Diablos, no. Tenemos cosas *más* importantes que hacer.

Íbamos. Íbamos todos los domingos. Íbamos temprano, bastante antes del espectáculo y paseábamos por Main Street, asomándonos a los bares vacíos, donde las chicas de barra se sentaban al lado de la puerta con las faldas levantadas, dejando que se reflejase en sus piernas el escaso sol que se filtraba al interior del oscuro bar. Las chicas estaban muy bien. Pero ya sabíamos. Lo habíamos oído. Un tío entraba a tomarse una copa y le cargaban la cuenta hasta sacarle el culo, por su bebida y la de la chica, aunque la de ella estaba aguada. Conseguías una sensación o dos, y eso era todo. Si enseñabas algo de dinero, el encargado lo veía y al final salías del bar y todo había volado. Ya sabíamos.

Después de nuestro paseo por Main Street nos íbamos al sitio de los perros calientes y nos tomábamos nuestro perro caliente de ocho centavos y nuestra gran jarra de cerveza de a níquel. Levantábamos pesos y nuestros músculos iban creciendo y fortaleciéndose, y llevábamos las camisas remangadas muy alto para mostrarlos. Habíamos probado también el curso de Charles Atlas, la Tensión Dinámica, pero nos parecía que levantar pesos era la manera más obvia y ruda de hacer músculo.

Mientras nos comíamos el perro caliente y nos bebíamos la gran jarra de cerveza, jugábamos a la máquina, a un penique el juego. Si hacías un determinado tanteo, conseguías una partida gratis. Teníamos que hacer siempre partida, porque no teníamos mucho dinero para gastar.

Franky Roosevelt había llegado, las cosas estaban empezando a ir mejor, pero todavía sufríamos la depresión y ninguno de nuestros padres trabajaba. De dónde sacábamos el dinero, era un misterio, aunque se puede decir que teníamos el ojo siempre avizor a cualquier cosa que no estuviese pegada al suelo con cemento. No robábamos, cogíamos nuestra parte. Y también inventábamos. Teniendo poco o nada de dinero, nos inventábamos juegos para pasar el tiempo —uno de ellos era pasear hasta la playa y volver—.

Esto lo solíamos hacer los días de verano, y a nuestros padres no les preocupaba en absoluto si llegábamos a casa demasiado tarde para cenar. Tampoco les importaban gran cosa

las heridas y ampollas de nuestros pies. Era cuando se enteraban de que habíamos perdido los cordones y las suelas de nuestros zapatos cuando empezábamos a oír sus gritos. Éramos enviados de inmediato al almacén de la esquina, donde cordones, suelas y cola para zapatos estaban siempre listos a un precio razonable.

Era la misma situación cuando jugábamos al fútbol en las calles. No había fondos públicos para construir campos. Eramos tan bestias que jugábamos al fútbol americano en medio de la calle a lo largo de toda la temporada de fútbol, a lo largo de las temporadas de baloncesto y béisbol y a lo largo de la siguiente temporada de fútbol. Y cuando te placaban y caías sobre el asfalto, entonces ocurría. La piel desgarrada, los huesos doloridos, la sangre, pero te levantabas como si no hubiese pasado nada.

A nuestros padres les importaban tres carajos los moretones, la sangre y las torceduras; lo terrible, lo imperdonable, era hacerse un *agujero* en las rodilleras de los pantalones. Porque sólo había dos pares de pantalones para cada chico: los de diario y los pantalones de domingo, y nunca podías hacerte un agujero en uno de los dos pares porque eso mostraba que eras pobre y un culo rastrero, y eso quería decir que tus padres eran pobres y culos rastreros también. Así que aprendías a placar a un tío sin caerte sobre ninguna de tus rodillas. Y el tío aprendía a ser placado sin caerse sobre ninguna de sus rodillas.

Y cuando teníamos una pelea, peleábamos durante horas, y nuestros padres nunca se preocupaban de venir a separarnos. Supongo que era porque nosotros pretendíamos ser tan fuertes y tan duros como para no pedir nunca clemencia, y ellos esperaban a que nos acobardásemos para entrar a separarnos. Pero odiábamos a nuestros padres y no podíamos humillarnos delante de ellos, y tanto como nosotros les odiábamos nos odiaban ellos, y así cuando salían al porche y por casualidad se encontraban con nosotros enzarzados en una terrible pelea sin fin, simplemente bostezaban y soltaban entre dientes un «Largo de aquí» y se volvían a meter dentro de casa.

Yo me peleé con un tipo que luego llegó a ser un gran personaje en la marina U.S.A. Me peleé con él un día desde las ocho y media de la mañana hasta la puesta del sol. Nadie se preocupó de separarnos, a pesar de que estábamos en mitad de su césped frontal, bajo dos grandes árboles llenos de gorriones que se cagaron sobre nosotros a lo largo de todo el día.

Fue una pelea infernal. Pero tenía que acabarse alguna vez. El era mayor que yo, más grande y más pesado, pero yo era más rabioso. Paramos de común acuerdo. No sé cómo funcionan estas cosas, tienes que vivirlo para comprenderlo, pero cuando dos personas llevan dándose de hostias alrededor de ocho o nueve horas, aparece una extraña especie de hermandad entre ellas. Nuestra comunicación fue muy intensa.

Al día siguiente mi cuerpo estaba completamente azul. No podía abrir los labios para hablar ni mover cualquier otra parte de mi ser sin que me doliera. Estaba allí, hundido en la cama, haciéndome a la idea de morir, y entonces entró mi madre con la camisa que yo había llevado durante la pelea. La extendió furiosa delante de mi cara y dijo:

—¡Mira, tienes manchas de sangre en la camisa! ¡Manchas de sangre!

—¡Lo siento!

—¡Nunca las podré sacar! ¡NUNCA!

—Son manchas de *su* sangre.

—¡No importa! ¡Es sangre! ¡Y no se quita!

Los domingos eran nuestro día, nuestro día tranquilo y sin complicaciones. Íbamos al Burbank. Primero ponían siempre una película mala. Una película muy vieja, y tú mirabas y esperabas. Pensabas en las chicas. Los tres o cuatro tíos de la orquesta se desgañitaban, tocaban muy alto, quizás no tocasen muy bien, pero tocaban con todas sus fuerzas, y entonces salían por fin las stripers, salían y se agarraban a la cortina, al borde de la cortina, lo abrazaban como si fuera un hombre y entonces movían el culo y se agitaban y empezaban bop bop bop contra la cortina. Entonces se apartaban y comenzaban a hacer el striptease. Si tenías dinero suficiente podías conseguirte incluso una bolsa de palomitas; y si no lo tenías, ¡que se fueran al carajo las palomitas!

Antes de la siguiente actuación había un intermedio. Un hombrecillo se levantaba y decía:
—Señoras, señoritas, caballeros, si quieren prestarme un momento su atención...

Vendía gruesas sortijas. En el cristal de cada sortija, si la sostenías contra la luz, podía admirarse una maravillosa fotografía. ¡Garantizada! Una magnífica inversión para toda la vida por sólo 50 centavos. Concedida su venta en exclusiva a los patrones del Burbank, no eran vendidas en ningún otro lugar del mundo.

—¡Sólo póngala contra la luz y ya verá! Y muchas gracias señoras y señores por su amable atención. Ahora pasarán al lado suyo los encargados que con mucho gusto les venderán cuantas ustedes deseen.

Dos pobres diablos iban pasando entre las filas, hediendo a moscatel, llevando cada uno una bolsa llena de sortijas. Nunca vi a nadie comprar una de esas sortijas. Me imagino, de todos modos, que si sostenías una de ellas contra la luz la fotografía que se veía en el cristal debía de ser de una mujer desnuda.

La banda empezaba a tocar de nuevo y entonces se abrían las cortinas y aparecían las coristas, la mayoría de ellas antiguas stripers, envejecidas, gordas, cubiertas de máscara y colorete y rojo de labios, pestañas postizas. Trataban de bailar al compás de la música, pero siempre se quedaban atrás. De todos modos lo afrontaban con valentía; creo que demostraban bastante coraje.

Entonces salía el cantante. Era muy difícil que te gustara el cantante. Cantaba demasiado alto, gritando lo más que podía canciones sobre amores fallidos. No sabía cantar, y cuando finalizaba, extendía los brazos inclinando la cabeza a la menor muestra de aplauso.

Luego aparecía el cómico. ¡Hostia, era bueno! Salía embutido en un viejo abrigo marrón, con un sombrero deforme hundido hasta los ojos, arrastrándose bamboleante, andaba como un pobre diablo, un pobre diablo vacilón sin nada que hacer y ningún sitio donde ir. Una chica cruzaba el escenario y sus ojos la seguían desorbitados. Entonces se volvía al público y decía con su boca desdentada:

—¡Bueno, seguro que Dios me castiga!

Salía otra chica al escenario y él se acercaba, ponía su cara pegada a la de ella y decía:

—Soy un viejo, ya he pasado los 44, pero cuando se hunde la cama, acabo en el suelo.

¡Cómo nos reíamos! Los tíos viejos y los más jóvenes, cómo nos reíamos. Y luego venía la rutina de la maleta. Trataba de ayudar a una chica a cerrar su maleta. La ropa se salía continuamente.

—No puedo meterla.

—Venga, déjeme que le ayude.

—¡Ya se ha salido otra vez!

—¡Espere! Me pondré encima de ella.

—¿Qué? ¡Oh, no, no se va a poner encima de ella!

Y seguían una y otra vez con la rutina de la maleta. ¡Hostia, era divertido!

Finalmente, las tres o cuatro stripers del principio salían otra vez. Cada uno de nosotros tenía una favorita y cada uno estaba enamorado de su favorita. Baldy había elegido a la francesita; una chica muy delgada, asmática y con ojeras oscuras. A Jimmy le gustaba la Mujer Tigre (propriadamente la Tigresa). Yo le había hecho notar a Jimmy que la Mujer Tigre tenía definitivamente una teta mayor que la otra. Mi chica era Rosalie.

Rosalie tenía un gran culo, y lo movía y agitaba y cantaba divertidas cancioncillas; y mientras paseaba haciendo el striptease se hablaba a sí misma y soltaba risitas. Era la única que disfrutaba realmente con su trabajo. Yo estaba enamorado de Rosalie. Muchas veces pensé en escribirle y decirle lo grande que era, pero por alguna causa desconocida, nunca llegué a hacerlo.

Una tarde estábamos esperando el tranvía después del espectáculo, y allí estaba la Mujer Tigre esperándolo también. Iba vestida con un traje verde estrechamente ajustado a su cuerpo de tigresa. Nosotros estábamos allí mirándola atontados.

—Es tu chica, Jimmy, es la Mujer Tigre.

—¡Cómo está la tía! ¡Miradla!

—Le voy a hablar —dijo Baldy.

—Pero es la chica de Jimmy.

—No quiero hablar con ella —dijo Jimmy.

—Yo voy a hablar con ella —dijo Baldy. Se puso un pitillo en la boca, lo encendió, y se fue hacia ella.

—¡Hola, nena! —dijo, sonriendo burlón.

La Mujer Tigre no contestó. Siguió mirando fijamente hacia la calle, esperando al tranvía.

—Sé quién eres. Te he visto esta tarde haciendo el striptís. Tú sí que te lo sabes hacer, nena. ¡Tú realmente te lo sabes hacer!

La Mujer Tigre no contestó.

—¡Cómo lo mueves, dios! Me la sabes poner dura. ¡Cómo lo mueves!

La Mujer Tigre siguió mirando fijamente a la calle. Baldy estaba allí, sonriéndole como un idiota.

—Me gustaría metértela. ¡Me gustaría echarte un polvazo, nena!

Nos acercamos y lo apartamos de ella. Nos lo llevamos calle abajo.

—¡Tú, gilipollas, no tienes derecho a hablarla de ese modo!

—¡Pero, bueno, ella se pone ahí y lo mueve, se abre de piernas delante de la gente y lo mueve!

—Sólo trata de ganarse la vida.

—¡Está salida, está calentorra, lo está pidiendo!

—Estás loco.

Nos lo llevamos calle abajo.

No mucho más tarde de aquello empecé a perder interés en esos domingos en Main Street. Supongo que Las Follies y el Burbank siguen allí todavía. Por supuesto, la Mujer Tigre y la chica con asma y Rosalie, mi Rosalie, ya se habrán ido. Probablemente estén muertas. El gran culo de Rosalie estará probablemente muerto. Y cuando paso ahora por mi viejo barrio, me acerco a la casa donde yo vivía y ahora hay gente extraña viviendo allí. Esos domingos estaban bien, pienso, la mayoría de esos domingos estaban muy bien, una lucecita en los oscuros días de la depresión, cuando nuestros padres paseaban por el porche, sin trabajo e impotentes, mirándonos con odio y lanzándose la mierda unos a otros, y luego entraban en la casa y se quedaban mirando las paredes, sin atreverse a poner la radio por miedo a la cuenta de la electricidad.

Tú y tu cerveza y lo grande que eres

Jack entró y cerró la puerta, se encontró un paquete de cigarrillos en la alfombra. Ann estaba echada en el sofá leyendo un ejemplar de *Cosmopolitan*. Jack encendió un pitillo y se sentó. Faltaban diez minutos para la medianoche.

—Charley dijo que no fumaras —dijo Ann, mirando por encima de la revista.

—Me lo he ganado. Ha sido una dura noche.

—¿Ganaste?

—Por puntos, pero vencedor. Benson era un tipo duro, con mucho estómago, pero ya está vencido. Charley dice que el próximo será Parvinelli. Si lo tumbamos, conseguimos el título.

Jack se levantó, fue a la cocina y volvió con una botella de cerveza.

—Charley me dijo que no te dejara beber cerveza —dijo Ann bajando la revista.

—Charley me dijo, Charley me dijo... ¡Estoy harto, entiendes! Gané la pelea, gano siempre. He vencido en 16 combates seguidos, tengo derecho a tomarme una cerveza y un cigarrillo.

—Se supone que debes mantenerte en forma.

—Bah, no importa. Puedo hacer papilla a cualquiera de ellos.

—Eres tan grande. Me paso horas oyéndolo cada vez que te emborrachas. ¡Eres tan grande! Me pones enferma.

—Es que *soy* grande. De 16 combates, 15 K.O. ¿Hay alguien mejor que yo?

Ann no contestó. Jack se fue con su cerveza y su cigarrillo al retrete.

—Ni siquiera me diste un beso al entrar. Lo primero que hiciste fue lanzarte a por tu botella de cerveza. Eres tan grande, oh, sí. Eres un gran borracho saturado de cerveza.

Jack no contestó. Cinco minutos más tarde apareció por la puerta del baño, con los pantalones y calzoncillos bajados hasta los zapatos.

—Pero, coño, Ann, ¿es que ni siquiera puedes poner un rollo de papel de water aquí?

—Lo siento.

Fue hasta el armario y le cogió un rollo de papel. Jack acabó sus asuntos y salió del baño. Acabó su cerveza y se fue a por otra.

—Estás aquí, viviendo con el mejor peso medio del mundo, y lo único que haces es quejarte. Hay miles de chicas que darían cualquier cosa por estar conmigo y tú todo lo que haces es estar ahí tumbada rompiendo los cojones.

—Sé que eres bueno, Jack, quizás el mejor, pero no sabes lo *aburrido* que llega a ser el estar aquí sentada escuchándote decir una y otra vez lo grande que eres.

—Ah, con que te aburres, ¿eh?

—Sí, coño. Tú y tu cerveza y lo grande que eres.

—Dime algún otro semipesado mejor que yo. Ni siquiera vas nunca a ver mis peleas.

—Hay *otras* cosas además de las peleas, Jack.

—¿El qué? ¿Estar ahí, tumbando el culo y leyendo *Cosmopolitan*?

—Me gusta cultivar mi mente.

—Sí, te sobra suficiente cabeza de chorlito para cultivar.

—Te digo que hay otras cosas aparte de las peleas.

—¿El qué? Vamos, dilas.

—Bueno, el arte, la música, la pintura, y cosas por el estilo.

—¿Hay algo de eso que tú hagas bien?

—No, pero lo sé apreciar.

—Mierda, yo tengo que ser el mejor en lo que hago.

—Siempre bueno, mejor, el mejor... Dios. ¿Es que no puedes apreciar a la gente por lo que es?

—¿Por lo que es? ¿Qué son la mayoría? Estafadores, chupa-sangres, dandies, enanos, chinos, negros, siervos, ladrones, idiotas...

—Tú siempre despreciando a todo el mundo. Ninguno de tus amigos es lo suficientemente bueno. ¡Eres tan grande!

—Ahí lo has dicho, nena.

Jack se metió en la cocina y salió con otra cerveza.

—¡Tú y tu condenada cerveza!

—Estoy en mi derecho. Ellos la venden. Yo la compro.

—Charley dijo...

—¡Que le den por culo a Charley!

—¡Eres tan condenadamente grande!

—Pues claro. Por lo menos Pattie lo sabía. Lo admitía. Estaba orgullosa de ello. Sabía lo que significaba. Tú todo lo que haces es romperme los cojones.

—Bueno, ¿por qué no vuelves con Pattie? ¿Qué estás haciendo conmigo?

—Eso es lo que me estoy preguntando.

—Bueno, no estamos casados, me puedo ir en cualquier momento.

—Eso es todo lo que consigo. Mierda, llego a casa con el culo muerto, agotado después de un duro combate de diez asaltos y ni siquiera te alegras de que lo haya ganado. Todo lo que haces es quejarte de mí.

—Mira, Jack, hay otras cosas además del boxeo. Cuando te conocí, te admiraba por lo que eras.

—Yo era un boxeador. No hay otras cosas aparte del boxeo. Eso es lo que soy: un boxeador. Es mi vida y además soy bueno en ello. El mejor. Aunque me doy cuenta de que a ti te gustan los segundones... como ese Toby Jorgenson.

—Toby es muy divertido. Tiene sentido del humor, un verdadero sentido del humor. Sí, me gusta Toby.

—Su record es 9, 5, y uno. Le puedo tumbar estando totalmente borracho.

—y Dios sabe que lo estás bien a menudo. ¿Cómo te crees que me siento en las fiestas cuando te quedas tumbado en el suelo totalmente pasado, o vas de un lado a otro gritando a todo el mundo: ¡SOY GRANDE, SOY GRANDE, SOY GRANDE! ¿Sabes que me haces sentir como un culo?

—Puede que sólo seas un culo. Si te gusta tanto Toby, ¿por qué no te vas con él?

—Oh, sólo dije que me gustaba, creo que es divertido, eso no quiere decir que me tenga que ir a la cama con él.

—Bueno, tú te acuestas conmigo y dices que soy aburrido. No sé qué coño quieres.

Ann no contestó. Jack se levantó, se acercó hasta el sofá, le *cogió la* cabeza y la besó, luego volvió a sentarse donde estaba.

—Mira, déjame que te cuente algo de este combate con Benson. Así te darás cuenta de que puedes estar orgullosa de mí. Me tumba en el primer asalto, un directo de derecha. Me levanto y le acoso durante el resto del asalto. Me vuelve a tumbar en el segundo. Me levanto tranquilamente al contar ocho. Lo acoso de nuevo. En los tres siguientes asaltos, lo canso haciendo juego de piernas. Lo domino claramente en el sexto, el séptimo y el octavo, le tumbo una vez en el noveno y dos en el décimo. Es una victoria clara. Los imbéciles tienen que contar puntos. Bueno, son 45 de los grandes. ¿Te das cuenta, nena? 45 de los grandes. Soy grande por mucho que te pese, soy grande, no puedo evitarlo.

Ann no dijo nada.

—Vamos, dime que soy grande.

—Muy bien, eres grande.

—Bueno, así me gusta. —Jack se acercó y la besó otra vez—. Me siento tan bien. El boxeo es una obra de arte, ya lo creo que sí. Hacen falta tripas para ser un gran artista y también hacen falta para ser un gran boxeador.

—Muy bien, Jack.

—Muy bien, Jack... ¿Eso es todo lo que sabes decir? Pattie se sentía feliz cada vez que yo ganaba. Eramos los dos felices durante toda la noche. ¿No puedes hacer tú lo mismo cuando hago algo bien? ¿Leches, estás enamorada de mí o estás enamorada de los perdedores, de los culos rastreros? Creo que serías más feliz si llegara aquí vencido.

—Yo quiero que ganes, Jack, lo que ocurre es que pones demasiado énfasis en lo que haces...

—Es mi manera de vivir, cojones, es mi vida. Me siento orgulloso de ser el mejor. Es como volar, es como volar a través del cielo y llegar hasta el sol.

—¿Qué piensas hacer cuando ya no puedas pelear más?

—Infiernos, tendremos tanto dinero que podremos hacer lo que nos dé la gana.

—Excepto soportarnos, quizás.

—Puede que yo aprenda a leer *Cosmopolitan*, a cultivar mi mente.

—Bueno, hay bastante espacio por cultivar.

—Vete a joder ese coño.

—¿Qué?

—Vete a joder ese coño.

—Bueno, eso es algo que tú no has hecho hace tiempo.

—Hay tíos a los que les gusta follarse mujeres rompecojones, a mí no.

—Supongo que Pattie no rompía los cojones.

—Todas las mujeres rompen los cojones. Tú eres la campeona.

—¿Bueno, por qué no vuelves con Pattie?

—Tú estás aquí ahora. Y yo sólo puedo mantener una puta a un tiempo.

—¿Putas?

—Putas.

Ann se levantó y se fue hacia el armario, sacó su maleta y comenzó a meter sus cosas en ella. Jack fue a la cocina y cogió otra cerveza. Ann estaba llorando, furiosa. Jack se sentó con su cerveza y se tomó un buen trago. Necesitaba un whisky, una botella de whisky y un buen puro.

—Volveré a por el resto de mis cosas cuando no estés por aquí.

—No te preocupes. Te las mandaré todas.

Ella se paró un momento en la puerta.

—Bueno, creo que esto es el final.

—Supongo que lo es —contestó Jack.

Ann cerró la puerta y se fue. Comportamiento clásico. Jack acabó su cerveza y se dirigió hacia el teléfono. Marcó el número de Pattie. Ella se puso.

—¿Pattie?

—Oh, Jack, hola, ¿cómo estás?

—Gané una gran pelea esta noche. Por puntos. Ya sólo me falta vencer a Parvinelli y consigo el campeonato.

—Los pulverizarás a los dos, Jack. Sé que puedes hacerlo.

—¿Vas a hacer algo esta noche, Pattie?

—Es la una de la mañana, Jack. ¿Has estado bebiendo?

—Un poco. Lo estoy celebrando.

—¿Qué pasa con Ann?

—Hemos acabado. Yo sólo voy con una mujer a un tiempo, ya lo sabes.

—Jack...

—¿Qué?

—Estoy con un tío.

—¿Un tío?

—Toby Jorgenson. Está en el dormitorio...

—Oh, lo siento.

—Yo también lo siento, Jack, yo te amaba... Quizás te amo todavía.

—Oh, mierda, vosotras las mujeres, siempre lanzando esa palabra por todas partes.

—Lo siento, Jack.

—Está bien. —Jack colgó. Se fue al armario a por su abrigo. Se lo puso, acabó la cerveza, bajó en el ascensor hasta el garaje, cogió su coche y se fue calle Normandie arriba, conduciendo a más de 80 kilómetros por hora. Paró en la tienda de licores de Hollywood Boulevard. Bajó del coche y entró. Cogió un paquete de puros de primera y unos sellos de Alka-Seltzer. Luego se fue hacia la caja y le pidió al encargado una botella de Jack Daniels. Mientras se lo envolvían todo, se acercó un borracho con dos paquetes de puros baratos.

—¡Hey, tío! —le dijo a Jack—. ¿No eres tú Jack Backenweld, el boxeador?

—Sí, yo soy —contestó Jack.

—Hostia, he visto la pelea de esta noche. Jack. Tú sí que tienes un par de cojones. ¡Eres realmente grande!

—Gracias, tío —le dijo al borracho, y entonces cogió la bolsa con sus cosas y se fue hacia el coche. Subió, se sentó, le quitó el tapón a la botella y se tiró un buen trago. Luego arrancó, bajó por West-Hollywood a toda velocidad, dobló en la esquina con Normandie y vio a una jovencita muy bien dotada bajando por la calle. Paró el coche, sacó la botella y se la enseñó gritando, vacilón.

—¿Quieres dar una vuelta?

Se sorprendió al ver que ella se metía en el coche.

—Le ayudaré a beber esa botella, señor, pero no intente cobrar intereses.

—Cristo, no —dijo Jack.

Bajó por la calle Normandie a 40 Km./h., un ciudadano respetable y el tercer semipesado del mundo. Por un momento pensó en revelarles a la muchacha quién era el tipo con el que estaba dando una vuelta, que se diera cuenta de lo que significaba, pero cambió de idea, extendió su mano hacia la chica y se la puso sobre una rodilla.

—¿Tiene un cigarrillo, señor? —preguntó ella.

El sacó uno y se lo alcanzó, presionó el encendedor del coche, y cuando saltó, le encendió el cigarrillo.

No hay camino al paraíso

Yo estaba sentado en un bar de Western Avenue. Era alrededor de medianoche y me encontraba en mi habitual estado de confusión. Quiero decir, bueno, ya sabes, nada funciona bien: las mujeres, el trabajo, el ocio el tiempo, los perros... Finalmente sólo puedes ir y sentarte atontado, totalmente noqueado, y esperar; como si estuvieses en una parada de autobús aguardando la muerte.

Bueno, pues yo estaba allí sentado y aquí entra una con el pelo largo y moreno, un bello cuerpo y tristes ojos marrones. Yo no dí la vuelta para mirarla, seguí con mi vaso. La ignoré incluso cuando vino y se sentó a mi lado a pesar de que todos los demás asientos estaban vacíos. De hecho, éramos las únicas personas que había en el bar sin contar al encargado. Pidió un vino seco. Entonces me preguntó lo que estaba bebiendo.

— Escocés con agua — contesté.

— Y sírvale al señor un escocés con agua — le dijo al barman.

Bueno, esto no era muy normal.

Abrió su bolso, cogió una pequeña jaula, sacó de ella unos hombrecitos y los puso sobre la barra. Tenían alrededor de diez centímetros de altura, estaban apropiadamente vestidos y parecían tener vida. Eran cuatro: dos mujeres y dos hombres.

— Ahora los hacen así — dijo ella —. Son muy caros. Me costaron cerca de 2000 dólares cada uno cuando los compré. Ahora ya valen cerca de 2400. No conozco el proceso de fabricación pero probablemente sea ilegal.

Estaban paseando sobre la barra. De repente, uno de los hombrecitos abofeteó a una de las pequeñas mujeres.

— ¡Tú, perra! — dijo —. No quiero saber nada más de ti.

— ¡No, George, no puedes hacerme esto! — gritaba ella llorando —. ¡Yo te amo! ¡Me mataré! ¡Te necesito!

— No me importa — dijo el hombrecito, y sacó un minúsculo cigarrillo, encendiéndolo con gesto altivo —. Tengo derecho a hacer lo que se me dé la gana.

— Si tú no la quieres — dijo el otro hombrecito — yo me quedo con ella, yo la amo.

— Pero yo no te quiero a ti, Marty. Yo estoy enamorada de George.

— Pero él es un cabrón, Anna, un verdadero cabronazo.

— Lo sé, pero le amo de todos modos.

Entonces el pequeño cabrón se fue hacia la otra mujercita y la besó.

— Creo que se me está formando un triángulo — dijo la señorita que me había invitado al whisky—. Te los presentaré. Ese es Marty, y George, y Anna y Ruthie. George va de bajada, se lo hace bien. Marty es una especie de cabeza cuadrada.

— ¿No es triste mirar todo esto? Erh... ¿Cómo te llamas?

— Dawn. Un nombre horrible, pero eso es lo que a veces les hacen las madres a sus hijos.

— Yo soy Hank. ¿Pero no es triste...?

— No, no es triste mirar todo esto. Yo no he tenido mucha suerte con mis propios amores, una suerte horrible, a decir verdad.

— Todos tenemos una suerte horrible.

— Supongo que sí. De todos modos, me compré estos hombrecitos y ahora me entretengo en mirarlos, es como no tener ninguno de los problemas, pero tenerlo todo presente. Lo malo es que me pongo terriblemente caliente cuando empiezan a hacer el amor. Es la parte más difícil para mí.

— ¿Son sexys?

— ¡Muy, muy sexys. Dios, me ponen de verdad caliente!

— ¿Por qué no los pones a que lo hagan? Quiero decir, ahora mismo. Podremos mirarlos juntos.

— Oh, no se pueden manejar, tienen que ponerse a hacerlo por su cuenta.

— ¿Y lo hacen a menudo?

— Oh, son bastante buenos. Lo hacen cerca de cuatro o cinco veces por semana.

Mientras tanto, ellos paseaban por la barra.

— Escucha — decía Marty —, dame una oportunidad. Sólo dame una oportunidad, Anna...

— No — decía la pequeña Anna —, mi amor pertenece a George. No puede ser de otra manera.

George estaba besando a Ruthie, acariciando sus pechos. Ruthie estaba empezando a calentarse.

— Ruthie está empezando a calentarse — le dije a Dawn.

— Sí que lo está. Está empezando de verdad.

Yo también me estaba poniendo cachondo. Abracé a Dawn y la besé.

— Mira — dijo ella —, no me gusta que hagan el amor en público. Me los voy a llevar a casa y que lo hagan allí.

— Pero entonces no podré verlo.

— Bueno, sólo tienes que venir conmigo y podrás.

— De acuerdo — dije — vámonos.

Acabé mi bebida y salimos juntos. Ella llevaba a los hombrecitos metidos en la jaula. Subimos al coche y los pusimos entre nosotros en el asiento delantero. Miré a Dawn. Era realmente joven y bella. Parecía también inteligente. ¿Cómo podía haber fracasado con los hombres? Bueno, había tantos modos de fracasar unas relaciones... Los hombrecitos le habían costado 8000 dólares. Todo eso sólo para alejarse de las relaciones sexuales sin alejarse de ellas.

Su casa estaba cerca de las colinas, un sitio agradable. Salimos del coche y fuimos hacia la puerta. Yo llevaba a la genticilla en la jaula mientras Dawn abría la puerta.

— Estuve oyendo a Randy Newman la semana pasada en el Trobador. ¿Verdad que es grande? — me preguntó.

— Sí que lo es — contesté.

Entramos y Dawn abrió la jaula y los sacó y los puso sobre la mesita de café. Entonces se metió en la cocina y abrió el refrigerador y sacó una botella de vino. La trajo en compañía de dos copas.

— Perdona — dijo — pero pareces un poco chiflado. ¿En qué trabajas?

— Soy escritor.

— ¿Y vas a escribir algo acerca de esto?

— Nunca se lo creará nadie, pero lo escribiré.

— Mira — dijo Dawn — George le ha quitado las bragas a Ruthie. Le está metiendo el dedo. ¿Un poco de hielo?

— Sí, ya lo veo. No, no quiero hielo. El tío va bien derecho.

— No sé — dijo Dawn —, pero de verdad que me pone cachonda el mirarlos. Quizás es porque son tan pequeños. Realmente me calientan.

— Entiendo lo que quieres decir.

— Mira, George la está tumbando, se lo va a hacer.

— Sí, allá van.

— ¡Míralos!

— ¡Dios o la puta!

Abracé a Dawn. Comenzamos a besarnos. Cuando parábamos, sus ojos pasaban de mirarme a mí a mirar a los hombrecitos fornicando, y luego volvía a mirarme de nuevo a los ojos. Yo seguía siempre su mirada.

El pequeño Marty y la pequeña Anna también estaban mirando.

— Mira — decía Marty —, ellos lo están haciendo. Nosotros deberíamos hacerlo también. Incluso las personas grandes van a hacerlo. ¡Míralos!

— ¿Oíste eso? — le pregunté a Dawn —. Ellos dicen que vamos a hacerlo, ¿es verdad eso?

— Espero que sea verdad — dijo Dawn.

La tumbé sobre el sofá y le subí la falda por encima de los muslos.

La besé a lo largo del cuello.

— Te amo — dije.

— ¿De verdad? ¿De verdad?

— Sí, de alguna manera, sí...

— De acuerdo — dijo la pequeña Anna al pequeño Marty — podemos hacerlo nosotros también, pero que quede claro que yo no te quiero.

Se abrazaron en medio de la mesita de café. Yo le había quitado ya a Dawn las bragas. Dawn gemía. La pequeña Ruthie gemía. Marty se la metió por fin a la pequeña Anna. Estaba pasando en todas partes. Me pareció como si toda la gente del mundo estuviese haciéndolo. Entonces me olvidé de toda la otra gente del mundo. Nos fuimos al dormitorio y allí se la metí a Dawn en una larga y tranquila cabalgada...

Cuando ella salió del baño yo estaba leyendo una estúpida historia en el Playboy.

— Estuvo tan bien — dijo.

— Fue un placer — contesté.

Se volvió a meter en la cama conmigo. Dejé la revista.

— ¿Crees que nos lo podemos hacer juntos? — me preguntó.

— ¿Qué quieres decir?

— Quiero decir que si tú crees que podemos seguir así, juntos, durante algún tiempo.

— No sé. Las cosas ocurren. El principio siempre es lo más fácil. Entonces escuchamos un grito proveniente de la salita. «Oh-oh», dijo Dawn. Se levantó y salió corriendo de la habitación. Yo la seguí.

Cuando llegué, ella estaba sosteniendo a George en sus manos.

— ¡Oh, Dios mío!

— ¿Qué ha pasado?

— Anna se lo hizo.

— ¿Qué le hizo?

— ¡Le cortó las pelotas! ¡George es un eunuco!

— ¡Uau!

— ¡Tráeme algo de papel higiénico, rápido! ¡Se está desangrando!

— Ese hijo de puta — decía la pequeña Anna desde la mesita de café — si yo no puedo tener a George, nadie lo tendrá.

— ¡Ahora las dos me pertenecéis! — dijo Marty.

— Ah no, tienes que elegir una de nosotras — dijo Anna.

— ¿A cuál prefieres? — preguntó Ruthie.

— Yo os amo a las dos — dijo Marty.

— Ha parado de sangrar — dijo Dawn — se está quedando frío.

Envolvió a George en un pañuelo y lo puso sobre el mantel.

— Quiero decir — dijo Dawn — que si tú crees que lo nuestro no va a funcionar, no quiero seguir por más tiempo.

— Creo que te amo, Dawn — dije.

— Mira — dijo ella —. ¡Marty está abrazando a Ruthie!

— ¿Crees que van a hacerlo?

— No sé. Parecen excitados.

Dawn cogió a Anna y la metió en la pequeña jaula.

— ¡Dejadme salir! ¡Los mataré a los dos! ¡Dejadme salir! — gritaba.

George gimió desde el interior del pañuelo sobre el mantel. Marty le había quitado las bragas a Ruthie. Yo me atraje a Dawn. Era joven, bella e inteligente. Podía volver a estar enamorado. Era posible. Nos besamos. Me sumergí en sus grandes ojos marrones. Entonces me levanté y eché a correr. Sabía donde estaba. Una cucaracha y un águila hacían el amor. El tiempo era un bobo con un banjo. Seguía corriendo.

Su larga cabellera me caía por la cara.

— ¡Mataré a todo el mundo! — gritaba la pequeña Anna. Se agitaba sacudiendo su jaula de alambre a las tres de la madrugada.

Política

En el City College de Los Ángeles, justo antes de la segunda guerra mundial, yo me hacía pasar por nazi. No sabía mucho más de Hitler que de Hércules, pero eso me importaba bien poco. Todo vino del tener que estar sentado en clase, escuchando a diario a todos esos patriotas predicando cómo iríamos y aplastaríamos a la bestia, e implantaríamos la Libertad y todas esas cosas. Me aburrían. Decidí pasarme a la oposición. Ni siquiera me molesté en leer el libro de Adolfo. Simplemente me ocupaba de soltarles cualquier cosa que yo creyese lo suficientemente maniática o llena de maldad para parecerles nazi.

De todos modos, yo no tenía ninguna ideología política real. Era una manera de poder ir a mi aire.

Ya sabes, algunas veces, si un hombre no tiene fe en lo que está haciendo, puede hacer una tarea mucho más interesante desde el momento en que su mente no está ciegamente absorbida por la Causa a la que sirve. No había pasado mucho tiempo desde que todos los muchachotes rubios habían formado la brigada Abraham Lincoln —para acabar con las hordas fascistas en España— y vieron cómo sus culos eran destrozados a tiros por tropas bien entrenadas. Algunos de ellos se habían ido voluntarios por sed de aventuras y por hacer un viaje a España, pero también vieron sus culos rotos a tiros. Yo apreciaba mi culo. No me gustaban muchas cosas de mí mismo, pero apreciaba mi culo y mi polla.

Me levantaba en clase y soltaba cualquier cosa que me viniera a la mente. Generalmente tenía algo que ver con la Raza Superior, que era una cosa que a mí me divertía lo suficiente como para ponerme a hablar de ella. No acusaba directamente a los negros y a los judíos porque me daba cuenta de que eran unos pobres diablos, tan desgraciados y confundidos como yo mismo. De todos modos me tiré unos cuantos discursos salvajes, dentro y fuera de clase, y la botella de vino que siempre llevaba en mi cartera me prestó una sensible ayuda. Me sorprendí al ver la cantidad de gente que me escuchaba y los pocos, si es que había alguno, que refutaban mis argumentos. Yo simplemente dejaba mi lengua libre y me sentía encantado de ver lo entretenido que podía ser el City College de L. A.

—¿Te vas a presentar candidato a la presidencia del colegio, Chinaski?

—Mierda, no.

Yo no quería hacer nada. Ni siquiera quería ir al gimnasio. De hecho, la última cosa que quería hacer era ir al gimnasio y sudar y llevar unos calzones y comparar las longitudes de las pollas en las duchas. Yo sabía que tenía una polla de tamaño mediano. No necesitaba ir al gimnasio para comprobarlo.

Estábamos de suerte. El colegio había decidido cargarnos una cuota de dos dólares como ayuda para la construcción de una nueva capilla. Decidimos —unos pocos de nosotros decidimos— que *eso* era Anticonstitucional, así que nos negamos a aceptarla. Luchamos contra ella. El colegio, como respuesta nos permitió seguir asistiendo a las clases, pero nos privó de cualquier privilegio de que gozáramos. Uno de ellos el gimnasio.

Cuando llegaba la hora de la clase de gimnasia obligatoria, nos quedábamos con nuestros trajes de paisano y el entrenador, que previamente había recibido órdenes, nos hacía marchar en formación cerrada de un lado a otro del campo. Esta era su venganza. Magnífico. No teníamos que andar corriendo por una cancha sudando el culo tratando de meter una demencial pelota de baloncesto en un aro demencial.

Marchábamos hacia delante y hacia atrás, jóvenes, llenos de orina, llenos de locura, llenos de sexo, sin un jodido coño, al borde de la guerra. Cuanto menos creyeras en la vida, menos tendrías que perder. Yo no tenía mucho que perder, yo y mi polla-tamaño mediano.

Marchábamos en formación, inventándonos canciones obscenas, y los buenos chicos americanos del equipo de fútbol trataban de fustigarnos el culo, pero de cualquier modo nunca llegaron muy lejos. Probablemente porque nosotros éramos más grandes y más salvajes. Para

mí, todo era maravilloso, pretendiendo ser un nazi y volviéndome hacia ellos proclamando que mis derechos constitucionales estaban siendo violados.

Algunas veces conseguía emocionarme. Recuerdo una vez en clase, me había pasado un poco con el vino, con una lágrima en cada ojo, diciendo: «Os lo juro, es muy difícil que ésta sea la última guerra. Tan pronto como un enemigo es eliminado, otro nuevo saldrá de cualquier sitio. No tiene fin ni sentido. No existe nada tal como una buena guerra o una mala guerra, todo es la misma porquería».

Otra vez había un comunista hablando desde una plataforma en una parcela vacía del campus. Era un chico muy honesto, con gafas sin borde y granitos en la cara, llevaba un jersey negro con agujeros en los codos. Yo estaba allí escuchándole y llevaba algunos de mis discípulos conmigo. Uno de ellos era un ruso blanco, Zircoff. A su padre o su abuelo, no sé bien, lo habían matado los rojos en la revolución rusa. Me enseñó un saco de tomates podridos. «Cuando tú des la señal —me dijo—, empezaremos a tirárselos.»

De repente me di cuenta de que mis discípulos no habían estado escuchando al muchacho, o que si lo habían hecho, nada de lo que tan honestamente había estado diciendo importaba un carajo. Sus mentes estaban enceguecidas. La mayor parte del mundo era como ellos. Se me ocurrió en ese momento que tener una polla de tamaño mediano no era el peor pecado del mundo.

—Zircoff —dije— deja esos tomates.

—Mierda —dijo él— me gustaría que fuesen granadas de mano.

Perdí el control de mis discípulos aquel día; me alejé caminando mientras ellos empezaban a arrojar sus tomates podridos.

Recibí la noticia acerca de un nuevo partido que iba a ser constituido. Me dieron una dirección en Glendale y fui allí aquella noche. Nos sentamos en el suelo de un gran local con nuestras botellas de vino y nuestras pollas de diversos tamaños. Iba a ser un Partido de Vanguardia.

Había una plataforma con una gran bandera americana extendida sobre la pared. Un buen chico americano de apariencia saludable subió a la plataforma y sugirió que deberíamos empezar saludando a la bandera, rindiéndole culto y pleitesía.

Siempre me había fastidiado rendirle culto a la bandera. Era tan tedioso y gilipollesco. Yo siempre había preferido rendirme culto a mí mismo, pero estábamos allí y nos levantamos y pasamos uno a uno delante de ella. Después de eso, una pequeña pausa, y todo el mundo vuelve a sentarse en el suelo, sintiendo como si le hubiesen molestado de una manera estúpida.

El americano saludable empezó a hablar. Le reconocí como el chico gordo que se sentaba en primera fila en la clase de escritura dramática. Nunca he podido tragar a esos tipos. Mamones. Estrictamente mamones. Empezó:

—La amenaza comunista *debe* ser aplastada. Nos hemos reunido aquí para tomar las medidas necesarias. Tomaremos medidas legales, y quizás, medidas ilegales para conseguirlo...

No recuerdo mucho más. A mí me importaba tres cojones la amenaza comunista o la amenaza nazi. Yo quería emborracharme, quería follar, quería una buena comida, quería cantar agarrando un gran vaso de cerveza en un sucio bar y fumarme un puro. Yo no era un enterado, estaba siendo un incauto, un instrumento en manos de todos los mamones. A la mierda.

Más tarde, me bajé con Zircoff y un ex discípulo hasta Westlake Park y alquilamos una barca y tratamos de agarrar un pato para la cena. Íbamos muy bebidos y no logramos agarrar ningún pato y nos dimos cuenta de que no teníamos el suficiente dinero entre todos para pagar el alquiler de la barca.

Fuimos a la deriva por el estanque y jugamos a la ruleta rusa con la pistola de Zircoff; todos tuvimos suerte. Entonces Zircoff se irguió a la luz de la luna y disparó al fondo de la barca. El agua comenzó a entrar y nosotros empezamos a remar hacia la orilla. La barca se

hundió a mitad de camino y tuvimos que mojarnos el culo y nadar hasta tierra. Así que la noche acabó bien y no fue desperdiciada, al fin y al cabo.

Seguí jugando a ser nazi durante algún tiempo, sin preocuparme de los otros nazis, ni de los comunistas, ni de los americanos. Pero fui perdiendo el interés. De hecho, justo antes de Pearl Harbour, abandoné el juego. Había perdido toda su diversión. Me daba cuenta de que íbamos a entrar en guerra y no me apetecía mucho ir a ella ni tampoco ser objetor de conciencia. Era mierda de mono. Era inútil. Yo y mi polla-tamaño mediano estábamos en problemas.

Me sentaba en clase sin decir una palabra, aguardando. Los estudiantes y profesores me necesitaban, esperaban mis palabras. Yo había perdido mi energía, mi impulso, mis ideas, mi poder. Sentía como si toda la cosa se me hubiera ido de las manos. Iba a ocurrir. Todas las pollas estaban en problemas.

Mi profesora de inglés, una señora muy agradable con bonitas piernas, me hizo quedarme un día después de clase.

—¿Qué es lo que te pasa, Chinaski? —me preguntó.

—Me he rendido —dije.

—¿Te refieres a la política? —preguntó ella.

—Me refiero a la política —dije.

—Serás útil en la Marina —dijo ella. Yo me marché...

Estaba sentado con mi mejor amigo, un marinero, en un bar de los barrios bajos bebiendo una cerveza cuando ocurrió. En una radio sonaba la música, se cortó la música. Dijeron que Pearl Harbour acababa de ser bombardeado. Todo el personal militar debía volver inmediatamente a sus bases. Mi amigo me pidió que cogiera con él el autobús hasta San Diego, sugiriendo que podía ser la última vez que nos viéramos. Estaba en lo cierto.

Amor por 17,50 \$

La principal obsesión de Robert —desde que empezó a pensar en esas cosas— era poder colarse una noche en el Museo de Cera, y entonces, ponerse a hacer el amor a las señoras de cera. Sin embargo, le parecía que podía ser demasiado peligroso, así que se limitaba a hacer el amor a estatuas y maniqués en sus fantasías sexuales, viviendo en su mundo de fantasmas.

Un día, al pararse en un disco en rojo miró por la puerta de una tienda. Era una de esas tiendas que venden de todo —discos, sofás, libros, chatarra... Y la vio allí, de pie, con un largo vestido rojo. Llevaba unas gafas puntiagudas, estaba muy bien formada; con ese aire digno y sexy que solían tener. Irradiaba verdadera clase. Entonces el disco cambió y se vio obligado a seguir la marcha.

Robert aparcó el coche en la manzana siguiente y volvió andando hasta la tienda. Se paró en la puerta, entre los montones de periódicos, y la miró. Incluso sus ojos parecían reales, y la boca era muy atrayente, haciendo como un pucherito.

Entró al interior y se puso a mirar los discos. Ahora estaba más cerca de ella, le lanzaba miradas furtivas de vez en cuando. No, ahora ya no las hacían así. Tenía incluso tacones altos.

La chica de la tienda se acercó.

—¿Puedo ayudarle, señor?

—No, gracias, sólo estoy mirando.

—Si hay algo que desee, hágamelo saber.

—Sí, claro.

Robert se acercó con disimulo al maniquí. No había ninguna etiqueta con el precio. Se preguntó si estaría a la venta. Volvió al estante de los discos, cogió un álbum barato y se lo compró a la chica.

En su segunda visita a la tienda, el maniquí seguía todavía allí. Robert la miró, dio unas vueltas, compró un cenicero que imitaba a una serpiente enrollada, y luego se fue.

La tercera vez que fue allí le preguntó a la chica:

—¿Está el maniquí en venta?

—¿El maniquí?

—Sí, el maniquí.

—¿Quiere comprarlo?

—Sí. ¿Ustedes venden cosas, no? ¿Está el maniquí a la venta?

—Espere un momento, señor.

La chica se fue a la trastienda. Se abrió una cortina y salió un viejo judío. Le faltaban los dos últimos botones de la camisa y se le podía ver el ombligo peludo. Parecía lo suficientemente amistoso.

—¿Quiere usted el maniquí, señor?

—Sí. ¿Está a la venta?

—Bueno, no del todo, es una especie de instrumento de exhibición, de atracción...

—Quiero comprarla.

—Bueno, déjeme ver... —El viejo judío se acercó y empezó a tocar el maniquí, el vestido, los brazos—. Veamos... Creo que le puedo dejar esta... cosa... por 17,50 dólares.

—Me la quedo. —Robert sacó un billete de 20. El dueño le devolvió el cambio.

—La voy a echar de menos —dijo— algunas veces parece casi real. ¿Quiere que se la envuelva?

—No. Me la llevo tal como está.

Robert cogió el maniquí y la llevó hasta el coche. La tumbó en el asiento trasero. Luego montó delante y condujo hacia su casa. Cuando llegó, afortunadamente no parecía haber nadie

por los alrededores, la metió en su apartamento sin ser visto. La puso de pie en el centro de la habitación y la contempló.

—Stella —dijo—. ¡Stella, perra!

Se acercó y le pegó una bofetada. Entonces agarró la cabeza y comenzó a besarla. Fue un buen beso. Su pene empezaba a ponerse duro cuando sonó el teléfono.

—Hola —contestó.

—¿Robert?

—Sí.

—Soy Harry.

—¿Qué tai, Harry?

—Bien. ¿Qué estás haciendo?

—Nada.

—Creo que me voy a pasar por allí. Llevaré algunas cervezas.

—De acuerdo.

Robert se levantó, cogió el maniquí y la llevó hasta el armario. La puso apoyada en una esquina y cerró la puerta.

Harry no tenía en realidad mucho que decir. Estaba allí sentado con su bote de cerveza.

—¿Cómo está Laura? —preguntó.

—Oh —dijo Robert— ya no hay nada entre Laura y yo.

—¿Qué pasó?

—El eterno toque de vampiresa, siempre en escena. Era inexorable. Buscando tíos donde fuese... En el supermercado, en la calle, en los cafés, en cualquier sitio y con cualquiera. Ninfómana. No importaba lo que fuese con tal de que fuese un hombre. Hasta con un tío que marcó un número equivocado. No pude aguantarlo más.

—¿Y ahora estás solo?

—No, ahora estoy con otra. Brenda, ya la conoces.

—Ah, sí. Brenda. Está muy bien.

Harry estaba allí sentado bebiendo cerveza. Harry nunca había tenido una mujer, pero siempre estaba hablando de ellas. Había algo enfermizo en Harry. Robert no puso mucho interés en la conversación y Harry se fue pronto. Robert se dirigió hacia el armario y sacó a Stella.

—¡Tú, condenata puta! —dijo—, me has estado engañando ¿eh?

Stella no contestó. Estaba allí, mirándole fría y tranquilamente. Le pegó una buena bofetada. Se podía caer el sol antes de que una mujer fuese por ahí engañando a Bob Wilkenson. Le pegó otra buena bofetada.

—¡Eres un maldito coño! Te follarías a un niño de cuatro años si le pudieses poner la pilila dura ¿eh?

La abofeteó de nuevo, entonces la agarró y la besó. La besó una y otra vez. Entonces le metió las manos por debajo del vestido. Estaba bien formada, muy bien formada. Stella le recordaba a una profesora de álgebra que había tenido en bachillerato. Stella no llevaba bragas.

—Grandísima puta —le dijo—. ¿Quién se llevó tus bragas?

Su pene estaba en erección, apretado fuertemente contra el vientre de ella. Le subió el vestido por encima de los muslos. No había ninguna abertura. Pero Robert estaba terriblemente excitado. Metió el pene entre los muslos de Stella. Eran suaves y duros. Entonces eyaculó. Por un momento se sintió extremadamente ridículo, su excitación había desaparecido, pero empezó a besarla por el cuello y entonces le mordió un pecho sonriendo.

La lavó con la toalla de los platos, la llevó hasta el armario y la puso detrás de un abrigo, cerró la puerta y todavía tuvo tiempo de ver en la televisión el cuarto tiempo del encuentro entre los Detroit Lions y los L. A. Rams.

A medida que pasaba el tiempo, a Robert le iba agradando más. Hizo unas cuantas mejoras. Le compró a Stella muchos pares de bragas, unas ligas, medias oscuras y camisones.

También le compró pendientes, y fue un choque terrible para el comprobar que su amor no tenía orejas. Le puso de todos modos los pendientes pegándolos con cinta adhesiva. No tenía orejas pero tenía muchas ventajas: no tenía que sacarla a cenar, llevarla a fiestas, a películas estúpidas; todas esas cosas que significan tanto para las mujeres de carne y hueso. Y tenían discusiones. Siempre había discusiones, incluso con un maniquí. Ella no podía hablar, pero él estaba seguro de que una vez le había dicho:

—Eres el mejor amante de todos. Ese viejo judío era un amante estúpido. Tú eres un amante inspirado, Robert.

Sí, tenía ventajas. No era como todas las otras mujeres que había conocido. Ella no tenía necesidad de hacer el amor en momentos inconvenientes. El podía elegir con tranquilidad el momento de hacerlo. Y no tenía períodos. Era una magnífica amante. Robert le cortó un poco de pelo de la cabeza y se lo pegó entre los muslos.

El asunto había comenzado siendo puramente sexual, pero gradualmente se estaba enamorando de ella, podía sentir cómo ocurría. Pensó en acudir a un psiquiatra, pero decidió no hacerlo. Después de todo ¿por qué era necesario amar a un ser humano? Nunca duraba mucho. Había demasiadas diferencias entre cada individuo, y lo que empezaba siendo amor acababa casi siempre en guerra despiadada.

Tampoco tenía que acostarse en la cama con Stella y escucharle hablar de todos sus antiguos amantes. De cómo Karl la tenía así de grande, pero no sabía hacerlo. Y lo bien que bailaba Louie, que podía convertir en ballet una venta de seguros. Y cómo Marty sí que sabía besar de verdad, su manera de mover la lengua. Una y otra vez, siempre así. Qué mierda. Claro que también Stella había mencionado al viejo judío, pero sólo una vez.

Robert llevaba con Stella cerca de dos semanas cuando llamó Brenda.

—¿Sí, Brenda? —contestó él.

—Robert, no me has llamado.

—He estado terriblemente ocupado, Brenda. He sido ascendido a jefe de distrito y he tenido que arreglar cosas en la oficina.

—¿Es por eso?

—Sí.

—Robert, algo anda mal...

—¿Qué quieres decir?

—Lo noto en tu voz. Pasa algo. ¿Qué demonios pasa, Robert? ¿Hay otra mujer?

—No exactamente.

—¿Qué quieres decir con «no exactamente»?

—¡Oh, Cristo!

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? Robert, algo anda mal. Voy a ir a verte.

—No pasa nada, Brenda.

—¡Tú, hijo de mala puta, cabronazo, me estás ocultando algo! Algo se está tramando. ¡Voy a ir a verte! ¡Ahora!

Brenda colgó y Robert se fue a por Stella, la cogió y la metió en el armario, bien apoyada en una esquina. Cogió el abrigo de la percha y cubrió a Stella con él. Entonces volvió a la sala y se sentó a esperar.

Brenda abrió la puerta e irrumpió dentro.

—Está bien. ¿Qué coño pasa? ¿Qué es lo que anda mal?

—Mira, chica —dijo él—, todo va bien. Cálmate.

Brenda estaba bien formada. Las tetas un poco caídas, pero tenía piernas bonitas y un buen culo. En sus ojos había siempre un aire perdido y frenético. Algunas veces, después de hacer el amor, una calma temporal podía llenarlos, pero nunca duraba.

—¡Todavía no me has besado!

Robert se levantó de su silla y besó a Brenda.

—¿Cristo, qué clase de beso es ése? ¿Qué pasa? A ver, dime, ¿qué es lo que anda mal?

—No es nada, nada de...

—¡Si no me lo dices, voy a gritar!

—Te digo que no es nada.

Brenda gritó. Se fue hasta la ventana y se puso a gritar. Se la pudo oír en todo el vecindario. Entonces paró.

—¡Por Dios, Brenda, no vuelvas a hacer eso! ¡Por favor, por favor!

—¡Lo haré otra vez! ¡Lo haré otra vez! ¡Dime qué es lo que pasa, Robert, o lo haré otra vez!

—De acuerdo —dijo él—, espera.

Robert se fue hasta el armario, lo abrió, le quitó el abrigo a Stella y la sacó fuera.

—¿Qué es eso? —preguntó Brenda—. ¿Qué es eso?

—Un maniquí.

—¿Un maniquí? ¿Quieres decir...?

—Quiero decir que estoy enamorado de ella.

—¡Dios mío! ¿Quieres decir que? ¿Esa *cosa*?

—Sí.

—¿Amas a esa *cosa* más que a mí? ¿Esa pasta de celuloide o de la mierda que esté hecha? ¿Quieres decir que amas a esa *cosa* más que a mí?

—Sí.

—¿Y es de suponer que te la llevas a la cama? ¿He de suponer que haces cosas a... con esa *cosa*?

—Sí.

—¡Oh...!

Entonces Brenda gritó de verdad. Se paró allí y se puso a gritar. Robert pensó que ese grito nunca iba a cesar. Entonces ella saltó hacia el maniquí y empezó a arañarlo y golpearlo. El maniquí se rompió y cayó contra la pared. Brenda se fue enfurecida, bajó a la calle, subió a su coche y arrancó salvajemente. Chocó contra el lateral de un coche aparcado, dio marcha atrás y salió otra vez a toda velocidad.

Robert se acercó a Stella. La cabeza se había caído y había ido rodando hasta debajo de la silla. Había restos de material de relleno por el suelo. Un brazo colgaba perdido, roto, dos alambres sobresalían. Robert se sentó en una silla. Solamente pudo sentarse. Entonces se levantó y se fue al baño, se quedó allí de pie un minuto, atontado, salió otra vez. Se paró en medio de la sala y pudo ver la cabeza debajo de la silla. Empezó a sollozar. Era terrible, no sabía qué hacer. Recordaba cómo había enterrado a su padre y a su madre. Pero esto era diferente. Esto era diferente. Simplemente se quedó allí, de pie, en medio de la salita, sollozando y esperando. Los ojos de Stella estaban abiertos, bellos y fríos, desde debajo de la silla. Le miraban fijamente.

Un par de winos

Yo tenía veintipocos años, y a pesar de que bebía mucho y no comía, estaba todavía fuerte. Quiero decir físicamente, y eso es una ventaja cuando no hay muchas otras cosas que te vayan bien. Mi mente se rebelaba contra mi suerte y mi vida, y la única manera de calmarla era bebiendo y bebiendo. Iba caminando por la carretera, era sucia y polvorienta y hacía calor; creo que el estado era California, pero no estoy demasiado seguro. Era tierra desértica. Iba caminando a lo largo de la carretera, con mis calcetines acartonados, podridos y hediondos; los dedos se me salían por las puntas rotas de mis zapatos y tenía que meterme cartón en las suelas —cartón, periódicos o cualquier mierda que encontrara— para no ir pisando pinchos y piedras. Pero las uñas acababan atravesándolo y entonces, o metías más papel o le dabas la vuelta al viejo, o lo corrías, o te jodías y caminabas con los dedos fuera.

Un camión se paró a mi altura. Lo ignoré y seguí caminando. El camión arrancó de nuevo y el tío fue conduciéndolo a mi lado.

—Oye chico —dijo el tío—. ¿Quieres un trabajo?

—¿A quién tengo que matar? —le pregunté.

—A nadie —dijo—. Vamos, sube.

Di la vuelta alrededor del camión y cuando llegué a la puerta, estaba ya abierta. Subí por el escalón plegable, me metí, cerré la puerta y me senté en el asiento de cuero. Me había librado del sol.

—Si me la chupas —dijo el tío— te ganas cinco pavos.

Le metí fuerte la derecha en el estómago, la izquierda la lancé a algún sitio entre su oreja y el cuello, volví con la derecha a la boca y el camión se salió de la carretera. Agarré el volante y lo enderecé de nuevo. Entonces apagué el motor y frené con la palanca de mano. Salté afuera y seguí caminando por la carretera. Cerca de cinco minutos después, el camión estaba otra vez marchando a mi lado.

—Chico —dijo el tío— lo siento. Yo no quise decir eso. No quise decir que fueses un marica. Sólo pensé que tenías cierta pinta. ¿Pasa algo malo con ser homosexual?

—Supongo que no, si usted lo es.

—Vamos —dijo el tío— sube. Tengo un verdadero trabajo honesto para ti. Podrás ganar algún dinero, vamos, muévete.

Subí otra vez. Nos pusimos en marcha.

—Lo siento —dijo él— tienes una cara muy ruda, pero esas manos. Tienes manos de señorita.

—No se preocupe por mis manos —dije.

—Bueno, verás, es un trabajo duro. Cargar traviesas. ¿Has cargado alguna vez traviesas de ferrocarril?

—No.

—Es trabajo duro.

—He hecho trabajos duros toda mi vida.

—De acuerdo —dijo el tío— de acuerdo.

Marchábamos sin hablar, el camión moviéndose ruidosamente. No había otra cosa que polvo, polvo y desierto por todos lados. El tío no tenía mucha cabeza, no tenía mucho de nada. Pero algunas veces la gente insignificante que se queda en un mismo sitio por mucho tiempo, alcanza un cierto poder y prestigio. El tenía un camión y contrataba gente. De vez en cuando tenías que aguantar esas cosas.

Seguíamos en marcha y entonces vimos a un viejo caminando por la carretera. Debía tener unos cuarentaitantos años. Vieja edad para la carretera. Este tío, el señor Bukhart —me había dicho su nombre— frenó el camión y le dijo al viejo:

—Eh, capullo. ¿Quieres ganarte un par de pavos?

—¡Oh, sí señor! —dijo el viejo.

—Córrete y déjale subir —me dijo Burkhart.

El viejo subió y se sentó a mi lado, despedía un verdadero hedor —a suciedad, sudor, agonía y muerte—. Seguimos hasta llegar a un pequeño núcleo de edificios. Bajamos del camión con Burkhart, entramos en un almacén. Había allí un tío con una visera verde y un montón de gomas alrededor de su muñeca izquierda. Era calvo, pero sus brazos estaban cubiertos de largo y abundante pelo rubio.

—Hola, señor Burkhart —dijo—. Veo que se ha encontrado a otro par de vinos.

—Aquí está la lista, Jesse —dijo el señor Burkhart, y Jesse la tomó y se puso a rellenar órdenes. Esto le tomó un cierto tiempo. Entonces acabó.

—¿Algo más, señor Burkhart? ¿Un par de botellas de vino barato?

—Nada de vino para mí —dije.

—Bueno —dijo el viejo— yo me quedaré con las dos botellas.

—Serán descontadas de tu paga —le dijo Burkhart.

—No importa —contestó el viejo— descuéntelas.

—¿Seguro que tú no quieres una botella? —me preguntó Burkhart.

—De acuerdo —dije— me quedo con una botella.

Teníamos una tienda de campaña para nosotros. Y esa noche nos bebimos todo el vino y el viejo me contó sus penas. Había perdido a su esposa. Todavía amaba a su esposa. Pensaba en ella todo el tiempo. Una gran mujer. Le había abandonado. El solía dar clases de matemáticas. Pero había perdido a su esposa. No había en el mundo otra mujer como ella. Bla, bla, bla, etc.

Cristo, cuando nos despertamos el viejo estaba enfermo y yo no me sentía mucho mejor y el sol estaba alto y afuera y teníamos que hacer nuestro trabajo: amontonar traviesas de tren. Las teníamos que amontonar en pilas. Las de abajo eran fáciles, pero a medida que iba creciendo el montón y teníamos que subirlas más arriba, entonces teníamos que contar «Una, dos y tres», y «Flop» subirla y tirarla sobre las demás.

El viejo llevaba un trapo atado alrededor de la cabeza y la mierda se mezclaba con el sudor y le caía por la cara y en el trapo, que se iba quedando mojado y oscuro. Así una y otra vez, y entonces, una astilla de alguna traviesa atravesaba el guante podrido y se quedaba clavada en mi mano. Normalmente el dolor hubiera sido insoportable y yo debí sentir bastante, pero la fatiga atonta los sentidos, los atonta de verdad. Solamente me puse furioso, como si quisiese matar a alguien, pero cuando miré a mi alrededor no había más que arena y piedras y el sol seco, pesado y cegador y ningún sitio a donde ir.

Así una y otra vez con las traviesas del carajo. La compañía del ferrocarril quitaba las traviesas viejas y las reemplazaba por nuevas, las viejas las dejaban tiradas al lado de la vía. No parecía que tuviesen nada malo, pero la compañía del ferrocarril las dejaba por ahí tiradas y Burkhart tenía contratados a unos tíos como nosotros que las amontonaban en pilas que él cargaba en su camión y vendía luego. Supongo que tenían muchos usos. En algunos ranchos las podías ver usadas como vallas, clavadas en el suelo y enrolladas con alambre de espino. Supongo que tenían también otros usos. No me interesaba demasiado.

Era como cualquier otro trabajo imposible, te cansabas y querías abandonarlo, te cansabas más y te olvidabas de abandonarlo, y los minutos no pasaban, vivías siempre en el mismo minuto, encerrado en él, sin esperanza, sin salida, atrapado, demasiado confundido para abandonar y sin ningún sitio a donde ir en caso de hacerlo.

—Chico, perdí a mi esposa. Era una mujer tan maravillosa. No dejo de pensar en ella. Una buena mujer es la mejor cosa del mundo.

—Ya.

—Si por lo menos tuviésemos un poco de vino.

—No tenemos nada de vino. Tendremos que esperar hasta la noche.

—Me pregunto si alguien entiende a los winos.

—Sólo otros winos.

—¿Crees que estas astillas de nuestras manos se irán arrastrando por dentro del cuerpo hasta clavarse en nuestros corazones?

—Sin duda; nunca hemos tenido mucha suerte. Dos indios pasaron por allí y se quedaron mirándonos. Nos observaron durante bastante tiempo. Cuando el viejo y yo nos sentamos en una traviesa para fumar un cigarrillo, uno de los indios se acercó.

—Ustedes hombres están haciendo todo mal —dijo.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

—Están trabajando con todo el calor del desierto. Lo que hacer es levantarse temprano y acabar el trabajo mientras hace fresco.

—Tienes razón —dije—, gracias.

El indio tenía razón. Decidí que nos levantaríamos temprano. Pero nunca lo conseguimos. El viejo estaba siempre enfermo de la borrachera nocturna y nunca conseguí levantarlo a tiempo. —Cinco minutos más —decía él— sólo cinco minutos más. Finalmente, un día, el viejo se rindió. No podía levantar una sola traviesa más. Se puso a disculparse y a pedirme perdón.

—No te preocupes, viejo.

Volvíamos a la tienda y esperamos la tarde. El viejo se tumbó y hablaba. Estuvo hablando de su ex mujer. Estuve oyéndole hablar de su esposa durante toda la mañana y parte de la tarde. Entonces llegó Burkhart.

—Leches, no habéis hecho mucho trabajo hoy ¿eh, tíos? ¿Os creéis que vivís en el ombligo del mundo?

—Estamos fuera, Burkhart —dije— estamos esperando a que nos pague.

—No seré tan imbécil de pagar a unos vagos.

—Mira, tío, si no eres un imbécil será mejor que pagues.

—Por favor, señor Burkhart —dijo el viejo—. ¡Por favor, por favor, hemos trabajado tan condenadamente duro, hemos sido honestos...!

—Burkhart sabe lo que hemos hecho —dije—, ha llevado la cuenta de las pilas y yo también lo he hecho.

—72 pilas —dijo Burkhart.

—90 pilas —contesté.

—76 pilas —dijo Burkhart.

—90 pilas —dije yo.

—80 pilas —dijo Burkhart.

—Vendido —contesté.

Burkhart sacó papel y lápiz y nos descontó dinero por el vino y la comida, transporte y alojamiento. Salimos cada uno con 18 dólares por cinco días de trabajo. Bueno, era tan hermoso olvidarse del trabajo. Los cogimos. Y conseguimos un viaje gratis de vuelta al pueblo. ¿Gratis? Burkhart nos había jodido desde todos los ángulos. Pero no podíamos ampararnos en la ley, porque cuando no tienes mucho dinero, la ley deja de funcionar.

—Dios —dijo el viejo— voy a emborracharme de verdad. Voy a ponerme bien, voy a beber. ¿Tú no?

—No creo.

Entramos en el único bar del pueblo y nos sentamos. El pidió un vino y yo una cerveza. Empezó de nuevo con el rollo de su ex esposa y yo me moví hacia la otra punta del bar. Una chica mexicana bajó por las escaleras y se sentó a mi lado. ¿Por qué siempre bajaban por las escaleras de ese modo, como en las películas? De hecho me sentía como si estuviese en una película. La invité a una cerveza. Me dijo, «Me llamo Sherri», y yo dije, «Ese no es un nombre mexicano», y ella dijo, «No tiene por qué serlo», y yo dije, «Tienes razón».

Y arriba me pidió cinco dólares y primero me la lavó y luego lo hicimos. Me la lavó en una pequeña escudilla blanca que tenía pintados unos pollitos persiguiéndose alrededor de

todo el círculo. En diez minutos se ganó el mismo dinero que yo en un día entero y varias horas. Hablando en el aspecto monetario, parecía tan seguro como la mierda que era más lucrativo tener un coño que una polla.

Cuando bajé por las escaleras, el viejo tenía ya la cabeza apoyada sobre la barra. La había cogido. No habíamos comido nada ese día y no pudo resistir mucho alcohol. Había un dólar y algo de cambio al lado de su cabeza. Por un momento pensé en llevarle conmigo, pero ni siquiera sabía cuidar de mí mismo. Me fui. Hacía frío y caminé hacia el norte.

Me sentía mal por haber abandonado al viejo allí, a merced de los pequeños buitres del pueblo. Me pregunté si su mujer pensaría alguna vez en él. Decidí que seguramente no lo hacía, o si lo hacía, difícilmente sería igual al modo en que él pensaba en ella. El mundo entero se arrastraba con gente triste y herida como él. Yo necesitaba un sitio para dormir. La cama en la que había estado con la chica mexicana había sido la primera que había tocado en tres semanas.

Algunas noches después descubrí que cuando hacía frío, las astillas de mi mano empezaban a moverse. Podía sentir dónde estaba cada una. Empezaba a hacer frío. No puedo decir que odiase al mundo, a los hombres y mujeres, pero sentía un cierto asco que me separaba de obreros y comerciantes, de mentirosos y amantes, de la gente feliz y hombres poderosos, de padres de familia y padres del conocimiento, de la esperanza, de la lucha, de la fuerza, de sabios y funcionarios, de muertos y médicos y sacerdotes, y ahora, décadas más tarde, siento el mismo asco. Por supuesto, sólo es la historia de un hombre, o una visión de la realidad por un hombre. Si sigues leyendo, quizás la próxima historia sea más alegre. Eso espero.

Maja Thurup

Había tenido un amplio eco en la prensa y la televisión y la señora iba a escribir un libro contándolo todo. El nombre de la señora era Hester Adams, dos veces divorciada y con dos hijos. Tenía 35 años y uno adivinaba que éste iba a ser su último vuelo. Las arrugas estaban apareciendo, los pechos iban cayéndose, los tobillos gruesos, se notaba la celulitis en los muslos, los michelines. América había establecido que la belleza sólo residía en la juventud, especialmente en las hembras. Pero Hester Adams tenía la oscura belleza de la frustración y la esperanza perdida; todo ello se arrastraba por su ser, todas las ilusiones perdidas, y le daban un algo sexual, como una mujer marchita, furiosa y desesperada sentada en un bar lleno de hombres. Hester había mirado a su alrededor, había visto pocos signos de ayuda en el macho americano, y se había subido en un avión rumbo a Sudamérica. Se había adentrado en la jungla con su cámara, su máquina de escribir portátil, sus gruesos tobillos y su piel blanca, y se había liado con un caníbal, un caníbal negro: Maja Thurup. Maja Thurup tenía una cara digna de ser observada; parecía estar escrita con miles de resacas y tragedias. Y era verdad —había tenido miles de resacas—, y las tragedias le venían siempre por el mismo motivo: Maja Thurup estaba muy colgado, inmensamente colgado, e increíblemente sexuado. Ninguna mujer del poblado le aceptaba. Encima había reventado a dos chicas con su aparato. A una la había tomado por delante y a otra por detrás. Lo mismo dio.

Maja era un hombre solitario y bebía y rumiaba su soledad hasta que Hester Adams llegó con un guía, con su piel blanca y su cámara. Después de las presentaciones formales y unos cuantos tragos al lado del fuego, Hester había entrado en la choza de Maja y allí había recibido todo lo que él podía darle y aún había pedido más. Era un milagro para los dos, así que se casaron en una ceremonia tribal que duró tres días, durante la cual fueron asados y consumidos algunos prisioneros de una tribu enemiga, entre danzas, encantamientos y borracheras. Fue después de la ceremonia, al evaporarse la resaca general, cuando empezaron los problemas. El brujo, habiéndose dado cuenta de que Hester no había probado la carne de los enemigos asados (guarnecidos con piña, aceitunas y nueces) anunció a todo el mundo que ella no era una diosa blanca, sino una hija del dios del mal, Ritikan (hacía siglos, Ritikan había sido expulsado del cielo de la tribu por su negativa a comer otra cosa que no fuesen vegetales, frutas y nueces). Este anuncio causó gran impresión y furor en la tribu, y dos amigos de Maja Thurup fueron inmediatamente ajusticiados por haberse atrevido a sugerir que el hecho de que Hester hubiese podido albergar todo el aparato de Maja ya era de por sí un milagro, y que por tanto no necesitaba ingerir otras formas de carne humana —al menos, temporalmente—.

Hester y Maja huyeron a América, a North Hollywood para ser precisos, y Hester comenzó los procedimientos para convertir a Maja Thurup en ciudadano norteamericano. Como profesora improvisada, Hester se dispuso a instruir a Maja en el uso de vestidos, en el idioma, la cerveza y los vinos californianos, la televisión y los alimentos comprados en el supermercado de la esquina. Maja no sólo veía la televisión, sino que incluso apareció en ella con Hester y declararon su amor ante millones de espectadores. Luego volvieron a su apartamento de North Hollywood e hicieron el amor. Después de eso, Maja se sentaba en medio del salón con sus cartillas de gramática, bebiendo cerveza y vino, entonando cantos nativos y tocando el bongo. Hester trabajaba en el libro sobre Maja y ella. Un gran editor lo estaba esperando. Todo lo que Hester tenía que hacer era ponerlo en solfa. Era fácil.

Una mañana yo estaba en la cama, eran alrededor de las ocho. El día anterior había perdido 40 dólares en Santa Anita, mi cuenta en el Banco Federal de California estaba quedándose peligrosamente baja, y no había escrito una historia decente en un mes. Sonó el teléfono. Me desperté, gargajeé, tosí y lo cogí.

—¿Chinaski?

—¿Sí?

—Soy Dan Hudson.

Dan llevaba la revista *Flare* de Chicago. Pagaba bien. Era el editor y director.

—Hola, Dan, madrecita.

—Mira, tengo una cosa justo para ti.

—Claro, Dan. ¿Qué es?

—Quiero que entrevistes a esta perra que se ha casado con un caníbal. Pon *mucho* sexo. Mezcla el amor con el horror, ¿comprendes?

—Comprendo. Lo he estado haciendo toda mi vida.

—Hay 500 dólares para ti si lo tienes listo antes del día 27.

—Dan, por 500 dólares soy capaz de convertir a Burt Reynolds en una lesbiana.

Dan me dio la dirección y el número de teléfono. Me levanté, me eché agua por la cara, tomé dos Alka-Seltzers, abrí una botella de cerveza y telefoneé a Hester Adams. Le dije que quería publicar su relación con Maja Thurup como una de las grandes historias de amor del siglo XX. Para los lectores de la revista *Flare*. Le aseguré que el artículo ayudaría a Maja a obtener la ciudadanía norteamericana. Ella accedió a una entrevista a la una de la tarde.

Era un apartamento en un tercer piso. Ella abrió la puerta. Maja estaba sentado en el suelo con su bongo, bebiendo un oporto barato directamente de la botella. Estaba descalzo, vestido con unos gruesos jeans y una camiseta blanca con bandas negras. Hester iba vestida del mismo modo. Me trajo una botella de cerveza, yo saqué un cigarrillo del paquete que había sobre la mesita y comencé la entrevista.

—¿Cuándo conoció a Maja?

Hester me dio una fecha. También me dijo la hora y el lugar exactos.

—¿Cuándo empezó a tener sentimientos amorosos hacia Maja?

—Bueno —dijo Hester— fue cuando...

—Ella amarme cuando le metí la cosa —le interrumpió Maja desde la alfombra.

—¿Ha aprendido el idioma muy deprisa, no?

—Sí, es muy brillante —dijo Hester.

Maja cogió su botella y se tiró un buen trago.

—Le puse esta cosa en ella, ella decir, «¡Oh dios mío oh dios mío oh dios mío!». ¡Ja, ja, ja, ja!

—Maja está maravillosamente dotado —dijo ella.

—Ella come también —dijo Maja—. Come bien. Garganta profunda. ¡Ja, ja, ja!

—Yo amé a Maja desde el principio —dijo Hester—. Fueron sus ojos, su cara... tan trágica. Y su manera de andar. El anda, bueno, anda como un tigre.

—Follar —dijo Maja— nosotros follar, nosotros jodidamente follar follar follar. Me estoy quedando cansado.

Maja se tiró otro trago. Me miró.

—Follar tú con ella. Yo estoy cansado. Ella gran túnel hambriento.

—Maja tiene un verdadero sentido del humor —dijo Hester—. Esa es otra de las cosas tuyas que adoro.

—Sólo una cosa tú adorar de mí —dijo Maja— ser mi poste de teléfonos dispara-orina.

—Maja lleva bebiendo toda la mañana —dijo Hester— tendrá que perdonarle.

—Quizás sea preferible que vuelva cuando él se sienta mejor —dije yo.

—Sí, creo que será lo más adecuado.

Hester me citó a las dos de la tarde del día siguiente.

Todo iba bien. Necesitaba algunas fotografías. Conocía a un fotógrafo de oficio, Sam Jacoby, que era bueno y me lo haría barato. Cuando volví lo llevé conmigo. Era un mediodía soleado con sólo una ligera capa de smog. Subimos y llamé a la puerta. Nadie respondió. Llamé otra vez. Maja abrió la puerta.

—Hester no estar —dijo—, irse al almacén de comidas.

—Teníamos una cita para las dos en punto. Quisiera entrar y esperar.

Entramos y nos sentamos.

—Yo tocar tambores para vosotros —dijo Maja.

Tocó los tambores y entonó unos cantos de la jungla. Era bastante bueno. Se estaba trabajando otra botella de vino oporto. Seguía con su camiseta de bandas de cebrá y los jeans.

—Follar follar follar —dijo— eso es todo lo que ella querer. Ella volverme loco.

—¿Echas de menos la jungla, Maja?

—Ustedes blancos no saber nada, sólo cagar contra corriente. ¡Waba yak!

—Pero ella te ama, Maja.

—¡Ja, ja, ja!

Maja nos tocó otro solo de tambor. Incluso bebido era bueno.

Cuando Maja acabó, Sam me dijo:

—¿Crees que ella tendrá alguna cerveza en la nevera?

—Supongo que sí.

—Mis nervios están mal. Necesito una cerveza.

—Pues ve allí y coge dos. Yo le compraré otras. Debería haber traído unas cuantas.

Sam se levantó y entró en la cocina. Oí cómo abría la puerta de la nevera.

—Estoy escribiendo un artículo sobre ti y Hester —le dije a Maja.

—Mujer-gran agujero. Nunca llena. Como volcán.

Oí a Sam vomitando en la cocina. Era un borracho habitual. Yo sabía que estaba de resaca. Pero seguía siendo uno de los mejores fotógrafos de los alrededores. Entonces cesó el ruido. Sam salió de la cocina. Se sentó. No traía ninguna cerveza.

—Yo tocar tambores otra vez —dijo Maja. Tocó de nuevo los tambores. Seguía siendo bueno, pero no tanto como la vez anterior. El vino le estaba pegando.

—Vámonos de aquí —me dijo Sam.

—Tengo que esperar a Hester —le contesté.

—Mira tío, vámonos —dijo Sam.

—¿Ustedes, tíos, querer algo de vino? —preguntó Maja.

Me levanté y me fui a la cocina a por una cerveza. Sam me siguió. Me dirigí hacia la nevera.

—*Por favor* no abras esa puerta! —dijo él.

Sam se fue al fregadero y se puso de nuevo a vomitar. Yo miré la puerta de la nevera. No la abrí. Cuando Sam acabó, le dije:

—De acuerdo, vámonos.

Salimos al salón donde Maja seguía sentado con su bongo.

—Yo tocar tambor otra vez —dijo.

—No, gracias, Maja.

Salimos y bajamos por las escaleras hasta la calle. Subimos a mi coche. Arranqué. No sabía qué decir. Sam no decía nada. Estábamos en el distrito comercial. Paré el coche en una gasolinera y le dije al encargado que llenara el depósito con normal. Sam salió del coche y fue andando hasta la cabina telefónica a llamar a la policía. Vi a Sam salir de la cabina. Pagué la gasolina. No había podido hacer mi entrevista. Había perdido 500 dólares. Esperé a Sam que regresaba al coche.

Los asesinos

Harry acababa de abandonar la carga de camiones, se había largado porque no podía aguantar más, y ahora iba bajando por la calle Alameda hacia el bar Pedro's para tomarse una taza de café de a níquel. Era de madrugada pero él recordaba que solían abrirlo a las cinco de la mañana. Te podías sentar en Pedro's un par de horas por un níquel. Podías pensar un rato. Podías hacer memoria de las cosas que habías hecho mal, o las que habías hecho bien.

Estaba abierto. La chica mexicana que le sirvió el café le miró como si fuera un ser humano. Los pobres sabían de la vida. Una buena chica. Bueno, una chica bastante agradable. Todas ellas significaban problemas. Cualquier cosa significaba problemas. Recordaba una frase que había oído en alguna parte: La Definición de la Vida es *Problemas*.

Harry se sentó en una de las desvencijadas mesas. El café era bueno. Treinta y ocho años y estaba acabado. Miró fijamente el café y recordó las cosas que había hecho mal —o bien—. Simplemente se había cansado del juego idiota de los seguros, de las pequeñas oficinas y altos compartimientos de cristal, de los clientes; simplemente se había cansado de estar engañando a su esposa, de que ella le engañara a él, de apretujar secretarias en los ascensores y pasillos; se había cansado de las fiestas de Navidad y las fiestas de Año Nuevo y de los cumpleaños, y pagos de plazos de coches nuevos, y pagos de muebles, y luz, y gas, y agua —todo el condenado tinglado de necesidades.

Se había cansado y lo había abandonado, eso era todo. El divorcio llegó lo suficientemente pronto y la bebida llegó lo suficientemente pronto y, de repente, se vio fuera. No tenía nada, y descubrió que tampoco era muy bonito no tener nada. Era otro tipo de carga insoportable. Si por lo menos hubiera otros caminos más agradables. Parecía como si sólo hubiese dos elecciones: vivir dentro de la carrera de atropellos o ser un marginado hundido.

Mientras Harry levantaba la mirada, un hombre se sentó enfrente de él, también con una taza de café. Aparentaba tener alrededor de cuarenta años. Iba vestido tan pobremente como Harry. Lió un cigarrillo, y mientras lo encendía miró a Harry.

—¿Cómo va?

—Esa es una buena pregunta —dijo Harry.

—Sí, ya lo creo que sí.

Allí sentados bebieron su café.

—Un hombre se pregunta cómo ha podido caer aquí.

—Sí, dijo Harry.

—Por si interesa, mi nombre es William.

—Yo me llamo Harry.

—A mí me puedes llamar Bill.

—Gracias.

—Tienes una cara como si hubieses llegado al final de algo.

—Sólo pasa que estoy cansado de estar marginado y de estar pasado. Estoy hecho una mierda.

—¿Quieres volver a la sociedad, Harry?

—No, no es eso. Pero me gustaría salirme de todo esto.

—Está el suicidio.

—Lo sé.

—Escucha —dijo Bill— lo que necesitamos es un poco de pasta fácil para tener un respiro.

—Sí, claro. ¿Pero cómo?

—Bueno, tiene sus riesgos.

—¿Como qué?

—Yo solía hacer robos en casas. No está mal. Ahora podría tener un buen compañero.

—De acuerdo, estoy dispuesto a intentar lo que sea. Estoy ya enfermo de judías aguadas, rosquillas de una semana, el albergue de la Misión, las lecturas de la biblia, los ronquidos...

—Nuestro principal problema es cómo llegar a donde podamos actuar.

—Yo tengo un par de pavos.

—Está bien, nos encontraremos a medianoche. ¿Tienes un lápiz?

—No.

—Espera, pediré uno prestado.

Bill volvió con un trozo de lápiz. Cogió una servilleta y escribió en ella.

—Coges el autobús de Beverly Hills y le dices al conductor que te deje aquí ¿ves? Entonces caminas dos manzanas hacia el norte. Yo estaré esperando. ¿Lo harás?

—Estaré allí.

—¿Tienes mujer, tío? —preguntó Bill.

—La tuve —contestó Harry.

Hacía frío aquella noche. Harry bajó del autobús y subió las dos manzanas hacia el norte. Estaba oscuro, muy oscuro. Bill estaba allí fumando un cigarrillo liado. No estaba muy a la vista, estaba apoyado en un gran arbusto.

—Hola, Bill.

—Hola, Harry. ¿Estás listo a empezar tu nueva y lucrativa carrera?

—Estoy listo.

—Muy bien. He estado echando una ojeada por estos lugares. Creo que he elegido un buen sitio. Aislado. Huele a dinero. ¿Estás asustado?

—No. No estoy asustado.

—Perfecto. Ten sangre fría y sígueme.

Harry siguió a Bill por la acera a lo largo de una manzana y media, entonces Bill se metió entre dos arbustos que daban a un gran jardín con césped. Caminaron sigilosamente hacia la parte trasera de la casa, un gran chalet de dos pisos. Bill se paró en una ventana. Entreabrió la persiana con su cuchillo, entonces escucharon inmóviles. No se oía ni una mosca. Bill desmontó la persiana y la quitó. Empezó a trabajar en la ventana. Estuvo manipulando en la ventana por largo rato y Harry empezó a pensar: Dios, estoy con un aficionado. Estoy con una especie de loco. Entonces se abrió por fin la ventana y Bill subió por ella. Harry pudo ver su culo colarse dentro bamboleando. Esto es ridículo, pensó. ¿Hacen esto los hombres?

—Vamos, entra —le dijo Bill en voz baja.

Harry trepó hasta dentro. Olía de verdad a dinero, y a barniz de muebles.

—Cristo, Bill. Ahora sí que estoy asustado. Esto no tiene sentido.

—No hables tan alto. Tú quieres librarte de esas judías aguadas, ¿no?

—Sí.

—Bueno, entonces sé un hombre.

Harry se quedó quieto mientras Bill abría lentamente cajones y metía cosas en sus bolsillos. Parecía que estaban en un comedor. Bill se estaba llenando los bolsillos de cucharas, cuchillos y tenedores.

¿Cómo vamos a sacar algo con eso?, pensó Harry.

Bill siguió metiéndose los cubiertos de plata en los bolsillos de su abrigo. Entonces se le cayó un cuchillo. El suelo era duro, sin alfombra, y el sonido se produjo fuerte y claro.

—¿Quién anda ahí?

Bill y Harry no contestaron.

—¡Dije que quién anda ahí!

—¿Qué pasa, Seymour? —dijo una voz femenina.

—Me ha parecido oír algo. Algo me ha despertado.

—¡Oh, duérmete!

—No. He oído algo.

Harry escuchó el sonido de una cama y a continuación los pasos de un hombre. El hombre entró por la puerta del comedor y se encontró con ellos. Iba con un pijama, era un hombre joven, de unos 26 o 27 años, con el pelo largo y una perilla.

—Muy bien, vosotros, capullos, ¿qué estáis haciendo en mi casa?

Bill se volvió hacia Harry.

—Entra en el dormitorio. Seguro que hay un teléfono allí. Asegúrate de que ella no lo utilice. Yo me ocupo de éste.

Harry se fue hacia el dormitorio, vio la puerta, entró, vio a una chica rubia de unos 23 años, con el pelo largo y suelto, con un camisón de fantasía, sus pechos transparentándose a través de él. Había un teléfono en la mesita de noche y ella no estaba utilizándolo. Se llevó asustada el dorso de la mano a la boca. Estaba erguida en la cama.

—No grite —dijo Harry— o la mato.

Se quedó allí de pie mirándola, pensando en su propia mujer, pero nunca en la vida había tenido una mujer como aquella. Harry empezó a sudar, sentía vértigo, se miraban fijamente el uno al otro.

Harry se sentó en la cama.

—¡Dejad tranquila a mi mujer, si no os mataré! —dijo el joven. Bill acababa de entrar con él. Lo llevaba agarrado por el cuello con su cuchillo apoyado en medio de la espalda.

—Nadie va a hacer daño a tu mujer, tío. Sólo dinos dónde tienes tu appestoso dinero y nos iremos.

—Te he dicho que todo el que tengo está en mi cartera.

Bill apretó su brazo contra el cuello y clavó el cuchillo un poco más. El joven hizo una mueca de dolor.

—Las joyas —dijo Bill—, llévame a donde estén las joyas.

—Están arriba...

—Muy bien. ¡Llévame allí!

Harry vio cómo Bill se lo llevaba fuera. Harry siguió mirando fijamente a la chica y entonces ella le miró. Unos ojos azules, con las pupilas dilatadas de terror.

—No grite —le dijo— o la mato. ¡Así que pórtese bien o la mato!

Ella estaba paralizada, sus labios empezaron a temblar. Eran del más puro rosa pálido, y entonces, la boca de Harry se pegó a la suya. Estaba bebido y su boca sucia, rancia; la de ella era blanda, fresca, delicada, temblorosa. El la cogió de la cabeza con sus manos, apartó la suya hacia atrás y la miró a los ojos.

—Tú, puta —dijo—. ¡Tú, maldita puta!

La besó de nuevo, más fuerte. Cayeron juntos en la cama, bajo el peso de Harry. El se estaba quitando los zapatos, manteniéndola sujeta debajo suyo. Empezó a quitarle las bragas, bajándoselas a lo largo de las piernas, todo el tiempo sujetándola y besándola.

—Tú, puta, condenada puta...

—*¡Oh NO! ¡Cristo, NO! ¡Mi mujer NO, cabrones!*

Harry no los había oído entrar. El joven dio un grito. Luego Harry oyó un gorgoteo sordo. Se incorporó y miró a su alrededor. El joven estaba en el suelo con la garganta cortada; la sangre surgía rítmicamente a borbotones que iban encharcando el suelo.

—¡Lo has matado! —dijo Harry.

—Estaba gritando.

—No tenías por qué matarlo.

—No tenías por qué violar a su mujer.

—Yo no la he violado y tú lo has matado.

Entonces ella empezó a gritar. Harry le tapó la boca con su mano.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó.

—Vamos a matarla también. Es un testigo.

—Yo no puedo matarla —dijo Harry.

—Yo la mataré —dijo Bill.

—Pero no deberíamos desperdiciarla así.

—Bueno, pues ve y tómalala.

—Ponle algo en la boca.

—Ya me ocupo de eso —dijo Bill. Cogió un pañuelo de la cómoda y lo introdujo en la boca de la chica. Luego rasgó la funda de la almohada en tiras y la amordazó.

—Vamos, tío, empieza.

La chica no se resistió. Parecía encontrarse en estado de coma.

Cuando Harry acabó, Bill se montó encima de ella y la poseyó también. Harry miró. Esto era. Era así allí y en el resto del mundo. Cuando un ejército conquistador entraba en las ciudades, poseían a las mujeres. Ellos eran el ejército conquistador.

Bill acabó y se levantó.

—Mierda, esto sí que estuvo bien.

—Escucha, Bill, vamos a dejarla viva.

—Hablará. Es un testigo.

—Si le perdonamos la vida, no hablará. Esa será nuestra condición.

—Hablará. Conozco la naturaleza humana. Más tarde hablará.

—¿Para qué va a decir nada a gente que hace lo mismo que nosotros? Y en caso de que hablara ¿por qué no va a hacerlo, después de lo que hemos hecho?

—Eso es lo que quiero decir —dijo Bill—. ¿Para qué dejarla viva?

—Vamos a preguntarle. Vamos a hablar con ella. Vamos a preguntarle qué piensa.

—Yo sé lo que piensa. La voy a matar.

—Por favor, no lo hagas, Bill. Vamos a mostrar un poco de decencia.

—¿Mostrar un poco de decencia? ¿Ahora? Es demasiado tarde. Si hubieses sido lo suficientemente hombre como para haberte guardado tu estúpida polla lejos de ella...

—No la mates, Bill, no puedo... soportarlo...

—Vuélvete de espaldas.

—Bill, por favor...

—¡Te digo que te vuelvas de espaldas, imbécil!

Harry se dio la vuelta. No pareció que hubiera el menor sonido. Los minutos pasaron.

—¿Bill, lo has hecho?

—Lo he hecho. Date la vuelta y mira.

—No quiero mirar. Vámonos. Vámonos de aquí.

Salieron por la misma ventana que habían entrado. La noche estaba más fría que nunca. Bajaron por la parte oscura de la casa y salieron a la calle a través del seto.

—¿Bill?

—¿Sí?

—Ahora me siento bien, como si no hubiese pasado nunca.

—Pero pasó.

Fueron caminando hacia la parada del autobús. Los servicios nocturnos pasaban muy de tarde en tarde, probablemente tendrían que esperar cerca de una hora. Llegaron a la parada y se examinaron mutuamente en busca de manchas de sangre y, extrañamente, no encontraron ninguna. Liraron dos cigarrillos y se pusieron a fumar.

Entonces Bill, de repente, escupió su pitillo.

—Maldita sea. Maldita suerte la nuestra.

—¿Qué pasa, Bill?

—¡Nos olvidamos de coger su cartera!

—Oh, mierda —dijo Harry.

Un hombre

George estaba tumbado en su remolque, echado de espaldas, mirando una pequeña televisión portátil. Los platos de la cena estaban sin limpiar, los platos del desayuno estaban sin limpiar, necesitaba un afeitado, y la ceniza de su cigarrillo liado le caía sobre la camiseta, y cuando le quemaba la piel, blasfemaba y se la sacudía de encima.

Se oyeron unos golpes en la puerta del remolque. El se levantó lentamente y abrió la puerta. Era Constance. Llevaba una botella de whisky sin abrir en una bolsa.

—George, he dejado a ese hijo de puta, no pude aguantar a ese hijo de la gran puta por más tiempo.

—Siéntate.

George abrió la botella, cogió dos vasos, llenó cada uno con un tercio de whisky y dos de agua, y se sentó en la cama con Constance. Ella sacó un cigarrillo de su bolso y lo encendió. Estaba bebida y sus manos temblaban.

—También me he llevado su maldito dinero. Agarré su maldito dinero y me largué mientras él estaba trabajando. No sabes lo que he sufrido con ese hijo de puta.

—Dame algo para fumar —dijo George.

Ella le alcanzó un pitillo y cuando estaba más cerca, George le puso su brazo alrededor, se la atrajo y la besó.

—Tú, hijo de puta —dijo ella sonriendo—, te eché de menos.

—Yo eché de menos esas magníficas piernas, Connie. Realmente eché de menos esas piernas.

—¿Te siguen gustando?

—Me pongo cachondo sólo de verlas.

—Nunca lo he podido hacer con un tío educado —dijo Connie—. Son demasiado blandos, no son hombres. Y este tío limpiaba la casa, George, era como tener una criada. Lo hacía todo. El piso estaba sin una mota de polvo. Podías comerte un filete fuera del plato, en medio del suelo, donde fuese. El era antiséptico, eso es lo que era.

—Bebe algo. Te sentirás mejor.

—Y era incapaz de hacer el amor.

—¿Quieres decir que no se le levantaba?

—Oh, sí se le levantaba. La tenía siempre tiesa. Pero no sabía cómo hacer feliz a una mujer, ya sabes. No sabía actuar. Todo ese dinero, toda esa educación. Era un inútil.

—A mí me hubiera gustado tener estudios.

—No necesitas nada de eso. Tú tienes todo lo que necesitas, George.

—Sólo soy un desgraciado. Todos esos trabajos de mierda...

—Te digo que tienes todo lo que necesitas, George. Tú sabes cómo hacer feliz a una mujer.

—¿Sí?

—Sí. ¿Y quieres saber algo más? ¡Su madre venía con nosotros...! ¡Su *madre!* Dos o tres veces a la semana. Y se sentaba allí mirándome, pretendiendo apreciarme, pero tratándome todo el tiempo como si fuese una puta. ¡Como si yo fuese una mala puta robándole a su amado hijo de sus brazos! ¡Su precioso Walter! ¡Cristo! ¡Vaya un plato!

—Bebe, Connie.

George había acabado. Esperó a que Connie vaciara su vaso, entonces lo cogió y llenó de nuevo los dos.

—El juraba gritando que me amaba. Entonces yo le decía: ¡Mírame el coño, Walter! Y él no me miraba el cono. Decía: «No quiero mirar esa cosa». ¡Esa *cosa!* ¡Así es cómo lo llamaba! Tú no tienes miedo de mi coño, ¿verdad, George?

—No me ha mordido nunca por ahora.

—Pero tú sí que lo has mordido, lo has roído bien, ¿eh, George?

—Supongo que sí.

—¿Y lo has lamido, lo has chupado?

—Supongo que sí.

—Tú sabes condenadamente bien lo que has hecho, George.

—¿Cuánto dinero te has cogido?

—Seiscientos dólares.

—No me gusta la gente que roba a otra gente, Connie.

—Eso es porque eres un jodido friegaplatos. Eres honesto. Pero él es un gilipollas tal, George... Y además puede permitirse el lujo de perder ese poco de dinero, y yo me lo he ganado... *él* y su *madre* y su *amor*, y su *amor a su madre*, y las pequeñas y limpias escudillas de lavar, y las bolsas higiénicas y los coches nuevos y todos esos olores asfixiantes de colonias, sprays, lociones de afeitar, y sus pequeñas erecciones y su preciosa manera de hacer el amor. Todo para *sí mismo*, entiendes. ¡Todo para *sí mismo*! Tú en cambio sabes lo que una mujer quiere, George...

—Gracias por el whisky, Connie. Alcázame otro pitillo. George llenó de nuevo los vasos.

—He echado de menos tus piernas, Connie. De verdad que las he echado de menos. Me gusta cómo llevas esos tacones altos. Estas mujeres modernas no saben lo que están perdiendo. Los tacones altos modelan la pantorrilla, el muslo, el culo; imponen ritmo al andar. ¡Realmente me ponen cachondo!

—Hablas como un poeta, George. Algunas veces hablas de verdad como un poeta. Eres un endiablado friegaplatos.

—¿Sabes lo que de verdad me gustaría hacer?

—¿Qué?

—Me gustaría azotarte con mi cinturón en las piernas, el culo, los muslos. Me gustaría hacerte gritar y llorar y cuando estuvieses gritando y llorando, entonces te la metería en un golpe de puro amor.

—No me gusta eso, George. Tú nunca me has hablado de ese modo. Siempre te has portado bien conmigo.

—Súbete la falda.

—¿Qué?

—Súbete la falda, quiero ver mejor tus piernas.

—Te gustan mis piernas, ¿eh, George?

—Deja que la luz las haga brillar.

Constance se subió el vestido.

—Dios, cristo y la mierda —dijo George.

—¿Te gustan?

—¡Adoro tus piernas!

Entonces George se acercó a Constance y le pegó una fuerte bofetada en la cara; el cigarrillo voló de su boca pintada.

—¿Por qué has hecho eso?

—¡Te follaste a Walter! ¡Te follaste a Walter!

—¿Y qué coño pasa?

—¡Que te subas más la falda!

—¡No!

—¡Haz lo que te digo! George la abofeteó de nuevo, más fuerte. Constance se subió la falda.

—¡Por encima de las bragas! —gritó George—. ¡Quiero verlas enteras!

—Cristo, George. ¿Qué es lo que te pasa?

—¡Te follaste a Walter!

—George, te juro que te has vuelto loco. Me quiero ir. ¡Déjame salir de aquí, George!

—¡No te muevas o te mato!

—¿Que me matas?

—¡Te lo juro!

George se levantó y se llenó un vaso entero de whisky, se lo bebió de un trago y se sentó al lado de Constance. Cogió su cigarrillo, agarró la muñeca de Constance y lo apoyó firmemente sobre la piel. Ella gritó. El lo sostuvo allí sin moverlo, hasta que por fin lo apartó.

—Yo soy un hombre, nena, ¿entiendes?

—Sé que eres un hombre, George.

—¡Aquí, mira mis músculos! —George se levantó y flexionó ambos brazos—. ¿Bonito, eh, nena? ¡Mira estos músculos! ¡Tócalos! ¡Tócalos!

Constance tocó uno de sus brazos y luego el otro.

—Sí, tienes un bello cuerpo, George.

—Soy un hombre. Soy un friegaplatos pero soy un hombre un hombre de verdad.

—Lo sé, George.

—No soy como ese mierdaleches que has dejado.

—Ya lo sé.

—Y también puedo cantar. Tienes que oír mi voz. Constance estaba allí sentada. George empezó a cantar. Cantó «Old man river» y luego cantó «Nobody Knows the trouble I've seen» y luego «The St Louis Blues» y también «God Bless America» interrumpiéndose a menudo y riéndose. Entonces se sentó al lado de Constance. Dijo:

—Connie, tienes unas piernas muy bonitas—. Le pidió otro cigarrillo. Lo fumó, se bebió dos vasos más, y entonces apoyó su cabeza en las piernas de Connie, contra las medias, en su regazo, y dijo;

—Connie, sé que no soy bueno, sé que estoy loco, siento mucho haberte pegado y haberte quemado con ese cigarrillo.

Constance siguió allí sentada. Pasó sus dedos entre los cabellos de George, acariciándole, consolándole. Pronto él se durmió. Ella esperó un poco. Entonces apartó la cabeza de sus piernas y la apoyó en la almohada. Se levantó de la cama, se fue hacia la botella, se sirvió una buena cantidad de whisky, añadió un poco de agua y se lo bebió. Se dirigió hacia la puerta del remolque, la abrió, bajó y la cerró. Caminó a través de la parcela, abrió la verja, salió a la carretera y se fue andando bajo la luna de la una de la mañana. El cielo estaba limpio de nubes, repleto de estrellas allá arriba. Llegó al bulevar y caminó hacia el este hasta divisar la entrada del Blue Mirror. Entró, echó un vistazo y allí estaba Walter sentado, solo y borracho al fondo del bar. Ella se acercó y se sentó a su lado.

—¿Me echaste de menos, querido? —preguntó ella. Walter levantó la mirada. La reconoció. No contestó. Miró al camarero y el camarero se acercó a ellos. Todos se conocían entre sí.

Clase

No estoy muy seguro del lugar. Algún sitio al Noroeste de California. Hemingway acababa de terminar una novela, había llegado de Europa o de no sé donde, y ahora estaba en el ring pegándose con un tío. Había periodistas, críticos, escritores —bueno, toda esa tribu— y también algunas jóvenes damas sentadas entre las filas de butacas. Me senté en la última fila. La mayor parte de la gente no estaba mirando a Hem. Sólo hablaban entre sí y se reían.

El sol estaba alto. Era a primera hora de la tarde. Yo observaba a Ernie. Tenía atrapado a su hombre, y estaba jugando con él. Se le cruzaba, bailaba, le daba vueltas, lo mareaba. Entonces lo tumbó. La gente miró. Su oponente logró levantarse al contar ocho. Hem se le acercó, se paró delante de él, escupió su protector bucal, soltó una carcajada, y volteó a su oponente de un puñetazo. Era como un asesinato. Ernie se fue hacia su rincón, se sentó. Inclino la cabeza hacia atrás y alguien vertió agua sobre su boca.

Yo me levanté de mi asiento y bajé caminando despacio por el pasillo central. Llegué al ring, extendí la mano y le di unos golpecitos a Hemingway en el hombro.

—¿Señor Hemingway?

—¿Sí, qué pasa?

—Me gustaría cruzar los guantes con usted.

—¿Tienes alguna experiencia en boxeo?

—No.

—Vete y vuelve cuando hayas aprendido algo.

—Mire, estoy aquí para romperle el culo.

Ernie se rió estrepitosamente. Le dijo al tío que estaba en el rincón.

—Ponle al chico unos calzones y unos guantes.

El tío saltó fuera del ring y yo le seguí hasta los vestuarios.

—¿Estás loco, chico? —me preguntó.

—No sé. Creo que no.

—Toma. Pruébate estos calzones.

—Bueno.

—Oh, oh... Son demasiado grandes.

—A la mierda. Están bien.

—Bueno, deja que te vende las manos.

—Nada de vendas.

—¿Nada de vendas?

—Nada de vendas.

—¿Y qué tal un protector para la boca?

—Nada de protectores.

—¿Y vas a pelear en zapatos?

—Voy a pelear en zapatos.

Encendí un puro y salimos afuera. Bajé tranquilamente hacia el ring fumando mi puro. Hemingway volvió a subir al ring y ellos le colocaron los guantes. No había nadie en mi rincón. Finalmente alguien vino y me puso unos guantes. Nos llamaron al centro del ring para darnos las instrucciones.

—Ahora, cuando caigas a la lona —me dijo el árbitro— yo...

—No me voy a caer —le dije al árbitro.

Siguieron otras instrucciones.

—Muy bien, volved a vuestros rincones; y cuando suene la campana, salid a pelear. Que gane el mejor. Y —se dirigió hacia mí— será mejor que te quites ese puro de la boca.

Cuando sonó la campana salí al centro del ring con el puro todavía en la boca. Me chupé toda una bocanada de humo, y se la eché en la cara a Hemingway. La gente rió.

Hem se vino hacia mí, me lanzó dos ganchos cortos, y falló ambos golpes. Mis pies eran rápidos. Bailaba en un continuo vaivén, me movía, entraba, salía, a pequeños saltos, tap tap tap tap, cinco veloces golpes de izquierda en la nariz de Papá. Divisé a una chica en la fila frontal de butacas, una cosa muy bonita, me quedé mirándola y entonces Hem me lanzó un directo de derecha que me aplastó el cigarro en la boca. Sentí cómo me quemaba los labios y la mejilla, me sacudí la ceniza, escupí los restos del puro y le pegué un gancho en el estómago a Ernie. El respondió con un derechazo corto, y me pegó con la izquierda en la oreja. Esquivó mi derecha y con una fuerte volea me lanzó contra las cuerdas. Justo al tiempo de sonar la campana me tumbó con un sólido derechazo a la barbilla. Me levanté y me fui hasta mi rincón.

Un tío vino con una toalla.

—El señor Hemingway quiere saber si todavía deseas seguir otro asalto.

—Dile al señor Hemingway que tuvo suerte. El humo se me metió en los ojos. Un asalto más es todo lo que necesito para finalizar el asunto.

El tío con la toalla volvió al otro extremo y pude ver a Hemingway riéndose.

Sonó la campana y salí derecho. Empecé a atacar, no muy fuerte, pero con buenas combinaciones. Ernie retrocedía, fallando sus golpes. Por primera vez pude ver la duda en sus ojos.

¿Quién es este chico?, estaría pensando. Mis golpes eran más rápidos, le pegué más duro. Atacaba con todo mi aliento. Cabeza y cuerpo. Una variedad mixta. Boxeaba como Sugar Ray y pegaba como Dempsey.

Llevé a Hemingway contra las cuerdas. No podía caerse. Cada vez que empezaba a caerse, yo lo enderezaba con un nuevo golpe. Era un asesinato. *Muerte en la tarde*.

Me eché hacia atrás y el señor Hemingway cayó hacia adelante, sin sentido y ya frío.

Desaté mis guantes con los dientes, me los saqué, y salté fuera del ring. Caminé hacia mi vestuario; es decir, el vestuario del señor Hemingway, y me di una ducha. Bebí una botella de cerveza, encendí un puro y me senté en el borde de la mesa de masajes. Entraron a Ernie y lo tendieron en otra mesa. Seguía sin sentido. Yo estaba allí, sentado, desnudo, observando cómo se preocupaban por Ernie. Había algunas mujeres en la habitación, pero no les presté la menor atención. Entonces se me acercó un tío.

—¿Quién eres? — me preguntó—. ¿Cómo te llamas?

—Henry Chinaski.

—Nunca he oído hablar de ti —dijo.

—Ya oirás.

Toda la gente se acercó. A Ernie lo abandonaron. Pobre Ernie. Todo el mundo se puso a mi alrededor. También las mujeres. Estaba rodeado de ladrillos por todas partes menos por una. Sí, una verdadera hoguera de clase me estaba mirando de arriba a abajo. Parecía una dama de la alta sociedad, rica, educada, de todo —bonito cuerpo, bonita cara, bonitas ropas, todas esas cosas—. Y clase, verdaderos rayos de clase.

—¿Qué sueles hacer? —preguntó alguien.

—Follar y beber.

—No, no— Quiero decir en qué trabajas.

—Soy friegaplatos.

—¿Friegaplatos?

—Sí.

—¿Tienes alguna afición?

—Bueno, no sé si puede llamarse una afición. Escribo.

—¿Escribes?

—Sí.

—¿El qué?

—Relatos cortos. Son bastante buenos.

—¿Has publicado algo?

—No.

—¿Por qué?

—No lo he intentado.

—¿Dónde están tus historias?

—Allá arriba —señalé una vieja maleta de cartón.

—Escucha, soy un crítico del New York Times. ¿Te importa si me llevo tus relatos a casa y los leo? Te los devolveré.

—Por mi de acuerdo, culo sucio, sólo que no sé dónde voy a estar.

La estrella de clase y alta sociedad se acercó:

—El estará conmigo. —Luego me dijo—. Vamos, Henry, vístete. Es un viaje largo y tenemos cosas que... hablar.

Empecé a vestirme y entonces Ernie recobró el sentido.

—¿Qué coño pasó?

—Se encontró con un buen tipo, señor Hemingway —le dijo alguien.

Acabé de vestirme y me acerqué a su mesa.

—Eres un buen tipo, Papá. Pero nadie puede vencer a todo el mundo.

—Estreché su mano—. No te vuelas los sesos.

Me fui con mi estrella de alta sociedad y subimos a un coche amarillo descapotado, de media manzana de largo. Condujo con el acelerador pisado a fondo, tomando las curvas derrapando y chirriando, con el rostro bello e impassible. Eso era clase. Si amaba de igual modo que conducía, iba a ser un infierno de noche.

El sitio estaba en lo alto de las colinas, apartado. Un mayordomo abrió la puerta.

—George —le dijo—. Tómame la noche libre. O, mejor pensado, tómame la semana libre.

Entramos y había un tío enorme sentado en una silla, con un vaso de alcohol en la mano.

—Tommy —dijo ella— desaparece.

Fuimos introduciéndonos por los distintos sectores de la casa.

—¿Quién era ese grandulón?

—Thomas Wolfe —dijo ella—. Un coñazo.

Hizo una parada en la cocina para coger una botella de bourbon y dos vasos. Entonces dijo:

—Vamos.

La seguí hasta el dormitorio.

A la mañana siguiente nos despertó el teléfono. Era para mí. Ella me alcanzó el auricular y yo me incorporé en la cama.

—¿Señor Chinaski?

—¿Sí?

—Leí sus historias. Estaba tan excitado que no he podido dormir en toda la noche. ¡Es usted seguramente el mayor genio de la década!

—¿Sólo de la década?

—Bueno, tal vez del siglo.

—Eso está mejor.

—Los editores de Harper's y Atlantic están ahora aquí conmigo. Puede que no se lo crea, pero cada uno ha aceptado cinco historias para su futura publicación.

—Me lo creo —dije.

El crítico colgó. Me tumbé. La estrella y yo hicimos otra vez el amor.

Deje de mirarme las tetas, señor

Big Bart era el tío más salvaje del Oeste. Tenía la pistola más veloz del Oeste, y se había follado mayor variedad de mujeres que cualquier otro tío en el Oeste. No era aficionado a bañarse, ni a la mierda de toro, ni a discutir, ni a ser un segundón. También era guía de una caravana de emigrantes, y no había otro hombre de su edad que hubiese matado más indios, o follado más mujeres, o matado más hombres blancos.

Big Bart era un tío grande y él lo sabía y todo el mundo lo sabía. Incluso sus pedos eran excepcionales, más sonoros que la campana de la cena; y estaba además muy bien dotado, un gran mango siempre tieso e infernal. Su deber consistía en llevar las carretas a través de la sabana sanas y salvas, fornicar con las mujeres, matar a unos cuantos hombres, y entonces volver al Este a por otra caravana. Tenía una barba negra, unos sucios orificios en la nariz, y unos radiantes dientes amarillentos.

Acababa de metérsela a la joven esposa de Billy Joe, la estaba sacando los infiernos a martillazos de polla mientras obligaba a Billy Joe a observarlos. Obligaba a la chica a hablarle a su marido mientras lo hacían. Le obligaba a decir:

—¡Ah, Billy Joe, todo este palo, este cuello de pavo me atraviesa desde el coño hasta la garganta, no puedo respirar, me ahoga! ¡Sálvame, Billy Joe! ¡No, Billy Joe, no me salves! ¡Aaah!

Luego de que Big Bart se corriera, hizo que Billy Joe le lavara las partes y entonces salieron todos juntos a disfrutar de una espléndida cena a base de tocino, judías y galletas.

Al día siguiente se encontraron con una carreta solitaria que atravesaba la pradera por sus propios medios. Un chico delgaducho, de unos dieciséis años, con un acné cosa mala, llevaba las riendas. Big Bart se acercó cabalgando.

—¡Eh, chico! —dijo.

El chico no contestó.

—Te estoy hablando, chaval...

—Chúpame el culo —dijo el chico.

—Soy Big Bart.

—Chúpame el culo.

—¿Cómo te llamas, hijo?

—Me llaman «El Niño».

—Mira, Niño, no hay manera de que un hombre atraviese estas praderas con una sola carreta.

—Yo pienso hacerlo.

—Bueno, son tus pelotas, Niño —dijo Big Bart, y se dispuso a dar la vuelta a su caballo, cuando se abrieron las cortinas de la carreta y apareció esa mujercita, con unos pechos increíbles, un culo grande y bonito, y unos ojos como el cielo después de la lluvia. Dirigió su mirada hacia Big Bart, y el cuello de pavo se puso duro y chocó contra el torno de la silla de montar.

—Por tu propio bien, Niño, vente con nosotros.

—Que te den por el culo, viejo —dijo el chico—. No hago caso de avisos de viejos follamadres con los calzoncillos sucios.

—He matado a hombres sólo porque me disgustaba su mirada.

El Niño escupió al suelo. Entonces se incorporó y se rascó los cojones.

—Mira, viejo, me aburres. Ahora desaparece de mi vista o te voy a convertir en una plasta de queso suizo.

—Niño —dijo la chica asomándose por encima de él, saliéndosele una teta y poniendo cachondo al sol—. Niño, creo que este hombre tiene razón. No tenemos posibilidades contra

esos cabronazos de indios si vamos solos. No seas gilipollas. Dile a este hombre que nos uniremos a ellos.

—Nos uniremos —dijo el Niño.

—¿Cómo se llama tu chica? —preguntó Big Bart.

—Rocío de Miel —dijo el Niño.

—Y deje de mirarme las tetas, señor —dijo Rocío de Miel— o le voy a sacar la mierda a hostias.

Las cosas fueron bien por un tiempo. Hubo una escaramuza con los indios en Blueball Canyon. 37 indios muertos, uno prisionero. Sin bajas americanas. Big Bart le puso una argolla en la nariz...

Era obvio que Big Bart se ponía cachondo con Rocío de Miel. No podía apartar sus ojos de ella. Ese culo, casi todo por culpa de ese culo. Una vez mirándola se cayó de su caballo y uno de los cocineros indios se puso a reír.

Quedó un sólo cocinero indio.

Un día Big Bart mandó al Niño con una partida de caza a matar algunos búfalos. Big Bart esperó hasta que desaparecieron de la vista y entonces se fue hacia la carreta del Niño. Subió por el sillín, apartó la cortina, y entró. Rocío de Miel estaba tumbada en el centro de la carreta masturbándose.

—Cristo, nena —dijo Big Bart—. ¡No lo malgastes!

—Lárgate de aquí —dijo Rocío de Miel sacando el dedo de su chocho y apuntando a Big Bart—. ¡Lárgate de aquí echando leches y déjame hacer mis cosas!

—¡Tu hombre no te cuida lo suficiente, Rocío de Miel!

—Claro que me cuida, gilipollas, sólo que no tengo bastante. Lo único que ocurre es que después del período me pongo cachonda.

—Escucha, nena...

—¡Que te den por el culo!

—Escucha, nena, contempla...

Entonces sacó el gran martillo. Era púrpura, descapullado, infernal, y basculaba de un lado a otro como el péndulo de un gran reloj. Gotas de semen lubricante cayeron al suelo.

Rocío de Miel no pudo apartar sus ojos de tal instrumento. Después de un rato dijo:

—¡No me vas a meter esa condenada cosa dentro!

—Dilo como si de verdad lo sintieras, Rocío de Miel.

—¡NO VAS A METERME ESA CONDENADA COSA DENTRO!

—¿Pero por qué? ¿Por qué? ¡Mírala!

—¡La estoy mirando!

—¿Pero por qué no la deseas?

—Porque estoy enamorada del Niño.

—¿Amor? —dijo Big Bart riéndose—. ¿Amor? ¡Eso es un cuento para idiotas! ¡Mira esta condenada estaca! ¡Puede matar de amor a cualquier hora!

—Yo amo al Niño, Big Bart.

—Y también está mi lengua —dijo Big Bart—. ¡La mejor lengua del Oeste!

La sacó e hizo ejercicios gimnásticos con ella.

—Yo amo al Niño —dijo Rocío de Miel.

—Bueno, pues jódete —dijo Big Bart y de un salto se echó encima de ella. Era un trabajo de perros meter toda esa cosa, y cuando lo consiguió, Rocío de Miel gritó. Había dado unos siete caderazos entre los muslos de la chica, cuando se vio arrastrado rudamente hacia atrás.

ERA EL NIÑO, DE VUELTA DE LA PARTIDA DE CAZA.

—Te trajimos tus búfalos, hijoputa. Ahora, si te subes los pantalones y sales afuera, arreglaremos el resto...

—Soy la pistola más rápida del Oeste —dijo Big Bart.

—Te haré un agujero tan grande, que el ojo de tu culo parecerá sólo un poro de la piel — dijo el Niño—. Vamos, acabemos de una vez. Estoy hambriento y quiero cenar. Cazar búfalos abre el apetito...

Los hombres se sentaron alrededor del campo de tiro, observando. Había una tensa vibración en el aire. Las mujeres se quedaron en las carretas, rezando, masturbándose y bebiendo ginebra. Big Bart tenía 34 muescas en su pistola, y una fama infernal. El Niño no tenía ninguna muesca en su arma, pero tenía una confianza en sí mismo que Big Bart no había visto nunca en sus otros oponentes. Big Bart parecía el más nervioso de los dos. Se tomó un trago de whisky, bebiéndose la mitad de la botella, y entonces caminó hacia el Niño.

—Mira, Niño...

—¿Sí, hijoputa...?

—Mira, quiero decir, ¿por qué te cabreas?

—¡Te voy a volar las pelotas, viejo!

—¿Pero por qué?

—¡Estabas jodiendo con mi mujer, viejo!

—Escucha, Niño, ¿es que no lo ves? Las mujeres juegan con un hombre detrás de otro. Sólo somos víctimas del mismo juego.

—No quiero escuchar tu mierda, papá. ¡Ahora aléjate y prepárate a desenfundar!

—Niño...

—¡Aléjate y listo para disparar!

Los hombres en el campo de fuego se levantaron. Una ligera brisa vino del Oeste oliendo a mierda de caballo. Alguien tosió. Las mujeres se agazaparon en las carretas, bebiendo ginebra, rezando y masturbándose. El crepúsculo caía.

Big Bart y el Niño estaban separados 30 pasos.

—Desenfunda tú, mierda seca —dijo el Niño—, desenfunda, viejo de mierda, sucio rijoso.

Despacio, a través de las cortinas de una carreta, apareció una mujer con un rifle. Era Rocío de Miel. Se puso el rifle al hombro y lo apoyó en un barril.

—Vamos, violador cornudo —dijo el Niño—. ¡DESENFUNDA!

La mano de Big Bart bajó hacia su revólver. Sonó un disparo cortando el crepúsculo. Rocío de Miel bajó su rifle humeante y volvió a meterse en la carreta. El Niño estaba muerto en el suelo, con un agujero en la nuca. Big Bart enfundó su pistola sin usar y caminó hacia la carreta. La luna estaba ya alta.

Algo acerca de una bandera del vit-cong

El desierto se cocía bajo el sol de verano. Red saltó fuera del tren mientras disminuía la marcha, cayó y corrió dando saltos por el terraplén de la vía. Cagó detrás de unas rocas mirando al norte, y se limpió el culo con unas hojas. Luego caminó cincuenta metros, se sentó a la sombra de otra gran roca y lió un cigarrillo. Vio entonces a los hippies acercarse caminando. Eran dos tíos y una chica. También habían saltado del tren.

Uno de los tíos llevaba una bandera del Viet-Cong. Los tíos parecían blandos e inofensivos. La chica tenía un culo grande y bonito, casi reventaba sus pantalones vaqueros. Era rubia y con bastantes granos. Red esperó hasta que llegaron a su lado.

—¡Heil Hitler! —dijo.

Los hippies se rieron.

—¿Adonde vais? —preguntó Red.

—Tratamos de llegar a Denver. Creo que lo vamos a conseguir.

—Bueno —dijo Red—, os vais a esperar un rato, porque yo voy a tener que usar a vuestra chica.

—¿Qué dices?

—Ya me habéis oído.

Red agarró a la chica. Con una mano agarrándola del cabello y otra del culo, la besó. El tío más alto cogió a Red del hombro.

—Espera un momento...

Red se volvió y lo mandó al suelo con un corto de izquierda. Directo en el estómago. El tío se quedó tumbado, respirando con dificultad. Red miró al otro tío, el de la bandera del Viet-Cong.

—Si no quieres que te haga pupa, déjame tranquilo —le dijo—. Vamos —le dijo a la chica—, nos iremos detrás de esas rocas.

—No, no pienso hacerlo —dijo la chica—, no pienso hacerlo.

Red sacó su navaja y presionó el resorte. La cuchilla surgió chasqueante frente a la nariz de la chica. Se la apoyó sobre la aleta.

—¿Qué tal aspecto tendrías sin nariz?

Ella no contestó.

—Te la cortaré —gruñó él.

—Escucha —dijo el tío de la bandera—, esto es un delito, te buscarán.

—Vamos, nena —dijo Red, empujándola hacia las rocas.

Red y la chica desaparecieron tras las rocas. El tío de la bandera ayudó a levantarse a su amigo. Se quedaron allí quietos. Pasó el tiempo.

—Se está follando a Sally. ¿Qué podemos hacer? En estos momentos se la está follando.

—¿Qué podemos hacer? Es un loco.

—Deberíamos intentar algo.

—Sally debe estar pensando que somos unas verdaderas mierdas.

—Lo somos. Somos dos. Podíamos haberle inmovilizado.

—Tiene un cuchillo.

—No importa. Podíamos haberle agarrado.

—Me siento terriblemente miserable.

—¿Cómo crees que se debe sentir Sally? Se la está follando.

Se quedaron allí y esperaron. El tío alto que había recibido los puñetazos se llamaba Leo. El otro era Dale. Hacía mucho calor bajo el sol mientras esperaban.

—Nos quedan dos cigarrillos —dijo Dale—, ¿nos los fumamos?

—¿Cómo infiernos vamos a fumar sabiendo lo que está ocurriendo tras esas rocas?

—Tienes razón. Dios. ¿Por qué tardan tanto?

—Dios, no sé. ¿Crees que la habrá matado?

—Estoy empezando a preocuparme.

—Creo que voy a acercarme a echar un vistazo.

—De acuerdo, pero ten cuidado.

Leo se fue hacia las rocas. Había un pequeño promontorio cubierto de arbustos. Subió arrastrándose por él y escondido entre los arbustos, miró abajo. Red se estaba jodiendo a Sally. Leo los observó. Parecía no tener fin. Red seguía y seguía. Leo bajó reptando el promontorio y caminó hacia donde estaba Dale.

—Creo que ella está bien —dijo.

Esperaron.

Finalmente, Red y Sally salieron de detrás de las rocas. Vinieron caminando hacia ellos.

—Gracias, hermanos —dijo Red—, ha sido un bonito bocado.

—¡Ojalá te caigas al infierno! —dijo Leo.

Red se rió.

—¡Paz! ¡Paz, hermanos!... —Hizo el signo con sus dedos—. Bueno, creo que me voy a ir...

Lió un cigarrillo rápido, sonriendo mientras lo pegaba. Entonces lo encendió, inhaló una bocanada, y se fue andando hacia el norte, buscando los lugares sombreados.

—Sigamos alegres el resto del camino —dijo Dale—, las cargas no sirven para nada.

—Sí, hacia la autopista del Oeste —dijo Leo—, ea, vámonos.

Empezaron a caminar hacia el Oeste.

—Cristo —dijo Sally—. ¡No puedo casi andar! ¡Es un animal!

Leo y Dale no dijeron nada.

—Espero no quedarme preñada.

—Sally —dijo Leo—, lo siento...

—¡Oh, cállate!

Caminaron. La tarde estaba cayendo y el calor del desierto iba en disminución.

—¡Odio a los hombres! —dijo Sally.

Un conejo salió corriendo de debajo de una mata y Leo y Dale dieron un salto de sorpresa.

—Un conejo —dijo Leo—, un conejo.

—¿Os asustó ese conejo, eh, tíos?

—Bueno, después de lo que ocurrió, estamos nerviosos.

—¿Vosotros nerviosos? ¿Y yo qué, eh? Mira, vamos a sentarnos un rato; estoy cansada.

Había un pequeño espacio de sombra y Sally se sentó entre los dos.

—Sabéis, después de todo... —dijo ella.

—¿Qué?

—No estuvo tan mal. En un plano puramente sexual, quiero decir. Me la metió de verdad. ¡Uau! En el aspecto estrictamente sexual fue algo grande.

—¿Qué? —dijo Dale.

—Quiero decir, bueno, moralmente, le odio. El hijo de puta debería ser fusilado. Es un perro. Un cerdo. Pero en el terreno estrictamente sexual fue algo...

Se quedaron allí sentados un rato sin decir nada. Entonces sacaron los dos cigarrillos y se los fumaron, pasándoselos de uno a otro.

—Ojalá tuviésemos algo de droga —dijo Leo.

—Dios, sabía que ibas a decirlo —dijo Sally—. Vosotros es que casi ni existís.

—¿Puede que te sintieras mejor si te violásemos? —preguntó Leo.

—No seas estúpido.

—¿Crees que no puedo violarte?

—Debería haberme ido con él. Vosotros no sois nada.

—¿Así que ahora él te gusta? —preguntó Dale.

—¡Olvídalo! —dijo Sally—. Vamos a bajar hasta la autopista y allí nos pondremos a hacer dedo.

—Yo puedo metértela de un golpe —dijo Leo—, puedo hacerte llorar.

—¿Y yo puedo mirar? —preguntó Dale, riéndose.

—No va a haber nada que mirar —dijo Sally—. Vamos. En marcha.

Se levantaron y caminaron hacia la autopista. Estaba a diez minutos de camino. Cuando llegaron allí, Sally se puso en el borde a hacer dedo. Leo y Dale se quedaron más atrás escondidos. Habían olvidado la bandera del Viet-Cong. Sé la habían dejado tirada en la explanada, junto a la escoria cercana a la vía. La guerra seguía. Siete hormigas rojas gigantes se deslizaban entre los pliegues de la bandera.

No puedes escribir una historia de amor

Margie iba a salir con este tío pero cuando salían el tío se encontró con otro tío vestido con un abrigo de cuero y el tío del abrigo de cuero abrió el abrigo de cuero y le enseñó al otro tío sus tetas y el otro tío se dirigió a Margie y le dijo que no podía mantener su cita porque el tío del abrigo de cuero le había enseñado las tetas y tenía que ir a follarse a ese tío. Así que Margie se fue a ver a Carl. Carl estaba en su casa, y Margie se sentó y le dijo:

—Este tío iba a llevarme a la terraza de un café, íbamos a beber algo de vino y a hablar, sólo beber vino y hablar, nada más, pero en el camino este tío se encontró a otro tío con un abrigo de cuero, y el tío del abrigo de cuero le enseñó sus tetas al otro tío y ahora este tío se ha ido a follar con el tío del abrigo de cuero, así que me quedé sin mesa, sin vino y sin charla.

—No puedo escribir nada —dijo Carl—. He perdido la inspiración.

Entonces se levantó y se fue al baño, cerró la puerta, y se puso a cagar. Carl echaba cuatro o cinco cagadas al día. No tenía otra cosa que hacer. Se bañaba cuatro o cinco veces al día. No tenía otra cosa que hacer. Se emborrachaba por la misma razón.

Margie oyó el ruido de la cadena del retrete. Carl salió.

—Ocurre simplemente que un hombre no puede escribir ocho horas al día. Ni siquiera puede escribir todos los días, ni todas las semanas. Agota su mente, es una desesperación fija. Ahora no puedo hacer otra cosa que esperar.

Carl se fue hacia el frigorífico y salió con un paquete de seis cervezas. Abrió un botellín.

—Soy el escritor más grande del mundo —dijo—. ¿Sabes lo difícil que resulta?

Margie no contestó.

—Puedo sentir cómo el dolor se arrastra por todo mi ser. Igual que una segunda piel. Me gustaría poder cambiar de piel como las serpientes.

—Bueno, ¿por qué no te revuelcas en la alfombra y tratas de desprendértela?

—Escucha —preguntó él—. ¿Dónde te conocí?

—En la tienda de legumbres de Barney.

—Bueno, eso lo explica un poco. Tómate una cerveza.

Carl abrió una botella y se la pasó.

—Ya —dijo Margie—, ya sé. Necesitas tu soledad. Necesitas estar solo. Excepto cuando necesitas algo, excepto cuando cortamos de una vez y entonces te sientes perdido y en seguida te pones a llamar por teléfono diciéndome que me necesitas, que te estás muriendo de la resaca. Eres débil y te rajas rápido.

—Sí, me debilito rápido.

—Y eres tan *estúpido* conmigo, nunca te pones caliente. Vosotros los escritores sois tan... *delicados*... No podéis soportar a la gente. La humanidad hiede, ¿cierto?

—Cierto.

—Pero cada vez que cortamos empiezas a dar fiestas gigantescas de cuatro días. Y de repente te vuelves *ingenioso*. ¡Empiezas a hablar! De repente estás lleno de vida, hablando, bailando, cantando. Bailas en la mesita de café, lanzas botellas por la ventana, interpretas fragmentos de Shakespeare. De repente estás vivo, cuando yo me voy. ¡Oh, me han contado cosas acerca de esto!

—No me gustan las fiestas. Me disgusta especialmente la gente en las fiestas.

—Pues para ser un tío al que no le gustan las fiestas, celebras unas cuantas.

—Escucha, Margie, no entiendes. Ya no puedo escribir. Estoy acabado. En algún lugar torcí el rumbo. En algún lugar morí en medio de la noche.

—De la única manera en que te vas a morir es de una de tus monumentales resacas.

—Jeffers dijo que incluso los hombre más fuertes pueden quedar atrapados.

—¿Quién fue Jeffers?

—Fue el tío que convirtió el Gran Sur en una trampa para turistas.

—¿Qué vas a hacer esta noche?

—Iba a irme a escuchar las canciones de Rachmaninoff.

—¿Quién es ese?

—Un ruso muerto.

—Mírate. Te quedas ahí sentado como un idiota.

—Estoy esperando. Algunos tíos aguardan dos años. A veces la inspiración no vuelve nunca.

—Supón que no te vuelve nunca.

—Entonces me pondría mis zapatos y bajaría andando por Main Street.

—¿Por qué no te buscas un trabajo decente?

—No hay ningún trabajo decente. Si un escritor abandona la creación, está muerto.

—¡Oh, vamos, Carl! Hay millones de personas en el mundo que no trabajan en la creación. ¿Quieres decir que están muertas?

—Sí.

—¿Y tú tienes alma? ¿Eres de los pocos con alma?

—Podría decirse que sí.

—¡Podría decirse que sí! ¡Tú y tu miserable maquina de escribir! ¡Tú y tus cheques enanos! ¡Mi abuela gana más dinero que tú!

Carl abrió otra botella de cerveza.

—¡Cerveza! ¡Cerveza! ¡Tú y tu condenada cerveza! Está presente incluso en tus historias: «Marty cogió su cerveza. Al levantar su mirada, vio a una magnífica rubia entrar en el bar y sentarse a su lado...» Tienes razón. Estás acabado. Tu material es limitado, muy limitado. No puedes escribir una historia de amor, ni siquiera puedes escribir una decente historia de amor.

—Tienes razón, Margie.

—Si un hombre no puede escribir una historia de amor, es un inútil.

—¿Cuántas has escrito tú?

—Yo no pretendo ser escritora.

—Pero —dijo Carl—, parece tomar una pose de estúpido crítico literario.

Margie se fue pronto después de eso. Carl se sentó y bebió el resto de las cervezas. Era verdad, la literatura le había abandonado. Esto haría felices a sus enemigos de las catacumbas. Podrían subir un jodido escalón. La muerte les complacía, tanto a subterráneos como a escritores con éxito. Recordaba a Endicott, sentado allí y diciendo: «Bueno, Hemingway se fue, Dos Passos se fue, Patchen se fue, Pound se fue, Berryman se tiró desde un puente, todos muertos... Las cosas cada vez están mejor y mejor y mejor».

Sonó el teléfono. Carl lo cogió.

—¿Señor Gantling?

—¿Sí? —contestó.

—Quisiéramos saber si a usted le gustaría venir a dar una lectura en el Fairmont College.

—Bueno, sí. ¿Para qué fecha?

—El treinta del mes próximo.

—No creo tener nada que hacer para entonces.

—Nuestra paga usual son cien dólares.

—Me suelen dar ciento cincuenta. Ginsberg cobra mil.

—Pero es Ginsberg. Sólo podemos ofrecerle cien dólares.

—De acuerdo.

—Muy bien, señor Gantling. Le mandaremos los detalles.

—¿Qué me dice del viaje? Son varias horas de carretera.

—De acuerdo, veinticinco dólares por el viaje.

—O.K.

—¿Le gustaría hablar a los estudiantes en sus clases?

—No.

—Hay un almuerzo gratis.

—Entonces sí.

—Muy bien señor Gantling, estaremos por el campus esperándole.

—Adiós.

Carl dio una vueltas por la habitación. Miró la máquina de escribir. Puso una cuartilla de papel en el rodillo, se asomó a la ventana y vio pasar a una chica con una minifalda increíblemente corta. Empezó a escribir:

«Margie iba a salir con este tío pero en el camino este tío se encontró con otro tío vestido con un abrigo de cuero y el tío del abrigo de cuero abrió el abrigo de cuero y le enseñó al otro tío sus tetas y el otro tío se dirigió a Margie y le dijo que no podía mantener su cita porque el tío del abrigo de cuero le había enseñado sus tetas...»

Carl cogió su cerveza. Era agradable volver a escribir de nuevo.

¿Te acuerdas de Pearl Harbour?

Salíamos al patio dos veces al día, a media mañana y a media tarde. No había muchas cosas que hacer. Los tipos se hacían amigos según la causa por la que estaban metidos en la cárcel. Como decía Taylor, mi compañero de celda, los que molestaban a los niños y los exhibicionistas estaban en el último peldaño de la escala social, mientras que los grandes estafadores y atracadores de bancos estaban en la cumbre de la misma.

Taylor en el patio nunca quería hablarme. Paseaba de un lado a otro con un gran estafador. Yo estaba en el último peldaño. Me sentaba solo. Algunos tíos enrollaban una camisa como si fuese una pelota y jugaban al rugby con ella. Parecían disfrutar del juego. Las facilidades para el entretenimiento de los reclusos no eran nada del otro mundo.

Yo me sentaba allí. Pronto me apercibí de un corro de hombres que se formaba en una esquina. Era un juego de dados. Me levanté y me acerqué. Tenía cerca de un dólar en calderilla. Observé unas cuantas tiradas. El hombre que tiraba los dados acababa de sacar tres ases. Sentí que su suerte se había acabado y aposté contra él. A la siguiente tirada se pasó y perdió. Gané un cuarto de dólar.

Cada vez que un tío se ponía caliente e iba ganando, yo esperaba hasta que me parecía que se le había acabado la suerte. Entonces apostaba contra él. Me di cuenta de que todo el mundo apostaba en todas las tiradas. Yo hice seis apuestas y gané cinco.

Luego tuvimos que volver a nuestras celdas. Me había sacado un dólar limpio.

A la mañana siguiente entré más temprano en el juego. Gané 2,50 \$ por la mañana y 1,75 por la tarde. Cuando acabó el juego se me acercó un chico.

—Parece que va por el buen camino, señor —me dijo.

Le di quince centavos. Me dio las gracias y se fue. Otro tío se acercó y me dijo:

—¿Le has dado algo a ese hijo de puta?

—Sí, 15 centavos.

—Hace trampas. No le des nada.

—No me había dado cuenta.

—Sí, es muy rápido. Mueve los dados.

—Me fijaré mañana.

—Aparte, es un jodido exhibicionista. Les enseña el pito a las niñitas pequeñas.

—Ya —dije—, odio a esa clase de mamones.

La comida era muy mala. Una noche después de la cena le mencioné a Taylor mis ganancias con los dados.

—Sabes —dijo él—, puedes comprar comida aquí, buena comida.

—¿Cómo?

—El cocinero viene después de que apaguen las luces. Te trae la comida del alcaide, la mejor. Postre, buenos guisos, bien condimentados. Es un cocinero buenísimo. El alcaide lo encerró aquí por eso.

—¿Cuánto nos costaría un par de cenas?

—Dale una moneda. No más de quince centavos.

—¿Sólo eso?

—Si le das más pensará que eres un imbécil.

—De acuerdo. Quince centavos.

Taylor se ocupó de arreglarlo. A la noche siguiente, después de que apagaran las luces, esperamos y matamos chinches, una a una.

—Ese cocinero mató a dos personas. Es un gran hijo de perra, un salvaje. Mató a un tío, le metieron diez años, salió de aquí, pasaron dos o tres días y ya había matado a otro tipo. Esta es sólo una prisión provisional, pero el alcaide lo mantiene aquí permanentemente porque es un cocinero muy bueno.

Oímos a alguien acercarse. Era el cocinero. Me levanté y él pasó la comida. La cogí y la llevé hasta la mesa, luego volví a la puerta de la celda. Era un gigante hijo de puta, asesino de dos personas. Le di 15 centavos.

—Gracias, capullete. ¿Quieres que vuelva mañana por la noche?

—Todas las noches.

Taylor y yo nos sentamos ante la comida. Cada cosa estaba en su plato. El café estaba bueno y caliente, la carne —roast beef— estaba tierna. Puré de patatas, peras dulces, galletas, salsa, mantequilla y pastel de manzana. No había comido tan bien en cinco años.

—Ese cocinero violó a un marinero el otro día. Le dejó tan mal que no podía ni andar. Lo tuvieron que hospitalizar.

Me tomé un gran bocado de puré de patatas con salsa.

—Tú no tienes por qué preocuparte —dijo Taylor—. Eres tan condenadamente feo que nadie querrá violarte.

—Me preocupaba más poder conseguirme algún culo para mí.

—Bueno, te indicaré las mariconas que hay por aquí. Algunos tienen dueño y otros no.

—Esta comida es muy buena.

—Mierda que sí. Bueno, hay dos clases de mariconas aquí. Los que llegan ya siéndolo y los que se hacen en la prisión. No hay nunca mariconas suficientes para todos, así que los chicos tienen que fabricar unas cuantas extras para satisfacer las necesidades.

—Eso es lamentable.

—Las mariconas hechas en prisión suelen estar un poco magulladas, debido a los coscorrónes que se llevan. Al principio se resisten.

—¿Sí?

—Sí. Entonces se dan cuenta de que es mejor ser una maricona viva que una virgen muerta.

Acabamos nuestra cena, nos tumbamos en nuestras literas, combatimos a las chinches, e intentamos dormir.

Seguí ganando a los dados todos los días. Apostaba más fuerte y seguía ganando. La vida en prisión se iba volviendo cada vez mejor. Un día, me dijeron que no bajara al patio. Dos agentes del F.B.I. vinieron a visitarme. Me hicieron algunas preguntas, y entonces uno de ellos me dijo:

—Hemos investigado acerca de usted. No tiene que ir a juicio. Irá a un centro de instrucción. Si el ejército le acepta, entrará en él. Si le rechazan, será de nuevo un civil libre.

—A mí casi me gusta estar aquí en la cárcel —dije.

—Sí, tiene buen aspecto.

—No hay tensión —dije—, y nada de alquileres, ni impuestos, ni discusiones con las chicas, ni cuentas de electricidad, agua, ropa, comidas, ni resacas...

—Siga haciéndose el listo y se la va a cargar.

—Oh, mierda —dije—, sólo estaba bromeando. Figúrese que soy Bob Hope.

—Bob Hope es un buen americano.

—Yo también lo sería si tuviese la pasta que él tiene.

—Siga hablando. Podemos meterle una buena.

No contesté. Uno de los tíos llevaba un maletín. Se levantó primero. El otro le siguió y se fueron.

Nos dieron a todos una bolsa con el almuerzo y nos metieron en un camión. Eramos veinte o veinticinco. Habíamos desayunado hacía sólo hora y media, pero todo el mundo estaba ya metiéndole mano a la bolsa del almuerzo. No estaba mal: un sandwich bologna, uno de mantequilla de cacahuete y un plátano podrido. Mi almuerzo se lo pasé a los otros tíos. Estaban muy quietos y callados. Ninguno de ellos reía o bromeaba. Miraban fijamente al frente. La mayoría eran negros o mestizos. Y todos eran enormes.

Pasé el examen físico, y entonces fui a ver al psiquiatra.

—¿Henry Chinaski?

—Sí.

—Siéntese.

Me senté.

—¿Cree usted en la guerra?

—No.

—¿Desea ir a la guerra?

—Sí.

Me miró. Yo miré fijamente a mis pies. Parecía estar leyendo un montón de papeles que tenía delante de él. Le llevó unos cuantos minutos. Cuatro, cinco, seis, siete minutos. Entonces habló.

—Escuche, voy a celebrar una fiesta el miércoles próximo por la noche. Van a ir doctores, abogados, artistas, escritores, actores y todo eso. Puedo ver que usted es un hombre inteligente. Quiero que vaya a la fiesta. ¿Irás?

—No.

Empezó a escribir. Escribió y escribió y escribió. Me pregunté cómo podía saber tanto sobre mí. Yo no sabía tanto de mí como para escribir todo ese tiempo.

Le dejé escribir. Me era indiferente. Ahora que no podía ir a la guerra, casi quería ir a la guerra. Pero, al mismo tiempo, me alegraba de estar fuera. El doctor acabó de escribir. Me di cuenta de que los había engañado como a bobos. Mi objeción hacia la guerra no era la de que tenía que matar a alguien o ser matado sin ningún sentido, el argumento clásico que difícilmente funcionaba. Lo que yo objetaba era que me negaran mi derecho a sentarme en un cuartucho, no pegar golpe, beber vino barato y volverme loco por mi cuenta y riesgo.

No quería que me despertara ningún tío con una trompeta. No quería dormir en barracones con un manajo de saludables obsesos sexuales amantes del fútbol bien alimentados sensatos masturbadores adorables aterrorizados de pedos rosas amantes de sus madres modestos animales jugadores de baloncesto chicos americanos con los que yo tendría que ser amigable, con los que tendría que emborracharme al licenciarme, con los que me tendría que tumbar de espaldas escuchándoles contar docenas de aburridos, obvios, chistes verdes. No quería sus sábanas sarnosas ni sus uniformes sarnosos ni su humanidad sarnosa. No quería cagar en el mismo sitio o mear en el mismo sitio o joderme a la misma puta que ellos. No quería ver las uñas de sus pies ni leer las cartas que les llegarían de sus casas. No quería ver sus culos meneándose delante de mí en formación cerrada, no quería hacer amigos, no quería hacer enemigos, simplemente no quería nada con ellos o lo que fuese. Matar o ser matado no importaba.

Luego de esperar dos horas en un banco durísimo en medio de un túnel marrón y metálico, con suelo de cemento y un viento frío soplando a través, me dejaron ir y yo salí y caminé hacia el norte. Paré a comprar un paquete de cigarrillos. Entré en el primer bar que vi, me senté, pedí un scotch con agua, quité el celofán del paquete, saqué un cigarrillo, lo encendí, cogí la bebida en mi mano, me bebí la mitad, eché el humo, miré mi hermosa cara en el espejo. Parecía extraño estar fuera. Parecía extraño, poder caminar en cualquier dirección adonde me apeteciese.

Sólo por divertirme me levanté y me fui hacia el servicio. Meé. Era otro horrible urinario de bar; casi vomito en el lavabo. Salí, metí una moneda en la máquina tocadiscos, me senté y escuché los últimos éxitos. No eran muy buenos. Tenían el ritmo pero no el espíritu. Mozart, Bach y los Bee seguían haciéndolas parecer malas. Iba a echar de menos esas partidas de dados y la buena comida. Pedí otro trago. Miré a mi alrededor. Había cinco hombres y ninguna mujer. Estaba de vuelta en las calles americanas.

Pittsburgh Phil y compañía

Este tío, Sommerfield, no trabajaba en nada y además le pegaba a la botella. Era una especie de imbécil y yo trataba de evitarle, pero él siempre estaba asomado colgando de la ventana medio bebido. Me veía salir de mi casa y siempre me decía lo mismo:

—Hey, Hank. ¿Por qué no me llevas a las carreras?

Y yo siempre le contestaba:

—Un día de éstos, Joe, hoy no.

Bueno, él seguía y seguía siempre con lo mismo, colgando de la ventana medio borracho, así que un día le dije:

—Está bien, Cristo, vamos...

Y nos fuimos a las carreras.

Enero en Santa Anita, si conocieras ese hipódromo sabrías que puede hacer verdadero frío cuando estás perdiendo. El viento llega de las montañas nevadas y tus bolsillos están vacíos y tiembles y piensas en la muerte y en los tiempos duros y en el alquiler y todo lo demás. No es un sitio muy agradable para perder. En Hollywood Park por lo menos puedes volver a tu casa bronceado.

Nos fuimos a las carreras. El habló durante todo el camino. No había estado jamás en un hipódromo. Le tuve que explicar la diferencia entre ganador, colocado y apuesta múltiple. Ni siquiera sabía lo que era una valla de salida o un folleto de apuestas. Cuando llegamos, utilizó mi folleto. Tuve que enseñarle a leerlo. Le pagué la entrada y le compré un programa. Todo lo que él tenía eran dos dólares, me los enseñó. Suficiente para una apuesta.

Dimos una vuelta antes de la primera carrera, mirando a las mujeres. Joe me dijo que no había estado con una mujer en cinco años. Era un tío de apariencia miserable, un verdadero perdedor. Pasamos las páginas del folleto de apuestas y miramos a las mujeres; entonces Joe me dijo:

—¿Cómo es que el caballo 6 está 14 a uno? A mí me parece el mejor.

Traté de explicarle por qué el caballo estaba 14 a uno en relación con los otros caballos, pero él no me escuchaba.

—Tan cierto como el infierno que es el mejor. No lo entiendo. Yo voy a apostar por él.

—Son tus dólares, Joe —dije yo—, y no pienso prestarte ni un céntimo cuando los pierdas.

El nombre del caballo era Red Charley, una bestia de aspecto triste. Salió con las cuatro patas vendadas. Cuando la gente lo vio, su cotización bajó a 18 a uno. Yo puse diez dólares a ganador al caballo lógico, Bold Latrine, un apretado manojito de clase, con una buena temporada a sus espaldas, y segundo favorito en la carrera. Pensé que 7 a 2 era un buen precio para ese caballo.

Era un recorrido de milla y cuarto. Red Charley estaba ya en 20 a uno cuando salió de la valla, y salió el primero; no podías perderlo de vista con tanto vendaje. El chico le pegó fuerte y sacó cuatro cuerpos en la primera recta, debía creerse que estaba en una carrera de cuarto de milla. El jockey sólo había ganado dos veces en 40 montas y en seguida se veía por qué. Llevaba seis cuerpos de ventaja en la recta de vuelta. La espuma caía a chorros por el cuello de Red Charley; parecía condenada crema de afeitar.

En la última curva los seis cuerpos habían disminuido a cuatro y todo el paquete le iba ganando distancia. Al entrar en la recta final, Red Charley sólo sacaba un cuerpo y medio y mi caballo, Bold Latrine, iba avanzando cada vez más. Yo me sentía como si estuviera allí dentro. A mitad de la recta sólo me sacaba una cabeza. Unos metros más y estaría el primero. Pero siguieron de ese modo hasta el final. Red Charley ganó por una cabeza. Pagaron 42,80 dólares.

—Sabía que era el mejor —dijo Joe, y se fue a cobrar su dinero. Cuando volvió me pidió el folleto de nuevo. Lo ojeó.

—¿Cómo es que Big H está 6 a uno? —me preguntó—. Parece el mejor.

—Puede que te parezca el mejor a ti —dije—, pero según los expertos en caballos y handicap, verdaderos profesionales, su valor es de 6 a uno.

—No te cabrees, Hank. Ya sé que soy un novato en este juego. Sólo quiero decir que me parece como si debiera ser el favorito. No sé. Voy a apostar por él de todas formas. Voy a apostar diez dólares de ganador.

—Es tu dinero, Joe. Sólo tuviste suerte en la primera carrera, el juego no es tan sencillo.

Bueno, Big H ganó y pagaron 14,40 dólares. Joe empezó a pavonearse. Leímos de nuevo el folleto en el bar y Joe pidió una bebida para cada uno y le dio al camarero un dólar de propina. Cuando nos íbamos del bar, se dirigió al camarero y le dijo: «Barney's Mole está solo en esta carrera». Barney's Mole era el favorito a 6/5, así que no me pareció una predicción tan disparatada. De todos modos, al acabar la carrera, ganador, representó dinero. Pagaron a 4,20 dólares y Joe se sacó 20 dólares gracias a él.

—Esta vez —me dijo— eligieron favorito al caballo adecuado.

Al acabar la jornada, de nueve carreras, Joe había acertado ocho ganadores. En el camino de vuelta, estuvo todo el rato preguntándose cómo podía haberse equivocado en la séptima carrera.

—Blue Truck parecía con mucho el mejor. No entiendo cómo llegó tercero.

—Joe, has ganado 8 de 9. Esa es la suerte del novato. No sabes lo jodido que es este juego.

—A mí me parece fácil. Simplemente eliges el ganador y luego recoges tu dinero.

No volví a hablar en todo el resto del viaje. Esa misma noche llamó a mi puerta y se presentó con una botella de whisky y el folleto de apuestas. Le ayudé a vaciar la botella, él me dijo los nueve ganadores del día siguiente y me explicó por qué. Teníamos entre nosotros a un verdadero experto. Yo sabía cómo podían subirse las carreras a la cabeza. Una vez tuve 17 ganadores seguidos y pensé en comprar casas a todo lo largo de la costa y empezar un negocio de esclavos blancos para proteger mis ganancias de los inspectores de Hacienda. Así de loco te puedes volver.

Me moría de ganas por llevar a Joe al hipódromo al día siguiente. Quería ver su cara cuando fallasen todas sus predicciones. Los caballos eran sólo animales hechos de carne. Continuamente fallaban. Como decían los viejos aficionados: «Hay una docena de formas de perder una carrera y sólo una de ganarla».

Bueno, pues no ocurrió así. Joe acertó 7 de sus 9 ganadores; caballos desconocidos, de tarifa media. Y todo el camino de vuelta estuvo maldiciendo sus dos perdedores. No podía entender por qué había fallado. Yo no dije nada. El hijo de puta podía tener razón. Pero los porcentajes acabarían vencéndolo. Comenzó a explicarme que yo apostaba mal, y el modo adecuado de hacerlo. Dos días en el hipódromo y ya era un experto. Yo llevaba jugando 20 años y el tío me estaba diciendo que no conocía mi propio culo.

Fuimos toda la semana y Joe siguió ganando. Se volvió tan insoportable que no pude aguantarle por más tiempo. Se compró traje y sombrero nuevos, zapatos y camisas, y empezó a fumar puros de medio dólar. Les dijo a los del subsidio de paro que estaba empleado en su propio negocio y que no necesitaba su sucio dinero por más tiempo. Joe se había vuelto loco. Se dejó crecer el bigote, se compró un reloj de pulsera y un costoso anillo. El martes siguiente le vi dirigirse al hipódromo en coche propio, un Caddy negro del 69. Me saludó desde la ventanilla al tiempo que echaba fuera la ceniza de su puro. En el hipódromo no hablé con él. Ahora iba siempre al sector de socios. Cuando llamó a mi puerta aquella noche, llevaba la habitual botella de whisky y una rubiaza a su lado. Una rubia joven, bien vestida, bien cuidada, tenía unas formas y una cara magníficas. Entraron juntos.

—¿Quién es este viejo sarnoso? —le preguntó a Joe.

—Es mi viejo compadre, Hank —le dijo él—; le conocí cuando yo era pobre. Me llevó un día a las carreras.

—¿Y no tiene alguna vieja?

—El viejo Hank no ha estado con una mujer desde 1965. Oye, ¿qué tal si lo juntamos con la gorda Gertie?

—Oh infiernos, Joe. ¡La gorda Gertie no lo aguantaría! Mira, va vestido como un pordiosero.

—Ten un poco de misericordia, nena, es mi compadre. Sé que no tiene muy buena pinta, pero empezamos juntos, y yo soy muy sentimental.

—Bueno, la gorda Gertie no es sentimental, y le gusta la clase.

—Mira, Joe —dije yo—, olvídate de las mujeres. Siéntate aquí, bebamos unos tragos, y vamos a echar un vistazo al folleto de apuestas para que me digas los ganadores de mañana.

Joe hizo eso. Bebimos y me señaló los caballos. Me escribió nueve nombres en un pedazo de papel. Su chica, Thelma, bueno, Thelma me miraba como si fuese una mierda de perro en medio de un césped bien cuidado.

Estos nueve caballos dieron ocho ganadores al día siguiente. Uno de ellos pagó 62 dólares. No podía entenderlo. Esa noche Joe vino con una chica nueva. Parecía aún más bonita. El se sentó a mi lado con la botella y el folleto de apuestas y me escribió nueve caballos más.

Entonces me dijo:

—Escucha, Hank, me voy a mudar de casa. He encontrado un bonito apartamento de lujo al lado del hipódromo. El tiempo de viaje de ida y vuelta a las carreras era un coñazo. Vámonos, nena. Nos veremos por ahí, chico, adiós.

Sabía lo que pasaba. Mi compadre me estaba dando el cepillazo. Al día siguiente aposté fuerte a los nueve caballos. Siete fueron ganadores. Cuando volví a casa me sumergí en el folleto de apuestas tratando de hallar el motivo por el que los había elegido, pero no parecía haber ninguna razón comprensible. Algunas de sus selecciones eran verdaderos rompecabezas para mí.

No volví a ver a Joe por el patio de apuestas, excepto una vez. Le vi entrar en los locales del club con dos mujeres. Estaba gordo, reía a carcajadas. Llevaba un traje de doscientos dólares y un anillo con un diamante incrustado. Arrojó al suelo a medio fumar un puro importado de dólar y medio. Ese día perdí todas las carreras.

Dos años más tarde, yo estaba en el hipódromo de Hollywood Park y era un día particularmente caluroso, un jueves. En la sexta carrera había sacado un ganador a 26,80 dólares. Cuando me alejaba de la ventanilla de pagos, oí su voz detrás mío:

—¡Eh, Hank! ¡Hank!

Era Joe.

—Cristo, tío —dijo—. ¡Es maravilloso volver a verte!

—Hola, Joe...

Seguía con su traje de doscientos dólares, en medio de todo ese calor. Todo el mundo iba en mangas de camisa. El necesitaba un afeitado, sus zapatos estaban polvorientos y el traje estaba arrugado y sucio. El diamante había desaparecido, el reloj de pulsera había desaparecido.

—Dame un cigarrillo, Hank.

Le di un cigarrillo y cuando lo encendió, noté que sus manos temblaban.

—Necesito un trago, tío —me dijo.

Lo llevé a un bar y nos tomamos un par de whiskies. Joe estudió el folleto de apuestas.

—Escucha, tío; yo te he señalado un montón de ganadores, ¿no?

—Claro que sí, Joe.

Estuvimos allí mirando el folleto por un rato.

—Ahora coge esta carrera —dijo—. Mira a Black Monkey. Va a ganar, Hank. Lo tiene chupado. Y está 8 a uno.

—¿Te gustan sus posibilidades, Joe?

—Está hecho, tío. Ganará como la luz del día.

Pusimos nuestras apuestas a Black Monkey y salimos a ver la carrera. Llegó en séptimo lugar.

—No lo entiendo —dijo Joe—. Mira, déjame dos pavos más, Hank. Siren Call está en la próxima, no puede perder. No hay manera.

Siren Call llegó a alcanzar un quinto puesto, pero eso no es una gran ayuda cuando apuestas a ganador. Joe me sacó otros dos dólares para la novena carrera y su caballo llegó el último. Me dijo que no tenía coche y que si me importaba llevarle a casa.

—No te lo vas a creer —me dijo—, pero estoy de nuevo en la miseria.

—Te creo, Joe.

—Pero me remontaré. Sabes, Pittsburgh Phil se arruinó media docena de veces. Siempre consiguió volver a enriquecerse. Sus amigos tenían fe en él. Le prestaban dinero.

Cuando le dejé, me encontré con que ahora vivía en una vieja casa de habitaciones alquiladas, a unas cuatro manzanas de la mía. Yo nunca me había mudado. Cuando bajó del coche me dijo:

—Hay un programa cojonudo para mañana, lo tengo controlado. ¿Vas a ir?

—No estoy seguro, Joe.

—Quiero saber si vas a ir.

—Claro, Joe.

Esa noche oí llamar a mi puerta. Reconocí la llamada de Joe. No contesté. Seguí tumbado en la cama. El siguió llamando. Yo tenía la televisión encendida, pero seguí sin contestar. El volvió a llamar.

—¡Hank! ¡Hank! ¿Estás ahí? ¡EH, HANK!

Entonces empezó a pegarle de verdad a la puerta, el hijo de puta. Estaba frenético. Golpeó y golpeó, una y otra vez. Al fin paró. Le oí bajar las escaleras. Entonces oí cerrarse la puerta principal de la casa. Me levanté, apagué el televisor, fui hasta el frigorífico, me hice un sandwich de jamón y queso, y abrí una botella de cerveza. Me senté con todo ello, abrí el folleto de apuestas del día siguiente y empecé a mirar la primera carrera, un premio de cinco mil dólares potros de más de tres años. Me gustaba el número 8. Estaba homologado en 5 a uno. De cualquier modo, me quedaba con él.

Doctor nazi

Bueno, soy un hombre con muchos problemas y supongo que la mayoría me los he creado yo mismo. Quiero decir, con las mujeres, el juego, y ese sentimiento de hostilidad hacia grupos de personas, cuanto mayor el grupo, mayor mi hostilidad. Dicen que soy negativo y resentido, rudo.

Recuerdo a aquella mujer gritándome:

—¡Eres tan condenadamente negativo! ¡La vida puede ser bella!

Supongo que puede serlo, especialmente con menos gritos. Pero quiero hablaros de mi doctor. Yo no voy a curanderos, no valen nada y están demasiado satisfechos. Pero un buen doctor está a menudo disgustado y/o loco, y es mucho más entretenido.

Fui a ver al doctor Kiepenheuer a su consulta porque era la más cercana. Mis manos estaban deshechas, llenas de pequeñas ampollas blancas —un signo, pensé, de mi actual estado de ansiedad o de un posible cáncer—. Llevaba puestos gruesos guantes de obrero para que la gente no pudiese verlas. Y mis manos ardían bajo los guantes mientras yo fumaba dos cajetillas diarias.

Entré en la salita de espera. Tenía la primera cita de la mañana. Debido a mi gran ansiedad, me había presentado media hora antes, pensando obviamente en el cáncer, de modo obsesivo. Crucé la salita y me asomé al despacho. Allí estaba la enfermera agachada en el suelo, con su apretado uniforme blanco encogido por la postura, el vestido estirado dejaba al descubierto sus muslos, macizos y poderosos muslos visibles a través del nylon tenso y ajustado de las medias. Me olvidé por completo del cáncer. Ella no me había oído y yo me quedé mirando sus piernas y muslos al aire, medí su deliciosa grupa con mis ojos. Estaba recogiendo agua del suelo, el retrete se había desbordado y ella estaba maldiciendo; era apasionada, era rosa y blanca y viva y al aire, y yo miraba.

Ella levantó la vista:

—¿Sí?

—Siga —dije yo—, no se preocupe por mí.

—Es el retrete —dijo ella—, no deja de salirse.

Siguió limpiando y yo seguí mirándola por encima de la revista *Life*. Finalmente se levantó. Me fui hacia el sofá y me senté. Ella cogió su cuaderno de citas.

—¿Es usted el señor Chinaski?

—Sí.

—¿Por qué no se quita los guantes? Hace calor aquí dentro.

—Prefiero no hacerlo, si no le importa.

—El doctor Kiepenheuer estará aquí dentro de poco.

—Muy bien. Puedo esperar.

—¿Cuál es su problema?

—Cáncer.

—¿Cáncer?

—Sí.

La enfermera desapareció y yo leí el *Life* y luego leí otro número de *Life* y luego leí *Sports Illustrated* y luego me quedé sentado mirando los cuadros de paisajes marinos y terrestres, y de alguna parte salía una música de saxofón. Entonces, de repente, se apagaron las luces, y luego se encendieron de nuevo, y yo me preguntaba si habría algún modo de violar a la enfermera y largarme, cuando el doctor entró. Yo le ignoré y él me ignoró, se fue derecho a su despacho, así que imaginé que no había aparecido.

Pero al poco rato me hizo llamar. Estaba sentado en un taburete y cuando entré me miró. Tenía la cara amarilla y el pelo amarillo y sus ojos estaban apagados. Estaba muriéndose. Tendría unos 42 años. Le eché una ojeada y no le di más de seis meses de vida.

—¿Qué pasa con esos guantes? —me preguntó.

—Soy un hombre sensible, doctor.

—¿Lo es?

—Sí.

—Entonces debo decirle que en un tiempo fui nazi.

—Muy bien.

—¿No le importa que yo haya sido nazi?

—No, no me importa.

—Fui hecho prisionero. Nos llevaron a través de toda Francia en un camión descubierto y la gente se ponía a lo largo del camino y nos lanzaba huevos podridos y piedras y toda clase de basuras: espinas de pescado, plantas muertas, excrementos, cualquier cosa imaginable.

Entonces el doctor se sentó y me habló de su esposa. Estaba tratando de sacarle la piel. Una verdadera perra. Tratando de llevarse todo su dinero. La casa. El jardín. El cobertizo del jardín. El jardinero también, probablemente, si no lo había hecho suyo ya. Y el coche. Y los alimentos. Y una gran masa de capital. El había trabajado tan duramente. Cincuenta pacientes al día a diez dólares por cabeza. Casi imposible de soportarlo y sobrevivir. Y esa mujer. Mujeres. Sí, mujeres. Me analizó la palabra. No me acuerdo si era la palabra mujer o hembra o la que fuera, me la analizó en latín y me mostró sus raíces: en latín, las mujeres eran básicamente insanas.

Mientras hablaba de la insanidad de las mujeres, empezó a caerme bien. Mi cabeza se movía en señal de asentimiento.

De repente, me llevó hacia los aparatos, me pesó, me auscultó el corazón y los pulmones. Me sacó los guantes rudamente, me lavó las manos en alguna especie de mierda y abrió las ampollas con una cuchilla, hablando todavía del rencor y el deseo de venganza que todas las mujeres llevaban en su corazón. Era glandular. Las mujeres eran dirigidas por sus glándulas, los hombres por sus corazones. Eso explicaba por qué sólo los hombres sufrían.

Me dijo que me diera un baño en las manos regularmente y que tirara los condenados guantes bien lejos. Habló un poco más acerca de las mujeres y de su esposa y entonces me fui.

Mi siguiente problema fueron los vértigos que me hacían desvanecer. Sólo me venían cuando estaba en una cola. Empezó a aterrorizarme el hecho de estar metido en una cola. Era insoportable.

Me daba cuenta de que en América y probablemente en cualquier otra parte del mundo era una obligación guardar cola. Lo hacíamos en todas partes. El carnet de conducir: tres o cuatro colas. El mercado: colas. El hipódromo: colas. El cine: más colas. Yo odiaba las colas. Pensaba que debería de haber algún modo de librarse de ellas. Entonces me llegó la respuesta. Tener más *empleados*. Sí, ésa era la solución. Dos empleados por cada cliente. *Tres* empleados. Que hicieran cola los empleados.

Sabía que las colas me estaban matando. No podía aceptarlas, pero todo el resto del mundo lo hacía. Todo el resto del mundo era normal. La vida les parecía bella. Podían estar en una cola sin sentir dolor. Podían estar en una cola durante siglos. Incluso les *gustaba* guardar cola. Charlaban y gesticulaban y sonreían y flirteaban con el de al lado. No tenían otra cosa que hacer. No podían imaginarse otra cosa que hacer. Y yo tenía que mirar sus orejas y bocas y cuellos y piernas y culos y orificios de la nariz, todo eso. Podía sentir rayos de muerte manando de sus cuerpos, y escuchando sus conversaciones me sentía como gritando: «¡Cristo, que alguien me ayude! ¿Tengo que sufrir todo esto sólo para comprar una libra de hamburguesa y una rebanada de pan seco?».

El vértigo llegaba y yo trataba de estirar las piernas firmemente para no caerme; el supermercado empezaba a dar vueltas y también las caras de los empleados, con sus mostachos rubios y castaños y sus ojos inteligentes y felices. Todos llegarían un día a ser dueños de supermercados, con sus caras blancas de restregarse y satisfechas, comprando casas

en Arcadia y montándose por la noche encima de sus agradecidas mujeres de pelo rubio platino.

Pedí una nueva cita con el doctor. Me dieron la primera. Llegué media hora antes y el retrete estaba arreglado. La enfermera estaba barriendo el despacho. Se doblaba hacia adelante, doblaba su cuerpo hasta la mitad y luego para la derecha y para la izquierda, y movía el culo delante mío, y barría y se inclinaba. El uniforme blanco se estiraba y amenazaba reventar, trepaba, se subía; aquí una rodilla con hoyuelos, allí un muslo, aquí una nalga, allí el cuerpo entero. Me senté y abrí un número de *Life*.

Ella paró de barrer y volvió la cabeza hacia mí, sonriendo:

—Se deshizo de sus guantes, señor Chinaski.

—Sí.

El doctor llegó y parecía un poco más cercano a la muerte; me hizo un gesto y yo le seguí al despacho.

Se sentó en su taburete.

—Chinaski: ¿cómo le va?

—Bien, doctor...

—¿Problemas con las mujeres?

—Bueno, por supuesto, pero...

No me dejó acabar. Había perdido más pelo. Sus dedos se estiraron. Parecía corto de respiración. Más delgado. Era un hombre desesperado.

Su mujer le estaba chupando el hígado. Habían ido a juicio. Ella le abofeteó en medio del juicio. A él le había gustado. Eso ayudaría a la causa. Habían visto a esa perra en acción. De cualquier manera, el asunto no había acabado muy mal. Ella le dejó algunas cosas. Pero claro, ya conoce las tarifas de los abogados. Bastardos. ¿Alguna vez se ha fijado en un abogado? Casi siempre están gordos. Mejillas, papadas.

—De cualquier modo, mierda, ella me ha clavado de mala manera. Pero me he quedado con algo. ¿Sabe lo que cuestan unas tijeras como éstas? Mírelas. Hojalata con un tornillo. 18,50 dólares. Dios mío, y odiaban a los nazis. ¿Qué es un nazi comparado con esto?

—No sé, doctor. Ya le he dicho que soy un hombre confundido.

—¿Alguna vez ha probado un curandero?

—No vale la pena. Son estúpidos, sin imaginación. No necesito a los curanderos. He oído que siempre acaban molestando sexualmente a sus pacientes femeninas. Me gustaría ser curandero si me pudiera follar a todas las mujeres; fuera de eso, su labor es inútil.

Mi doctor se incorporó en su taburete. Se puso un poco más amarillento y grisáceo. Un gigantesco espasmo recorrió todo su cuerpo. Estaba ya casi al otro lado. Era un buen tipo.

—Bueno, me libré de mi esposa —dijo—, ya ha pasado todo.

—Magnífico —dije—; hábleme de cuando era nazi.

—Bueno, no teníamos mucha elección. Ellos simplemente nos metían. Yo era joven. Quiero decir, demonios, ¿qué vas a hacer? Sólo puedes vivir en un país a la vez. Vas a la guerra, y si no acabas muerto, acabas en un camión descubierto con la gente tirándote mierda por el camino...

Le pregunté si se había follado a su magnífica enfermera. El sonrió caballerosamente. La sonrisa decía que sí. Entonces me contó que después del divorcio, bueno, se había citado con una de sus pacientes, y sabía que no era ético hacer eso con los pacientes...

—No, a mí me parece bien, doctor.

—Ella es una mujer muy inteligente. Me he casado con ella.

—Muy bien.

—Ahora soy feliz... pero...

Entonces extendió las manos y abrió las palmas hacia arriba...

Le hablé de mi terror a las colas. Me recetó Librium.

Entonces me salió un nido de forúnculos en el culo. Era una agonía. Me ataron con correas de cuero; estos tíos pueden hacer lo que les dé la gana contigo. Me pusieron una anestesia local y me abrieron el culo. Volví la cabeza, miré a mi doctor y dije:

—¿Hay alguna posibilidad de que yo cambie de idea?

Había tres caras mirándome desde arriba. La suya y otras dos. El para cortar. Ella para cambiar las telas. La tercera para meter agujas.

—No puede cambiar de idea —dijo el doctor, y se frotó las manos y gesticuló y sufrió un espasmo y comenzó...

La última vez que le vi tenía algo así como cera en mis oídos. Podía ver sus labios moviéndose, trataba de entenderle, pero no oía nada. Por la expresión de sus ojos y su cara pude entender que eran de nuevo tiempos duros para él, y yo asentí con mi cabeza.

Se mostró cálido conmigo. Yo estaba un poco mareado y pensé, bueno, sí, es un tipo agradable, pero, ¿por qué no me deja hablar nunca de mis problemas? No es correcto, yo también tengo problemas, y además tengo que pagarle.

Casualmente, mi doctor se dio cuenta de que yo estaba sordo. Cogió algo parecido a un extintor de incendios y me lo metió en los oídos. Más tarde me enseñó gruesos pedazos de cera...

—Era la cera —dijo. Y me señaló el interior de un cubo. Parecía realmente algo así como judías refritas.

Me levanté de la mesa, le pagué y me fui. Seguía sin poder oír nada. No me sentía particularmente mal o bien y me pregunté cuál sería mi próxima indisposición, qué haría él al respecto, qué haría con su hija de 17 años, que estaba enamorado de otra mujer y que iba a casarse con esa mujer... y entonces me di cuenta de que *todo el mundo* sufría continuamente, incluidos aquellos que pretendían no sufrir. Me pareció un gran descubrimiento. Miré al chico de los periódicos y pensé; humm, humm, y miré a la siguiente persona que pasó y pensé, hummm, hmmm, hmmmmm, y al lado de la señal de tráfico que anunciaba el hospital, un coche nuevo de color negro dio la vuelta a la esquina y atropello a una bonita joven con una minifalda azul, y ella era rubia y llevaba lazos azules en el pelo, se quedó sentada en medio de la calzada bajo el sol y el escarlata salía fluido de su nariz.

Cristo en patines

Era una pequeña oficina en el tercer piso de un viejo edificio, no demasiado lejos del muelle. Joe Mason, presidente de Rollerworld, Inc., se sentó detrás del viejo escritorio que alquiló con la oficina. Estaba lleno de frases escritas en la superficie y en los bordes: «Nacido para morir». «Algunos hombres compran lo que a otros les cuesta la horca.» «Sopa de mierda.» «Odio el amor más de lo que amo el odio.»

El vicepresidente, Clifford Underwood, se sentó en la única silla restante. Había un teléfono. La oficina olía a orina, pero el retrete estaba 10 metros más abajo. Había una ventana que daba al callejón, una gruesa ventana amarilla que dejaba pasar una luz sombría. Los dos hombres fumaban cigarrillos y esperaban.

—¿A qué hora le dijiste? —preguntó Underwood.

—9:30 —dijo Mason.

—Ya.

Esperaron. Pasaron ocho minutos. Cada uno encendió un nuevo cigarrillo. Sonó un golpe en la puerta.

—Entra —dijo Mason. Era Monster Chonjacki, barbudo, dos metros veinte de altura y 180 kilos. Chonjacki apestaba. Empezó a llover. Se podía oír un camión de carga pasando por debajo de la ventana. Eran realmente 24 camiones yendo hacia el norte. Chonjacki seguía apestando. Era la estrella de los Yellowjackets, uno de los mejores patinadores a ambos lados del Mississippi, a 25 metros de cada lado.

—Siéntate —dijo Mason.

—No hay sillas —dijo Chonjacki.

—Déjale la silla, Cliff.

El vicepresidente se levantó lentamente, dando toda la impresión de un hombre que va a tirarse un pedo, no lo hizo y fue a apoyarse contra la gruesa ventana amarilla, observando a la lluvia golpear en el cristal. Chonjacki se sentó, bajó la cabeza, cogió y se encendió un Pall Mall. Sin filtro. Mason se inclinó por encima del escritorio:

—Eres un ignorante hijo de perra.

—¡Eh, espere un momento!

—¿Quieres ser un héroe, eh, hijito? ¿Te excitas cuando niñitas sin un solo pelo en sus coños corean tu nombre? ¿Te gustan los viejos, rojo, azul y blanco? ¿Te gustan los helados de vainilla? ¿Sigues meneándote tu minga enana, gilipollas?

—Escuche, Mason...

—¡Cállate! ¡Trescientos a la semana! ¡Trescientos a la semana te he estado dando! Cuando te encontré en ese bar ni siquiera tenías dinero para el próximo trago... ¡Tenías almorranas y estabas viviendo entre sopa de cabeza de cerdo y coles! ¡No sabías ni atarte un patín! ¡Te saqué de la nada, soplaculos, y puedo hundirte otra vez en la nada! ¡En lo que a ti te concierne, yo soy Dios! ¡Y soy un Dios que no olvida tus estúpidas faltas de sacude-madres!

Mason cerró los ojos y se echó hacia atrás en su butaca. Dio una calada a su cigarrillo; un poco de ceniza caliente le cayó en el labio inferior, pero estaba demasiado furioso para sentir algo o decir un taco. Simplemente dejó que la ceniza le quemara. Cuando la ceniza dejó de arder, él siguió con los ojos cerrados y escuchó la lluvia. Ordinariamente a él le gustaba escuchar la lluvia. Especialmente cuando estaba a resguardo en algún sitio y el alquiler estaba pagado y alguna mujer no estaba volviéndole loco. Pero hoy la lluvia no le ayudaba. No solamente olía a Chonjacki, sino que lo sentía allí, delante suyo. Chonjacki era peor que la diarrea. Chonjacki era peor que los cangrejos. Mason abrió los ojos, se incorporó y le miró. Cristo, lo que un hombre tenía que aguantar para poder vivir.

—Nene —dijo dulcemente—, le rompiste dos costillas a Sonny Wellborn la noche pasada. ¿Me oyes?

—Escuche... —Chonjacki empezó a decir.

—No una costilla. No, no una costilla solamente. Dos. Dos costillas. ¿Me oyes?

—Pero...

—¡Escucha, gilipollas! ¡Dos costillas! ¿Me oyes? ¿Me oyes?

—Le oigo.

Mason dejó su cigarrillo, se levantó de la butaca y caminó hacia la silla de Chonjacki. Se podría decir que Chonjacki tenía buena pinta. Se podría decir que era un chico guapo. Pero nunca se podría decir lo mismo acerca de Mason. Mason era viejo. Cuarenta y cinco. Medio calvo. Hombros caídos. Divorciado. Cuatro hijos. Dos en la cárcel. Seguía lloviendo. Iba a llover por casi dos días y tres noches. El río de Los Ángeles se excitaría y pretendería ser un río.

—¡Levántate! —dijo Mason.

Chonjacki se levantó. Cuando estuvo de pie, Mason le metió la izquierda en la tripa y cuando la cabeza de Chonjacki bajó, la enderezó con un gancho de derecha. Entonces se sintió un poco mejor. Era como una taza de Ovaltina en una mañana hiela-culos de enero. Se fue andando hacia su butaca y se sentó de nuevo. Esta vez no encendió un cigarrillo. Encendió su puro de 15 centavos. Encendió su puro de después del almuerzo antes de almorzar. Así de bien se sentía. Tensión. No podías dejar que esa mierda hiciera presa en ti. Su antiguo cuñado había muerto de una úlcera sangrante. Sólo porque no había sabido librarse de la tensión.

Chonjacki se sentó. Mason le miró.

—Esto, nene, es un *negocio*, no un deporte. No creemos en gente que *haga daño*. ¿Me explico bien?

Chonjacki estaba allí sentado, escuchando la lluvia. Se preguntaba si su coche iba a arrancar. Siempre tenía problemas para arrancar su coche en días de lluvia. De todos modos, era un buen coche.

—Te he preguntado, nene, si me he expresado bien.

—Oh, sí, sí...

—Dos costillas partidas. Dos de las costillas de Sonny Wellborn partidas. Es nuestro mejor jugador.

—¡Espere! El juega para los Vultures. ¿Cómo puede ser nuestro mejor jugador? Wellborn juega para los Vultures.

—¡Gilipollas! ¡Nosotros llevamos a los Vultures!

—¿Que llevan a los Vultures?

—Sí, chupaculos. Y a los Angels y los Coyotes y los Cannibals y cualquier otro maldito equipo de la liga, son todos de nuestra propiedad, todos esos chicos...

—Cristo...

—¡No, Cristo no; Cristo no tiene nada que ver con esto! Pero, espera, me has dado una idea, idiota.

Mason se dirigió hacia Underwood, que seguía mirando la lluvia por la ventana.

—Es algo que hay que pensar —le dijo.

—Uh —dijo Underwood.

—Deja de pensar en tu polla, Cliff. Piensa en esto.

—¿En qué?

—Cristo en patines. Tiene posibilidades ilimitadas.

—Sí. Sí. Podemos enfrentarle con el diablo.

—Eso es bueno. Sí, el diablo.

—Podemos incluso hacer algo con la Cruz.

—¿La Cruz? No, ya hay bastante tomate.

Mason se volvió hacia Chonjacki. Chonjacki seguía allí. Se sorprendió de verle. Si se hubiera encontrado con un mono allí sentado, se hubiera sorprendido menos. Mason había visto muchas cosas. Pero no era un mono, era Chonjacki. Tenía que hablar con Chonjacki.

Deber, deber... todo por el alquiler, un pedazo ocasional de culo y un entierro en el campo. Los perros tienen pulgas, los hombres tienen problemas.

—Chonjacki —dijo—, por favor, déjame que te explique algo. ¿Me escuchas? ¿Eres capaz de escuchar?

—Estoy escuchando.

—Esto es un negocio. Trabajamos cinco noches a la semana. Salimos en televisión. Alimentamos familias. Pagamos impuestos. Votamos. Compramos papeletas de los jodidos policías como cualquier otro. Sufrimos dolor de muelas, insomnio, enfermedades venéreas. Nos gusta celebrar las Navidades y el Año Nuevo como todo el mundo. ¿Entiendes?

—Sí.

—Incluso, a veces, nos deprimimos. Somos humanos. Yo incluso, a veces me deprimó. Algunas veces me siento como si llorara en medio de la noche. Tan cierto como el infierno que me sentí llorar la pasada noche cuando le rompiste las dos costillas a Wellborn...

—¡Me estaba puteando, señor Mason!

—Chonjacki, Wellborn no tocaría un pelo del codo izquierdo de tu abuela. El lee a Sócrates, Robert Duncan y W. H. Auden. Ha estado en la Liga cinco años y no ha causado el suficiente daño físico para molestar siquiera a una vieja beata...

—Me estaba atacando, me acosaba, me estaba gritando...

—Oh, Cristo —dijo Mason, dulcemente. Puso su puro en el cenicero—. Hijo, te lo he dicho. Somos una familia, una gran familia. No nos hacemos daño entre nosotros. Nos hemos conseguido la mejor audiencia subnormal de todos los deportes. Hemos reunido a la mayor masa de idiotas vivos que nos meten el dinero directamente en nuestros bolsillos. ¿Te das cuenta? Hemos sacado al clásico idiota de la lucha profesional, de *Me gusta Lucy*, y de George Putnam. Lo tenemos en nuestras manos, y no creemos en cualquier intento de maldad o violencia por parte de nuestros chicos. ¿Cierto, Cliff?

—Cierto —dijo Underwood.

—Vamos a hacerle una demostración.

—De acuerdo.

Mason se levantó de su escritorio y se fue hacia Underwood.

—Tú, hijo de puta —dijo—. Te voy a matar. Tu madre se traga sus propios pedos y tiene un conducto urinario sifilítico.

—Tu madre come mierda de gato vomitada —dijo Underwood.

Se fue desde la ventana hacia Mason. Mason pegó primero. Underwood rodó por encima del escritorio.

Mason le hizo una llave alrededor del cuello con el brazo izquierdo y le pegó en la cabeza con el puño y el antebrazo derechos.

—Las tetas de tu hermana le cuelgan por debajo del coño y se mojan en la orina cuando caga —le dijo Mason a Underwood. Underwood le cogió del brazo de espaldas y lo volteó por encima suyo. Mason rodó contra la pared y chocó estruendosamente. Entonces se levantó, fue hacia su escritorio, se sentó en la butaca, cogió su puro y le dio una chupada. Seguía lloviendo. Underwood volvió a apoyarse contra la ventana mirando las gotas de lluvia.

—Cuando un hombre trabaja cinco noches por semana no puede permitirse el lujo de ser lastimado. ¿Entiendes, Chonjacki?

—Sí, señor.

—Ahora mira, chico, aquí tenemos una regla general, que es... ¿Estás escuchando?

—Sí.

—...que es: Cuando alguien en la Liga hace daño a otro jugador, queda fuera del juego, fuera de la Liga; de hecho, desaparece como jugador, entra en la lista negra de cualquier torneo en América. Y puede que en Rusia y China y Polonia también. ¿Te metes eso en la cabeza?

—Sí.

—Ahora vamos a dejarte pasar esto porque hemos gastado mucho tiempo y dinero en fabricarte. Eres el Mark Spitz de nuestra Liga, pero podemos barrerte igual que ellos pueden barrerle a él, si no haces exactamente lo que te digamos.

—Sí, señor.

—Pero eso no quiere decir que te tumbes de espaldas. Tienes que actuar violentamente sin ser violento. ¿Te enteras? El truco del espejo, el conejo fuera del sombrero, el túnel lleno de boloña. Les encanta ser engañados. No saben la verdad, pero tampoco quieren saberla, les hace sentirse desgraciados. Nosotros les hacemos felices. Y conducimos coches nuevos y mandamos a nuestros hijos al colegio. ¿Cierto?

—Cierto.

—Está bien, lárgate echando leches de aquí.

Chonjacki se dispuso a marcharse.

—Y, chico...

—¿Sí?

—Date un baño de vez en cuando.

—¿Qué?

—Bueno, a lo mejor no es de eso. ¿Usas suficiente papel higiénico cuando te limpias el culo?

—No sé. ¿Cuánto es suficiente?

—¿No te lo dijo nunca tu madre?

—¿El qué?

—Te limpias hasta que no veas más mierda.

Chonjacki se quedó allí de pie, mirándole.

—De acuerdo, puedes irte ahora. Y, por favor, recuerda todo lo que te he dicho.

Chonjacki se fue. Underwood se acercó y se sentó en la silla vacía. Sacó su puro de 15 centavos de después de la comida y lo encendió. Los dos hombres se quedaron allí sentados por cinco minutos sin decir nada. Entonces sonó el teléfono. Mason lo cogió. Escuchó, luego dijo:

—¿Oh, la tropa de Boys Scouts 763? ¿Cuántos? Claro, claro, bueno, los dejaremos a mitad de precio. El domingo por la noche. Reservaremos una sección. Claro, claro. Ah, está bien. —Colgó—. Gilipollas —dijo.

Underwood no contestó. Se quedaron sentados escuchando la lluvia. El humo de sus cigarros hacía dibujos caprichosos en el aire. Se quedaron allí sentados, fumando, escuchando la lluvia y mirando los dibujos del humo. El teléfono sonó de nuevo y Mason hizo una mueca. Underwood se levantó de su silla, se acercó y lo contestó. Era su turno.

Un mozo de cuerda con la nariz roja

La primera vez que me encontré con Randall Harris, él tenía 42 años y estaba viviendo con una mujer de pelo gris, una tal Margie Thompson. Margie tenía 45 años y no era demasiado guapa. Yo estaba editando por ese tiempo la pequeña revista *Mad Fly* y había ido a visitarlos en un intento de conseguir algún original de Randall.

Randall era conocido como un hombre aislado e insociable, un borracho, antipático y amargo, pero sus poemas eran crudos, crudos y honestos, simples y salvajes. Estaba escribiendo como ningún otro por ese tiempo. Aparte, trabajaba como mozo de cuerda en un jodido almacén.

Me senté delante de Randall y Margie. Eran las siete y cuarto de la tarde y Harris ya estaba borracho de cerveza. Puso una botella delante mío. Yo había oído hablar de Margie Thompson. Era una comunista de los viejos tiempos, una salva-mundos, una mensajera de bondad. Uno se preguntaba qué estaba haciendo ella con Randall, al que todo le importaba tres cojones y además lo admitía.

—Me gusta fotografiar la mierda —me dijo—, ése es mi arte.

Randall había comenzado a escribir a la edad de 38 años. A los 42, después de tres libros breves (*La muerte es un perro más sucio que mi país*, *Mi madre se folló a un ángel* y *Los caballos meones de la locura*), estaba consiguiendo lo que se dice la aclamación de la crítica. Pero él no se creía nada de su escritura ni de nadie, y decía:

—No soy más que un jodido mozo de cuerda en la marea aplastante de mierda y saliva negra.

Vivía en un viejo caserón en Hollywood con Margie, y verdaderamente era un ser fuera de lo normal.

—Sólo pasa que no me gusta la gente —me dijo—. Ya sabes, Will Rogers dijo una vez: «Nunca encontré un hombre que no me gustara». Yo por mi parte digo: Nunca encontré un hombre que me gustara.

Pero Randall tenía sentido del humor, y capacidad de reírse del sufrimiento y de sí mismo. Acababa gustándote. Era un hombre feo con una cabezota y una cara parida a golpes —sólo la nariz parecía haber escapado de la paliza general—. «No tengo suficiente hueso en mi nariz, es como goma», me explicó. Su nariz era larga y de un color rojo encendido.

Yo había oído historias sobre Randall. Le daba por golpear ventanas y romper botellas contra la pared. Era un borracho sucio e intratable. También tenía períodos en que no contestaba nunca al teléfono ni abría la puerta. No tenía televisión, sólo un pequeño aparato de radio, y no oía otra cosa que no fuese música sinfónica —extraño en un tío tan bestia como él—.

También tenía temporadas en las que abría el teléfono y metía papel higiénico alrededor del timbre para que no pudiese sonar. Así se quedaba durante meses. Uno se preguntaba por qué tenía teléfono. Su cultura era dispersa, pero evidentemente había leído a la mayoría de los buenos escritores.

—Bueno, cabronazo —me dijo—, seguro que te estás preguntando lo que hago con ella —señaló a Margie.

Yo no contesté.

—Es un buen coño —me dijo—, y me da buena cantidad del mejor sexo al oeste de San Luis.

Este era el mismo tío que había escrito cuatro o cinco magníficos poemas de amor a una mujer llamada Annie. Te preguntabas cómo leches podría hacerlo.

Margie se quedó allí sentada gesticulando. Ella también escribía poesía, pero no era muy buena. Trabajaba en dos tiendas y ganaba algún dinero que les ayudaba con dificultad.

—¿Así que quieres algunos poemas? —me preguntó él.

—Sí, me gustaría ojear algunos.

Harris se fue hacia el armario, abrió la puerta y cogió un puñado de papeles arrugados del suelo. Me los entregó.

—Escribí éstos la noche pasada.

Se fue a la cocina y salió con dos cervezas más. Margie no bebía.

Empecé a leer los poemas. Todos eran poderosos. Escribía a máquina con fuerza y las palabras parecían como grabadas en el papel. La fuerza de su escritura siempre me había dejado atónito. Parecía decir todas las cosas que cualquiera de nosotros debería haber dicho pero nunca habíamos pensado en decir.

—Me llevaré estos poemas —dije.

—De acuerdo —dijo él—. Bebe un trago.

Cuando ibas a ver a Harris, la bebida era un deber. Fumaba un cigarrillo tras otro. Se vestía con unos pantalones chinos de color marrón, dos tallas más grandes, y camisetas viejas que estaban siempre rasgadas. Tendría alrededor de un metro noventa de altura y 110 kilos de peso, la mayor parte debido a su barriga de cerveza. Tenía los hombros caídos, y te escudriñaba desde las dos estrechas hendiduras de sus ojos. Bebimos duro durante dos horas y media, la habitación soportaba una pesada atmósfera de humo. De repente Harris se levantó y me dijo:

—¡Lárgate echando leches de aquí, cabronazo, me disgustas!

—Tranquilo, Harris...

—¡He dicho AHORA MISMO, hijoputa!

Me levanté y me fui con los poemas.

Volví al viejo caserón dos meses más tarde para entregarle un par de copias de *Mad Fly* a Harris. Había incluido diez de sus poemas. Margie me hizo entrar. Randall no estaba.

—Está en Nueva Orleans —dijo Margie—. Creo que tiene una cita. Jack Teller quiere publicar su próximo libro, pero quiere encontrarse antes con Randall. Teller dice que no puede editar a nadie que no le caiga bien personalmente. Ha pagado el billete de avión de ida y vuelta.

—Randall no es precisamente encantador —dije.

—Bueno, mira —dijo Margie—, Teller es un alcohólico ex presidiario. Pueden formar una adorable pareja.

Teller llevaba la revista *Rifraff* y tenía su propia imprenta. Hacía un trabajo muy cuidado. El último número de *Rifraff* llevaba la fea cara de Harris en la portada, chupando una botella de cerveza, y dentro habían unos cuantos de sus poemas.

Rifraff era generalmente considerada como la mejor revista literaria del momento. Harris estaba empezando a ser cada vez más conocido. Esta podía ser una buena oportunidad para él si no la fastidiaba con su lengua sucia y salvaje y sus maneras de borracho. Antes de irme, Margie me dijo que estaba preñada de Harris. Como ya dije antes, ella tenía 45 años.

—¿Qué dijo él cuando se enteró?

—Pareció indiferente.

Me fui.

El libro salió en una edición de 2.000 ejemplares, cuidadosamente impreso. La cubierta estaba hecha de corcho importado de Irlanda. Las páginas eran de varios colores, de un papel extremadamente bueno, escrito en raros caracteres de imprenta, y con algunos dibujos a tinta china de Harris intercalados. El libro fue recibido con entusiasmo, tanto por sí mismo como por su contenido. Pero Teller no pudo pagar los royalties. El y su mujer vivían asfixiados en un margen muy estrecho. En diez años el libro se vendería a 75 dólares en las librerías de viejo. Mientras tanto, Harris volvería a su empleo de mozo en el almacén.

Cuando llamé de nuevo, cuatro o cinco meses más tarde, Margie se había ido.

—Se fue hace mucho —dijo Harris—. Tómame una cerveza.

—¿Qué pasó?

—Bueno, después de volver de Nueva Orleans, escribí algunas historias cortas. Mientras yo estaba en el trabajo, ella empezó a revolver en mi escritorio. Leyó un par de mis historias y se cabreó como una loca.

—¿De qué trataban?

—Oh, pues leyó algo acerca de mis correrías en la cama con algunas mujeres de Nueva Orleans.

—¿Y eran ciertas las historias? —pregunté.

—¿Cómo va *Mad Fly*? —preguntó él.

El bebé nació, era una niña, Naomi Louise Harris. Ella y su madre vivían en Santa Mónica y Harris viajaba hasta allí una vez a la semana para verlas. Pagaba el mantenimiento de la niña y seguía bebiendo cerveza. Me enteré de que tenía una columna semanal en el periódico marginal *L.A. Lifeline*. Llamaba a su columna *Escenas de un maníaco de primera clase*. Su prosa era como su poesía: indisciplinada, antisocial y perezosa.

Harris se dejó crecer una perilla y el pelo más largo. La siguiente vez que le vi estaba viviendo con una chica de 35 años, una bonita pelirroja llamada Susan. Susan trabajaba en un almacén de material artístico, pintaba y tocaba la guitarra. También se bebía de vez en cuando una cerveza con Randall, que era mucho más de lo que Margie había hecho nunca. El piso parecía más limpio. Cuando Harris acababa una botella la tiraba dentro de una bolsa de papel, en vez de tirarla al suelo. Por lo demás, seguía siendo un borracho sucio e intratable, pienso.

—Estoy escribiendo una novela —me dijo— y voy a dar un recital poético aquí dentro de poco, y luego por las universidades cercanas. También tengo posibilidades de ir a Michigan y Nuevo México. Las ofertas son muy buenas. A mí no me gusta leer, pero lo hago muy bien. Les doy un espectáculo y les doy buena poesía.

Harris estaba empezando también a pintar. No pintaba muy bien. Pintaba como un niño de cinco años borracho de vodka, pero había conseguido vender uno o dos cuadros por 40 o 50 dólares. Me dijo que estaba pensando en dejar su empleo. Lo dejó tres semanas más tarde para irse a la lectura de Michigan. Ya había utilizado sus vacaciones para el viaje a Nueva Orleans.

Recuerdo que una vez me había dado su palabra:

—Yo jamás me pondré a leer delante de esos chupasangres, Chinaski. Me iré a la tumba sin haber dado en mi vida una puñetera lectura poética. Es sólo vanidad imbécil, es venderse como un idiota. —No le recordé su juramento.

Su novela *Muerte en vida de todos los ojos de la tierra* fue publicada por una pequeña editorial, de cierto prestigio, que pagó con normalidad los royalties standard. Las críticas fueron buenas, incluso una en el *New York Review of Books*. Pero seguía siendo un borracho obscuro e intratable y tenía muchas peleas con Susan por culpa de la bebida.

Finalmente, después de una borrachera terrible en la que se pasó toda la noche delirando, blasfemando y gritando, Susan le abandonó. Vi a Randall bastantes días después de que ella se marchase. Harris estaba extrañamente tranquilo, apagado, apenas obscuro e intratable.

—Yo la amaba, Chinaski —me dijo—. No voy a poder superarlo, cojones.

—Lo superarás, Randall. Ya verás. Lo superarás. El ser humano es mucho más resistente de lo que piensas.

—Mierda —dijo—. Espero que tengas razón. Tengo este condenado agujero en mi vientre. Las mujeres han puesto a muchos hombres debajo del puente. No sienten igual que nosotros.

—Sí sienten. Lo que pasa es que ella no pudo soportar tu trago.

—Joder, tío. He escrito todo mi material estando bebido.

—¿Es ése el secreto?

—Mierda, sí. Sobrio no soy más que un jodido mozo de carga, y no muy bueno...
Me fui y lo dejé solo, colgado de cerveza.

Volví a verle tres meses después. Harris seguía viviendo en el viejo caserón. Me presentó a Sandra, una rubia de 27 años con muy buena pinta. Su padre era un juez del Tribunal Supremo y ella se había graduado en la Universidad de Carolina del Sur. Aparte de estar muy buena, tenía una fría sofisticación de la que habían carecido las anteriores mujeres de Randall. Estaban bebiendo una botella de buen vino italiano.

La perilla de Randall se había convertido en una barba y su pelo estaba mucho más largo. Su ropa era nueva y a la última moda. Llevaba zapatos de 40 dólares, un reloj de pulsera nuevo y su rostro parecía más delgado y definido, las uñas limpias... pero su nariz todavía enrojecía bebiendo vino.

—Randall y yo nos mudamos al Oeste de L. A. este fin de semana —me dijo ella—. Este sitio es siniestro.

—He escrito una buena cantidad de mis cosas aquí —dijo él.

—Randall, querido —dijo ella—, no es el *lugar* el que escribe, eres tú. Creo que le vamos a conseguir a Randall un trabajo de profesor, tres días a la semana.

—Yo no puedo enseñar.

—Querido, tú puedes enseñarles *Todo*.

—Mierda —dijo él.

—Están pensando hacer una película del libro de Randall. Hemos visto el guión. Es un guión muy bueno.

—¿Una película? —pregunté.

—No es muy probable —dijo Harris.

—Querido, están trabajando en ello. Ten un poco de fe.

Me tomé otro vaso de vino con ellos y luego me fui. Sandra era una guapa chica.

Randall no me dio la dirección de su nueva casa y yo no me preocupé de buscarle. Dejé de verlo. Había pasado más de un año cuando leí la crítica de la película *La flor en el rabo del diablo*. Estaba basada en su novela. Una buena crítica. Harris había incluso tenido un papel en el film.

Fui a ver la película. Habían hecho un buen trabajo a partir del libro. Harris parecía aún un poco más serio y rígido que la última vez que le vi. Decidí buscarle. Después de un trabajo detectivesco llamé a la puerta de su chalet en Malibú una noche alrededor de las 9. Randall abrió la puerta.

—Chinaski, viejo perro —dijo—. Vamos, entra.

Una bella jovencita estaba sentada en el sofá. Aparentaba tener unos 19 años, y simplemente irradiaba belleza natural.

—Esta es Karilla —dijo él. Estaban bebiendo una botella de caro vino francés. Me senté con ellos y tomé un vaso. Tomé muchos vasos. Salió otra botella y hablamos calmadamente. Harris no se emborrachó ni se puso intratable y no parecía fumar mucho.

—Estoy trabajando en una obra de teatro para Broadway —me dijo—. Dicen que el teatro se está muriendo, pero yo tengo algo que mostrarles. Uno de los más importantes productores está interesado. Estoy dando forma al último acto en estos momentos. Es un buen medio. Yo siempre fui muy bueno charlando, ya sabes.

—Sí —contesté.

Me fui sobre las 11:30. La conversación había sido agradable... Harris empezaba a mostrar un gris distinguido en las sienes, y no dijo «mierda» más de cuatro o cinco veces.

La obra *Dispara a tu madre, dispara a tu Dios, dispara el desenlace* fue un éxito. Tuvo una de las mayores permanencias en la historia de Broadway. Tenía de todo: algo para los revolucionarios, algo para los reaccionarios, algo para los amantes de la comedia, algo para los amantes del drama, algo incluso para los intelectuales, y aún tenía sentido. Randall Harris se mudó de Malibú a un gran chalet en lo alto de Beverly Hills. Ahora leías a menudo cosas acerca de él en las columnas de chismorreos de los periódicos.

Un día me pasé por Beverly Hills y encontré el lugar donde ahora vivía, una mansión de tres pisos que dominaba las luces de Los Ángeles y Hollywood.

Aparqué, bajé del coche y caminé por el sendero hacia la puerta principal. Eran cerca de las 8:30 de la noche, una noche fría, casi helada; había luna llena y la atmósfera estaba fresca y clara.

Toqué el timbre. Me pareció esperar un largo rato. Finalmente la puerta se abrió. Era el mayordomo.

—¿Diga, señor? —me preguntó.

—Henry Chinaski, quiero ver a Randall Harris —dije.

—Un momento, señor. —Cerró la puerta despacio y esperé de nuevo largo rato. Entonces volvió el mayordomo—. Lo siento, señor, pero el señor Harris no puede ser molestado en estos momentos.

—Oh, de acuerdo.

—¿Acaso quiere dejar un mensaje, señor?

—¿Un mensaje?

—Sí, un mensaje.

—Sí, dígame «enhorabuena».

—¿Enhorabuena? ¿Eso es todo?

—Sí, eso es todo.

—Buenas noches, señor.

—Buenas noches.

Volví a mi coche, entré. Arranqué y comencé a recorrer la larga bajada por las cuestas de las colinas. Llevaba conmigo aquel primerizo número de *Mad Fly*, el número con diez poemas de Randall Harris dentro. Quería que me lo firmase, pero probablemente estaría demasiado ocupado. Tal vez, pensé, si le mando la revista por correo con franqueo de vuelta, me la firme.

Eran sólo las 9 de la noche. Tenía mucho tiempo para ir a cualquier sitio.

El diablo estaba caliente

Bueno, fue después de una violenta discusión con Fio, y yo no estaba como para emborracharme o ir de putas. Así que me monté en el coche y me fui conduciendo hasta la playa. Estaba anocheciendo y conduje despacio. Llegué a la feria, aparqué y entré. Paré un rato en los arcos de tragaperras, jugué con algunas máquinas, pero el lugar hedía a orina, así que me largué. Era demasiado viejo para montarme en el tiovivo, así que pasé de largo. Por la feria paseaban los tipos habituales: un gentío indiferente y somnoliento.

Fue entonces cuando me apercibí de un sonido monótono que salía de un edificio cercano. Una cinta magnetofónica o un disco, sin duda. Me acerqué. Había un charlatán vociferando en la entrada:

—¡Sí, señoras y caballeros. *Entren, entren aquí...* Nosotros hemos capturado al *diablo!* ¡Está aquí dentro a su disposición, para que ustedes lo vean con sus propios ojos! ¡Piensen, sólo por un cuarto, veinticinco centavos, pueden ustedes *ver* al diablo... el mayor perdedor de todos los tiempos! ¡El perdedor del único intento de revolución que ha habido en toda la historia del Cielo!

Bueno, estaba listo para tragarme una pequeña comedia, y olvidarme de los insultos y humillaciones de Fio. Pagué mi cuarto y entré junto con otros seis o siete imbéciles en pelotón. Tenían a este tío metido en una jaula. Lo habían pintado de rojo, y llevaba algo en la boca que le hacía resoplar bocanadas de humo y chorros de fuego. No era un gran espectáculo. El tío sólo daba vueltas y más vueltas, diciendo una y otra vez:

—Condenada leche. ¡Tengo que *salir* de aquí! ¿Cómo han podido meterme en esta jodida jaula?

Bueno, he de decir en honor a la verdad que el tío *si* parecía peligroso. De repente, dio seis rápidos aleteos con la espalda. En el último aterrizó de pie, miró a su alrededor y dijo:

—¡Oh, mierda, me siento como un gilipollas!

Entonces me vio. Se vino muy resuelto hacia donde yo estaba, se paró delante mío, al otro lado de los alambres. Estaba caliente como una estufa. No sé cómo lo conseguían.

—Hijo mío —me dijo—. ¡Por fin has venido! Te he estado esperando. ¡Treinta y dos días llevo en esta jodida jaula!

—No sé de qué me está hablando.

—Hijo mío —dijo— no bromees conmigo. Vuelve aquí a medianoche con unas tijeras de cortar alambre y libérame.

—Deja de darme el coñazo, tío —le dije.

—¡Treinta y dos días llevo aquí, hijo mío! ¡Por fin llega mi libertad!

—¿Quieres decir que pretendes ser realmente el diablo?

—¡Que me encule un gato si no lo soy! —me contestó.

—Si fueses el diablo, podrías utilizar tus poderes sobrenaturales para salir de aquí.

—Mis poderes se han desvanecido temporalmente. Este tío, el charlatán de la entrada, estaba conmigo en la celda de los borrachos. Le dije que era el diablo y pagó la fianza de los dos. Yo había perdido mis poderes en esa celda, si no, no hubiera necesitado su ayuda para nada. Bueno, afuera el cabrón me emborrachó de nuevo, y cuando me desperté estaba metido en esta jaula. El hijo de mala puta me alimenta con comida para perros y mantequilla de cacahuete. ¡Hijo mío, ayúdame, te lo ruego!

—Estás loco —dije—, eres un chiflado.

—Vuelve más tarde, esta misma noche, hijo mío, con las tijeras para alambre.

El charlatán entró y anunció que la sesión con el diablo había finalizado, y que si alguien quería verlo más, tendría que pagar otros veinticinco centavos. Yo había visto ya suficiente diablo. Salí afuera junto con los otros seis o siete imbéciles en pelotón.

—Eh, él *le habló* —dijo un vejete que caminaba a mi lado— he venido a verle todas las noches y usted es la primera persona a quien ha hablado.

—Huevos —dije.

El charlatán me paró:

—¿Qué te ha dicho? Vi cómo te hablaba. ¿Qué te ha contado?

—Me lo ha contado todo.

—Bueno, guárdate mucho de intentar algo, capullo. ¡El es *mío*! No había sacado tanto dinero desde la época en que tuve a la mujer barbuda de tres piernas.

—¿Qué pasó con ella?

—Se fugó con el hombre pulpo. Ahora tienen una granja en Kansas.

—Creo que estáis todos locos.

—Sólo te digo una cosa. Yo encontré a este tío y es mío. ¡Así que *ni te acerques*!

Me fui hacia mi coche, subí y conduje de vuelta a Fio. Cuando llegué ella estaba sentada en la cocina bebiendo whisky. Siguió allí sentada y me dijo unos cuantos cientos de veces la miseria inútil de hombre que era. Bebí con ella un rato sin decir apenas nada. Entonces me levanté, fui hacia el garaje, cogí los cortaalambres, me los metí en el bolsillo, subí al coche y volví a la feria.

Forcé la puerta trasera, el cerrojo estaba muy oxidado y cedió con facilidad. El estaba dormido en el suelo de la jaula. Comencé a trabajar, pero no pude cortar el alambre. Era demasiado grueso. Entonces se despertó.

—Hijo mío —dijo—. ¡Has vuelto! ¡Sabía que lo harías!

—Mira, tío, no puedo cortar el alambre con estas tenazas. Es demasiado grueso.

El se levantó:

—Dámelas. —Me cogió las tenazas.

—Dios —le dije—. ¡Tienes las manos ardiendo! Debes tener alguna clase de fiebre.

—No me llames Dios —contestó.

Cortó el alambre con las tenazas como si fuese hilo de seda y salió fuera de la jaula.

—Y ahora, hijo mío, vamos a tu casa. Tengo que reponer fuerzas. Unos cuantos bistecs con patatas y estaré de nuevo fuerte. He comido tanto alimento para perros que tengo miedo de ponerme a ladrar en cualquier momento.

Salimos fuera, montamos en el coche y lo llevé a casa. Cuando entramos, Fio estaba todavía sentada en la cocina bebiendo whisky. Le freí un huevo con tocino para empezar y nos sentamos al lado de Fio.

—Tu amigo es un guapo diablo —me dijo.

—El pretende *ser* el diablo —dije yo.

—Hace mucho tiempo —dijo él— que no he tenido un buen cacho de mujer en mis manos.

Se inclinó y le dio a Fio un largo beso. Cuando terminó, ella parecía en estado de shock.

—Ese fue el beso más *cálido* que me han dado *en la vida* —dijo ella— y me han dado unos cuantos.

—¿De verdad? —preguntó él.

—Si haces el amor igual que besas, puede ser *demasiado*. ¡Simplemente *demasiado*!

—¿Dónde está el dormitorio? —preguntó él.

—Sólo tienes que seguir a la señora —contesté.

Siguió a Fio al dormitorio y yo me serví un gran vaso de whisky.

Nunca en mi vida había oído gritos y gemidos como éstos, y la cosa duró unos buenos cuarenta y cinco minutos. Luego él salió solo, se sentó y se sirvió un trago.

—Hijo mío —me dijo— aquí tienes una mujer de las buenas.

Se fue hacia la salita y se tumbó en el sofá, se estiró y se quedó dormido. Yo entré en el dormitorio, me desnudé y me metí en la cama junto a Fio.

—Dios mío —dijo ella—. Dios mío, no lo puedo creer. Me puso en el cielo y el infierno.
—Sólo espero que no prenda fuego al sofá —dije.
—¿Quieres decir que se duerme fumando? —Olvídalo.

Bueno, el tío empezó a hacerse el amo. *Yo* tuve que dormir en el sofá. Tuve que escuchar a Fio gritando y gimiendo en el dormitorio todas las noches. Un día, mientras Fio estaba de compras y nosotros estábamos bebiendo una cerveza en la mesita de la cocina, tuve unas palabras con él.

—Escucha —le dije— a mí no me importa ayudar a alguien a salir de un encierro pero ahora he perdido mi cama y mi mujer y voy a tener que pedirte que te vayas.

—Creo que me voy a quedar aquí por algún tiempo, hijo mío, tu señora es una de las mejores piezas que he tenido nunca.

—Mira, tío —le dije— no me hagas tomar medidas extremas para sacarte de aquí.

—¿Un chico duro, eh? Bueno, mira, chico duro, tengo que darte una pequeña noticia. Mis poderes sobrenaturales han vuelto. Si tratas de joderme te vas a quemar los cojones. ¡Mira!

Teníamos un perro. Old bones; no era muy noble, pero ladraba por la noche, era un buen perro guardián. Bueno, él apuntó con su dedo a Old bones, el dedo hizo una especie de sonido chasqueante, se hinchó y una fina línea de fuego surgió en dirección a Old bones. El perro se quedó rígido y con el pelo erizado, y entonces desapareció. Ya no estaba allí. No había ni huesos, ni cenizas, ni siquiera ningún olor. Sólo aire.

—De acuerdo, hombre —le dije—. Puedes quedarte aquí un par de días más, pero luego tendrás que irte.

—Fríeme un buen filete —dijo— estoy hambriento, y me temo que mis reservas de esperma están disminuyendo notablemente.

Me levanté y eché un filete en la sartén.

—Hazme algunas patatas fritas para acompañarlo —dijo— y unas rodajas de tomate. Café no, no quiero. Ando con insomnio. Sólo me tomaré un par de cervezas más.

Cuando le estaba sirviendo la comida, Fio regresó.

—Hola, amor mío —dijo ella—. ¿Cómo estás?

—Muy bien —contestó—. ¿No tenéis algo de catsup?

Yo salí afuera, subí al coche y me fui hacia la playa.

Bueno, el tío de la barraca ahora tenía un nuevo diablo. Pagué mi cuarto y entré. Este diablo era muy poca cosa. La pintura roja que le habían pulverizado le estaba matando, y se estaba bebiendo una botella para no volverse loco. Era un tipo grande y fuerte, pero no tenía ninguna cualidad demoníaca en especial. Yo era uno de los pocos clientes. Había más moscas que personas allí dentro.

El charlatán de la entrada se me acercó:

—Me estoy muriendo de hambre desde que me robaste al verdadero. Supongo que lo exhibirás ahora en algún sitio, ¿no?

—Escucha —le dije—, daría cualquier cosa por poder devolvértelo. Yo sólo trataba de ser una buena persona.

—¿Ya sabes lo que les pasa a las buenas personas en este mundo, no?

—Sí, acaban recorriendo la Séptima Avenida y Broadway vendiendo gacetillas.

—Mi nombre es Ernie Jamestown —dijo—, cuéntamelo todo. Tengo una habitación ahí en la parte trasera.

Seguí a Ernie a la habitación. Entramos. Su mujer estaba sentada en la mesa bebiendo whisky. Levantó la mirada y me vio.

—Escucha, Ernie, si este bastardo va a ser el nuevo diablo, es mejor olvidarlo todo. Para eso es lo mismo presentar un triple suicidio —dijo.

—Tranquilízate —dijo Ernie— y pasa la botella.

Le conté a Ernie todo lo que había pasado. El escuchó con atención y luego dijo:

—Yo puedo quitártelo de encima. El tiene debilidades, dos debilidades esenciales: la bebida y las mujeres. Y otra cosa. No sé cómo ocurre, pero cuando está encerrado, como lo estaba en la celda de los borrachos o en la jaula de ahí fuera, pierde sus poderes sobrenaturales. Bien, vamos a sacarlo de tu casa.

Ernie se fue hacia el armario y sacó un manojo de cadenas y candados. Entonces cogió el teléfono y llamó a una tal Edna Hemlock. Edna nos esperaba dentro de veinte minutos en la esquina del bar Woody's. Ernie y yo subimos a mi coche, paramos a comprar dos botellas de whisky en el almacén de licores, recogimos a Edna, y nos fuimos hacia mi casa.

Seguían en la cocina. Estaban monteándose como locos. Pero tan pronto como vio a Edna, el diablo se olvidó por completo de mi señora. La tiró fuera como a un par de medias rotas. Edna tenía de todo. Sus padres no habían cometido ni un solo error al concebirla.

—¿Por qué no bebéis los dos un poco y os conocéis mejor? —dijo Ernie poniendo un gran vaso de whisky delante de cada uno.

El diablo miró a Ernie.

—Eh, madre, tú eres el tío que me metió en la jaula, ¿no?

—Bah, olvídalo —dijo Ernie— lo pasado, pasado.

—¡Y un cuerno! —Le apuntó con su dedo y la línea de fuego surgió hacia Ernie; al instante ya no estaba allí.

Edna sonrió y cogió su whisky. El diablo hizo un gesto, cogió su vaso y se lo bebió de un trago.

—¡Magnífico! —dijo—. ¿Quién lo compró?

—Ese hombre que acaba de dejar la habitación hace un momento —dije.

—Oh.

El y Edna se sirvieron otro trago y empezaron a devorarse con los ojos. Entonces mi señora le dijo:

—¡Aparta tus ojos de esa zorra!

—¿Qué zorra?

—¡Ella!

—Tú bebe y cállate.

Señaló con el dedo a mi señora, hubo un pequeño chisporroteo y mi señora desapareció. Entonces me miró:

—¿Y tú qué tienes que decir?

—Oh, yo soy el tío que te llevó las tenazas corta-alambres, ¿recuerdas? Estoy aquí para hacer los recados, traer las toallas y todo eso...

—Es agradable volver a disponer de mis poderes sobrenaturales.

—Sí, son muy útiles —dije yo— en cualquier caso, tenemos problemas de superpoblación...

Estaba comiéndose a Edna con los ojos. Estaba tan ciego que pude coger una de las botellas de whisky sin que se enterase. Agarré la botella, salí, subí a mi coche y regresé a la playa.

La mujer de Ernie seguía sentada en la habitación trasera. Se alegró al ver la botella. Serví dos vasos.

—¿Quién es el tío que tenéis ahora encerrado en la jaula? —pregunté.

—Oh, es del equipo de rugby de la universidad. Trata de ganarse un poco de dinero.

—Tienes unos pechos muy bonitos —le dije.

—¿De verdad? Ernie nunca me dice nada de mis pechos.

—Bebe. Es un whisky muy bueno.

Me acerqué hasta sentarme a su lado. Tenía unos muslos macizos y magníficos. Cuando la besé, no se resistió.

—Estoy tan cansada de esta vida —dijo—. Ernie ha sido siempre un negociero barato. ¿Tú tienes un buen trabajo?

—Oh, sí. Soy jefe de mozos de carga en el Drombo-Western.

—Bésame otra vez —dijo ella.

Me eché a un lado, me limpié y me tapé con la sábana.

—Si Ernie nos encuentra así nos matará —dijo ella.

—Ernie no nos va a encontrar. No te preocupes.

—Haces maravillosamente el amor —dijo— ¿pero, por qué *conmigo*?

—No entiendo.

—Quiero decir, en realidad ¿qué te hizo venir conmigo?

—Oh —dije— fue cosa del diablo.

Entonces encendí un cigarrillo, me tumbé de espaldas y expulsé un perfecto anillo de humo. Ella se levantó y fue hacia el baño. Pasó un minuto y oí sonar la cadena.

Cojones

Como cualquiera podrá decirnos, no soy un hombre muy agradable. No conozco esa palabra. Yo siempre he admirado al villano, al fuera de la ley, al hijo de perra. No aguanto al típico chico bien afeitado, con su corbata y un buen trabajo. Me gustan los hombres desesperados, hombres con los dientes rotos y mentes rotas y destinos rotos. Me interesan. Están llenos de sorpresas y explosiones. También me gustan las mujeres viles, las perras borrachas, con las medias caídas y arrugadas y las caras pringosas de maquillaje barato. Me interesan más los pervertidos que los santos. Me encuentro bien entre marginados porque soy un marginado. No me gustan las leyes, ni morales, religiones o reglas. No me gusta ser modelado por la sociedad.

Una noche, estaba bebiendo con Marty, el ex-presidiario, en mi habitación. No tenía trabajo. No quería tener trabajo. Sólo quería sentarme con los zapatos quitados y beber vino y conversar, y reírme, a ser posible. Marty era un poco estúpido, pero tenía manos de trabajador, una nariz rota y ojos de topo; no era gran cosa pero lo sabía llevar.

—Me gustas, Hank —dijo Marty— eres un hombre de verdad, uno de los pocos hombres de verdad que he conocido.

—Ya —dije yo.

—Tienes cojones.

—Ya.

—Yo fui una vez minero...

—¿Sí?

—Y me peleé con un tío. Usamos mangos de hacha. El me rompió el brazo izquierdo con su primer golpe. Yo aguanté el dolor y solté mi golpe. Le hundí la cabeza. Cuando se recuperó del golpe, había perdido la cabeza. Yo le había roto el seso. Lo metieron en una casa de locos.

—Eso está bien —dije yo.

—Escucha —dijo Marty— quiero pelear contigo.

—El primer golpe es tuyo. Anda, pega.

Marty estaba sentado en una silla verde con respaldo. Yo iba hacia el lavabo a servirme otro vaso de la botella de vino. Me volví de pronto y le pegué un directo de derecha en medio de la cara. Se cayó de espaldas con la silla, se levantó y se vino hacia mí. Descuidé la izquierda. Me pegó en lo alto de la nuca y me tumbó. Caí sobre un saco de papel lleno de vómito y botellas vacías. Saqué una botella, me puse de rodillas y se la arrojé. Marty la esquivó, yo me levanté y agarré la silla. Cuando la tenía levantada sobre Marty, se abrió la puerta. Era nuestra casera, una atractiva rubia de veintipocos años. Qué hacía ella llevando una casa como ésa, nadie se lo podía imaginar. Yo bajé la silla.

—Señor Chinaski —dijo ella— quiero que sepa...

—Quiero que sepa usted —dije— que es inútil.

—¿Qué es inútil?

—Es inútil. No es usted mi tipo. No quiero follar con usted.

—Escuche —dijo ella— quiero decirle algo. Le vi cuando la otra noche en la puerta de al lado, y como siga haciendo eso, le voy a echar de aquí. Alguien ha estado también cuando dentro del ascensor. ¿Ha sido usted?

—Yo no meo en los ascensores.

—Bueno, yo le vi anoche mear en la puerta de al lado. Estaba mirando. Fue usted.

—Y un cuerno que fui yo.

—Estaba demasiado borracho para enterarse. No vuelva a hacerlo.

Cerró la puerta y se fue.

Unos minutos más tarde, estaba sentado bebiendo vino y tratando de recordar si *había* meado en la puerta vecina, cuando se oyó un golpe en mi puerta.

—Adelante —dije.

Era Marty:

—Tengo algo que decirte.

—Claro, siéntate.

Le serví un vaso de oporto y se sentó.

—Estoy enamorado —dijo.

Yo no contesté. Lié un cigarrillo.

—¿Tú crees en el amor? —me preguntó.

—Supongo. A mí me pasó una vez.

—¿Y dónde está ella?

—Se fue. Muerta.

—¿Muerta? ¿Cómo?

—La bebida.

—Esta también bebe mucho. Me preocupa. Siempre está borracha. No puede parar.

—Ninguno de nosotros puede.

—Voy a las reuniones de Alcohólicos Anónimos con ella. Siempre va allí borracha. La mitad de los que van allí están borrachos. Puedes oler los vapores.

Yo no contesté.

—Dios, es joven. ¡Y vaya cuerpo! La amo, tío, ¡la amo de verdad!

—Oh, coño, Marty, eso es sólo sexo.

—No, yo la amo, Hank, lo noto de veras.

—Sí, es posible.

—Cristo, la han metido en una habitación del sótano. Por no poder pagar el alquiler.

—¿El sótano?

—Sí, tienen una habitación allá abajo con todas las cazuelas y la mierda.

—Es increíble.

—Sí, ella está allá abajo. Y yo la amo, tío, y no tengo nada de dinero para ayudarla.

—Eso es triste. Yo estuve en la misma situación. Se sufre.

—Si tuviera voluntad, si pudiera meterme diez días en el hospital y recobrar la salud, podría conseguir un trabajo en alguna parte, podría ayudarla.

—Bueno —dije— ahora estás bebiendo. Si la amas, tendrás que dejar de beber desde este mismo momento.

—Por Dios —dijo—. ¡Lo haré! ¡Voy a echar este vaso al retrete!

—No seas melodramático. Sólo tienes que pasármelo.

Bajé en el ascensor al primer piso, con la botella de whisky barato que había robado en la tienda de licores de Sam una semana antes. Luego bajé por las escaleras hasta el sótano. Había una pequeña luz encendida allá abajo. Me puse a buscar alguna puerta. Finalmente encontré una. Serían la una o las dos de la madrugada. Llamé a la puerta. Esta se entreabrió y allí estaba una mujer verdaderamente preciosa en camisón. No me esperaba tanto. Joven, rubia y con labios de fresa. Metí mi pie entre la puerta y la pared, y luego empujé con suavidad hasta meterme dentro. Cerré la puerta y miré a mi alrededor. No era un sitio tan malo después de todo.

—¿Quién eres? —dijo ella—. Lárgate de aquí.

—Tienes una habitación magnífica. Creo que es mejor que la mía.

—¡Vete de aquí! ¡Vete! ¡Vete!

Saqué la botella de whisky de la bolsa de papel. Ella se quedó mirándola.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté.

—Jeanie.

—Escucha, Jeanie ¿dónde guardas los vasos?

Señaló un estante de la pared y yo me acerqué y cogí dos largos vasos. Había un lavabo. Eché un poco de agua en cada uno y luego me fui hacia la mesa, los dejé, abrí la botella y llené el resto con whisky. Nos sentamos en el borde de la cama y bebimos. Ella era joven y atractiva. Yo no podía creerlo. Esperaba una explosión neurótica, alguna locura. Pero Jeanie parecía normal, incluso saludable. Eso sí, disfrutó su whisky. Se lo bebió en silencio conmigo. Yo había bajado con un enfebrecido ataque de ansiedad, pero ahora la ansiedad había desaparecido. Quiero decir que si ella hubiese sido una marranita o tuviese algo indecente o feo (un labio leporino, cualquier cosa) yo hubiera estado más cachondo y más dispuesto a enguilármela. Recordé una historia que había leído una vez en el *Racing-Form* acerca de un semental pura sangre al que no habían conseguido aparear con ninguna yegua. Le habían llevado las yeguas más bellas que se podían encontrar, pero el semental las rehuía. Entonces alguien, que sabía del asunto, tuvo una idea. Embadurnó de barro a una yegua magnífica y el semental se la montó inmediatamente. La teoría era de que el semental se sentía inferior ante todas esas bellezas, pero cuando estaban embarradas, afeadas, entonces se sentía igual, o quizás incluso superior. Las mentes de los caballos y las de los hombres podían tener muchos puntos en común.

En fin, Jeanie se sirvió otro vaso de whisky, me preguntó mi nombre y en qué habitación estaba. Le dije que vivía por los pisos de arriba y que sólo quería tomar un trago con alguien.

—Te vi una noche en el bar Clamber hace cerca de una semana —dijo— estabas muy divertido, tenías a todo el mundo riéndose, invitabas a beber a todos.

—No recuerdo.

—Yo sí me acuerdo. ¿Te gusta mi camisión?

—Sí.

—¿Por qué no te quitas los pantalones y te pones más cómodo?

Lo hice y me volví a sentar en la cama con ella. Todo pasó muy despacio. Recuerdo estar diciéndole que tenía unas tetas muy bonitas y luego estaba chupándole una. Luego me di cuenta de que estábamos metidos en el ajo. Yo estaba encima. Pero algo no funcionó bien. Me eché a un lado.

—Lo siento —dije.

—No pasa nada —dijo— me sigues gustando.

Nos sentamos y nos acabamos el whisky, hablando vagamente.

Entonces se levantó y apagó las luces. Yo me sentí muy triste y me metí en la cama pegado a su espalda. Jeanie estaba caliente, llena, y yo podía sentir su respiración, y podía sentir su pelo contra mi cara. Mi pene comenzó a levantarse y yo se lo apoyé en el trasero. Ella se movió y lo guió hacia dentro.

—Ahora —dijo— ahora, eso es...

Estuvo muy bien de ese modo, largo y agradable, luego acabamos y nos dormimos.

Cuando me desperté ella seguía durmiendo. Me levanté y empecé a vestirme. Estaba completamente vestido cuando ella se volvió y me miró:

—Otra vez antes de que te vayas.

—De acuerdo.

Me desnudé otra vez y me metí en la cama. Se volvió de espaldas y lo hicimos de nuevo, del mismo modo. Luego de que yo llegara al orgasmo, ella siguió dándome la espalda.

—¿Volverás aquí a verme? —me preguntó.

—Por supuesto.

—¿Vives arriba?

—Sí, en la 309. Puedo venir a verte o tú puedes ir a verme.

—Prefiero que vengas tú a verme —dijo.

—De acuerdo —dije—. Me vestí, abrí la puerta, salí y la cerré. Caminé hacia la escalera, subí, monté en el ascensor y apreté el botón número 3.

Fue cerca de una semana después, una noche, bebiendo vino con Marty. Hablábamos de cosas varias sin importancia y entonces dijo:

—Cristo, me siento como un idiota.

—¿Otra vez?

—Sí. Mi chica, Jeanie. Te hablé de ella.

—Sí. La que vive en el sótano. Estás enamorado de ella.

—Sí. Pues la han echado del sótano. Ni siquiera podía pagar el alquiler del sótano.

—¿Y adonde ha ido?

—No sé. Se ha ido. Me enteré de que la habían echado. Nadie sabe lo que hizo después, adonde fue. Fui a la reunión de Alcohólicos Anónimos y no estaba allí. Me siento mal, Hank, me siento muy mal. Yo la quería. Voy a perder la cabeza.

Yo no contesté.

—¿Qué puedo hacer, tío? Estoy completamente desquiciado...

—Bebamos por su suerte, Marty, por su buena suerte.

Bebimos un gran trago por ella.

—Era magnífica, Hank, tienes que creerme, era magnífica.

—Te creo, Marty.

Una semana más tarde echaron a Marty por no pagar el alquiler y yo conseguí un trabajo en un matadero. Había un par de bares mexicanos cruzando la calle. Me gustaban esos bares mexicanos. Después del trabajo, yo olía a sangre, pero allí a nadie le importaba. No era hasta que subía en el autobús de vuelta a casa que las narices empezaban a arrugarse y la gente me miraba como a un sucio diablo y yo comenzaba a sentirme otra vez como un salvaje. Eso ayudaba.

Hombre mazo

Ronnie tenía que encontrarse con los dos hombres en el bar Alemán, en el distrito Silverlake. Eran las 7:15 de la tarde. Estaba allí solo, sentado a una mesa bebiendo cerveza. La camarera era rubia, con un magnífico culo, y sus tetas parecían como si fuesen a salirse de la blusa.

A Ronnie le gustaban las rubias. Era como patinar sobre hielo o sobre ruedas. Las rubias eran patinaje sobre hielo, el resto un pobre patinar sobre ruedas. Las rubias incluso olían diferente. Pero las mujeres significaban problemas, y para él a menudo los problemas superaban totalmente el goce que ellas pudieran darle. En otras palabras, el precio era demasiado alto.

De todas formas, un hombre necesita una mujer de vez en cuando, pensó, si más no para probarse a sí mismo que puede conseguirla. El sexo era algo secundario. No había un mundo de amantes, ni nunca lo habría.

7:20. Se volvió hacia ella para pedirle otra cerveza. Ella se acercó sonriendo, la cerveza delante de sus tetas. Uno no podía evitar que le gustara mientras se acercaba de ese modo.

—¿Te gusta trabajar aquí? —le preguntó él.

—Oh, sí, conozco a muchos hombres.

—¿Buenos tipos?

—Buenos y de los otros.

—¿Cómo puedes clasificarlos?

—Lo puedo saber sólo con mirarlos.

—¿Qué clase de hombre soy yo?

—Oh —se rió— usted es bueno, por supuesto.

—Te has ganado la propina —dijo Ronnie.

7:25. Ellos dijeron a las 7. Levantó la vista. Allí estaba Curt. Traía al tío con él. Se acercaron y se sentaron a su lado. Curt despotricaba contra un lanzador de béisbol, pidió una jarra de cerveza.

—Los Rams son peores que la mierda —dijo Curt—. Me han costado más de 500 dólares esta temporada.

—¿Crees que Prothro está acabado?

—Sí, ya no es nadie —dijo Curt—. Ah, éste es Bill. Bill, éste es Ronnie.

Se estrecharon las manos. La camarera llegó con el jarro.

—Caballeros —dijo Ronnie—, ésta es Khaty.

—Ah —dijo Bill.

—Ah, sí —dijo Curt.

La camarera se rió y se fue.

—Es buena cerveza —dijo Ronnie—. Llevo aquí desde las siete esperando. Por eso lo digo.

—No querrás emborracharte —dijo Curt.

—¿Es de fiar? —preguntó Bill.

—Tiene las mejores referencias —contestó Curt.

—Mira —dijo Bill— no quiero comedias. Es mi dinero.

—¿Cómo sé yo que no es usted un cochino poli? —preguntó Ronnie.

—¿Cómo sé yo que no te vas a largar con los 25.000 dólares?

—Tres de los grandes.

—Curt dijo dos y medio.

—Lo acabo de subir. No me gusta usted.

—A mí tampoco me preocupa mucho tu culo. Y tengo la suficiente inteligencia como para no seguir hablando contigo.

—Seguirá. Usted solo nunca se atrevería a hacerlo.

—¿Sueles hacer estas cosas a menudo?

—Sí. ¿Y usted?

—Está bien, caballeros —dijo Curt— a mí no me interesan sus disputas. Yo quiero mi billete grande por el contrato.

—Tú eres el que mejor sales, Curt —dijo Bill.

—Sí —dijo Ronnie.

—Cada hombre es experto en sus propios asuntos —dijo Curt encendiendo un cigarrillo.

—Curt, ¿cómo sé que este tío no va a largarse con los tres grandes?

—No lo hará, porque si lo hace no podrá volver a trabajar. Y es el único trabajo que sabe hacer.

—Eso es horrible —dijo Bill.

—¿Qué tiene de horrible? Tú lo necesitas ¿no?

—Bueno, sí.

—Otras personas también necesitan de él. Dicen que cada hombre es bueno para una cosa. El es bueno para esto.

Alguien metió una moneda en la máquina de discos y ellos se quedaron un rato en silencio, oyendo la música y bebiendo cerveza.

—Me gustaría de verdad darle a esa rubia —dijo Ronnie—. Darle por lo menos seis horas de cuello de pavo en el coño.

—A mí también me gustaría —dijo Curt— si lo tuviera.

—Vamos a pedir otro jarro —dijo Bill—. Estoy nervioso.

—No hay porqué preocuparse —dijo Curt. Se volvió para pedir otro jarro de cerveza—. Esos 500 dólares que he perdido con los Rams, los recuperaré con los caballos en Anita. Lo abren el 26 de diciembre y yo estaré allí.

—¿Va a correr Shoe en la apertura? —preguntó Bill.

—No he leído los periódicos, pero supongo que correrá. No puede dejar de participar en una sola carrera. Lo lleva en la sangre. Es un gran caballo.

—Longden no corre —dijo Ronnie.

—Bueno, es normal; está tan viejo que en vez de atarle la silla, lo atan a la silla.

—Pues ganó su última carrera.

—Porque Campus frenó al otro caballo.

—No creo que vayas a ganar dinero con los caballos —dijo Bill.

—Un hombre inteligente puede ganar dinero con cualquier cosa a la que dedique su cerebro —dijo Curt—. Yo nunca en mi vida he tenido que trabajar.

—Ya —dijo Ronnie— pero yo tengo que trabajar esta noche.

—Y asegúrate de hacer un buen trabajo, querido —dijo Curt.

—Yo siempre hago un buen trabajo.

Estaban allí quietos bebiendo cerveza. Entonces Ronnie dijo:

—Muy bien. ¿Dónde está el maldito dinero?

—Ya lo tendrás, ya lo tendrás —dijo Bill—. Tienes suerte de que acepte darte 500 dólares de más.

—Lo quiero ahora. Todo.

—Dale el dinero, Bill. Y ya que estás en ello, dame de paso el mío.

Estaba todo en billetes de cien. Bill lo contó debajo de la mesa. Ronnie recibió lo suyo primero, y luego Curt. Lo contaron. Correcto.

—¿Dónde hay que ir? —preguntó Ronnie.

—Aquí —dijo Bill, entregándole un sobre—. La dirección y la llave están dentro.

—¿Está muy lejos?

—A unos treinta minutos. Coge la autopista de Ventura.

—¿Puedo preguntarle una cosa?

—Claro.

—¿Por qué?
—¿Por qué?
—Sí ¿por qué?
—¿Te importa?
—No.
—¿Entonces por qué preguntas?
—Demasiada cerveza, supongo.
—Puede que es mejor que te vayas ahora —dijo Curt.
—Sólo un jarro más de cerveza —dijo Ronnie.
—No —dijo Curt— vete ahora.
—Bueno, mierda, está bien.

Ronnie se levantó y salió de la mesa, caminó hacia la salida. Curt y Bill se quedaron sentados contemplándole. El salió afuera. La noche. La luna. El tráfico. Su coche. Lo abrió, subió y arrancó.

Ronnie buscó la calle con cuidado y la casa con más cuidado aún. Aparcó una manzana y media más lejos y volvió. La llave entró en la cerradura. Abrió la puerta y entró. Había un aparato de televisión funcionando en la salita vacía. Caminó sobre la alfombra.

—¿Bill? —preguntó alguien. El escuchó con atención. La voz venía del baño.

—¿Bill? —preguntó ella de nuevo. El abrió la puerta de un empujón y allí estaba, sentada en la bañera, muy rubia, muy blanca, muy joven. Ella gritó al verle. El puso sus manos alrededor de su garganta y la sumergió bajo el agua. Sus mangas se empaparon. Ella daba manotazos, agitándose y revolviéndose violentamente. Se puso tan mal la cosa que tuvo que meterse en la bañera con ella, con ropas y todo, tuvo que subirse encima y sujetarla bajo el agua. Finalmente ella se quedó inmóvil y Ronnie dejó de apretar. Salió de la bañera.

La ropa de Bill no le venía muy bien, pero al fin y al cabo estaba seca. La toalla estaba mojada, pero se quedó con ella. Luego salió de allí, caminó una manzana y media hasta su coche, subió, arrancó y se fue.

Esto es lo que mató a Dylan Thomas

Esto es lo que mató a Dylan Thomas.

Subo al avión con mi novia, el técnico de sonido, el cámara y el productor. La cámara está funcionando. El técnico de sonido nos ha colocado unos pequeños micrófonos a mi novia y a mí. Voy camino a San Francisco para dar una lectura poética. Soy Henry Chinaski, poeta. Soy profundo, soy magnífico. Cojones. Bueno, sí, tengo unos magníficos cojones.

El canal 15 quiere hacer un documental sobre mí. Llevo puesta una camisa nueva y limpia, y mi novia es vibrante, maravillosa, con sus treinta y pocos años. Ella esculpe, escribe y hace maravillosamente el amor. La cámara está encima mío, pegada a mi cara. Yo hago como si no estuviese. Los pasajeros miran. Las azafatas deslumbran, la tierra les ha sido robada a los indios, Tom Mix está muerto, y yo me he tomado un buen desayuno.

Pero no puedo dejar de pensar en los años en habitaciones solitarias, cuando las únicas personas que llamaban a mi puerta eran las caseras pidiendo el alquiler atrasado, o el F.B.I. Yo vivía con ratas y ratones y vino, y mi sangre se derramaba por las paredes en un mundo que no podía entender ni todavía puedo. Más que vivir, me moría de hambre; corría enloquecido entre mis propios pensamientos y me escondía. Cerraba todas las persianas y miraba fijamente al techo. Cuando salía, era para irme a algún bar, donde mendigaba algún trago, hacía recados y era golpeado en callejones por hombres seguros y bien alimentados. Bueno, gané algunas peleas, pero sólo porque estaba frenético. Pasé años sin mujeres, vivía de mantequilla de cacahuete y robaba pan y patatas cocidas. Era el imbécil, el bobo, el idiota. Quería escribir, pero la máquina estaba siempre jodida. Me rendía y bebía...

El avión despegó y la cámara seguía filmando. Mi novia y yo hablábamos. Llegaron las bebidas. Yo tenía la poesía, y una magnífica mujer. La vida estaba recuperándose. Pero las trampas, Chinaski, ten cuidado con las trampas. Luchaste por largo tiempo para poder tumbar al mundo del modo que deseabas. No dejes que una pequeña adulación o una cámara de cine te saquen de tu posición. Recuerda lo que dijo Jeffers: incluso los hombres más fuertes pueden caer atrapados, como Dios cuando pasó por la tierra.

Bueno, tú no eres Dios, Chinaski, relájate y toma otro trago. ¿Deberías quizá decir algo profundo para el técnico de sonido? No, déjale sudar. Déjales sudar a todos. Es su jodida película. Trata de adivinar el tamaño de las nubes. Estás volando con ejecutivos de I.B.M., de Texaco, de...

Estás volando con el enemigo.

Al bajar del avión, en la escalerilla, un hombre me pregunta:

—¿Qué ocurre con todas esas cámaras? ¿Qué es lo que pasa?

—Soy un poeta —le digo.

—¿Un poeta? —pregunta él—. ¿Cómo se llama usted?

—García Lorca —digo...

Bien, North Beach es diferente. Son jóvenes y llevan pantalones vaqueros y andan dando vueltas por ahí. Estoy viejo. ¿Dónde están los jóvenes de hace 20 años? ¿Dónde está Joe el tarambana? Todo eso. Bueno, estuve en San Francisco hace 30 años y evité pasar por North Beach. Ahora estoy paseando por ella. Veo mi cara en carteles por todas partes. Ten cuidado, viejo, la chupada ha comenzado. Quieren sacarte la sangre.

Mi novia y yo paseamos con Marionetti. Muy bien, aquí estamos, paseando con Marionetti. Es agradable estar con Marionetti, tiene unos ojos amables y las jovencitas le paran por la calle y hablan con él. Ahora, pienso, me podría quedar en San Francisco... pero

no. Lo mejor es volver a L. A. con la ametralladora montada en la ventana delantera. Puede que atraparan a Dios, pero Chinaski va prevenido por el diablo. No les será fácil...

Marionetti se va y ahí hay un café beatnik. Nunca he estado en un café beatnik. Ahora estoy en un café beatnik. Mi chica y yo pedimos del mejor —60 centavos la taza—. Gran rato. No vale los sesenta centavos. Los chicos se sientan a las mesas, mirando fijamente sus cafés y esperando a que ocurra. No va a ocurrir.

Cruzamos la calle hacia un café italiano. Marionetti está de vuelta con el tío del *S.F. Chronicle* que dijo en su columna que yo era el mejor escritor de relatos que había aparecido desde Hemingway. Le dije que estaba equivocado; no sé cuál será el mejor desde que la palmó el Hemingway, pero no es Henry Chinaski. Soy demasiado descuidado. No pongo suficiente esfuerzo. Estoy cansado.

Llega el vino. Mal vino. La señora trae sopa, ensalada y una fuente de raviolis. Otra botella de vino malo. Estamos demasiado llenos para comernos la monstruosa fuente. La conversación es floja. No tratamos de ser brillantes. Tal vez no podamos. Salimos fuera.

Camino detrás de ellos, subiendo la colina. Camino con mi hermosa novia. Empiezo a vomitar. Vino tinto malo. Ensalada. Sopa. Raviolis. Siempre vomito antes de dar una lectura. Es una buena señal. El borde está afilado. El cuchillo está en mi estómago mientras subo la colina.

Nos meten en una habitación, nos dejan algunas botellas de cerveza. Ojeo por encima mis poemas. Estoy aterrado. Vomito en el lavabo, vomito en el retrete, vomito sobre el suelo. Ya estoy listo.

El mayor lleno desde Yevtushenko... Salgo al escenario. Mierda caliente. Chinaski mierda caliente. Hay una neverita detrás mía llena de cervezas. La abro y saco una. Me siento y empiezo a leer. Han pagado 2 dólares por cabeza. Buena gente, ésta. Algunos me son hostiles desde el principio. Un tercio del público me odia, un tercio me adora, y el otro tercio no sabe qué coño hacer. Tengo algunos poemas que sé que van a aumentar el odio. Es bueno sentir hostilidad, mantiene la cabeza despejada,

—¿Quiere levantarse Laura Day, por favor? ¿Quiere mi amor ponerse de pie?

Ella lo hace, agitando los brazos. Alguna gente aplaude.

Comienzo a interesarme más en la cerveza que en la poesía. Hablo entre los poemas, palabras secas y banales, mediocres. Soy H. Bogart. Soy Hemingway. Soy mierda caliente.

—¡Lee los poemas, Chinaski! —gritan ellos.

Tienen razón, claro. Trato de dedicarme de lleno a los poemas. Pero me paso gran parte del tiempo abriendo la puerta de la nevera. Hace el trabajo más fácil, y ellos han pagado ya. Me han dicho que una vez John Cage salió al escenario, se comió una manzana, se fue, y ganó mil dólares. Supuse que a mí todavía me faltaban unas cuantas cervezas.

Bueno, acabó. Vinieron a mi alrededor. Autógrafos. Habían venido desde Oregon, L. A., Washington. Había también jovencitas hermosas y encantadoras. Esto es lo que mató a Dylan Thomas.

Vuelvo a subir las escaleras hacia nuestra habitación, bebiendo cerveza y hablando con Laura y Joe Krysiak. La gente golpea la puerta allá abajo. «¡Chinaski! ¡Chinaski!» Joe baja a contenerlos. Soy una estrella rock. Finalmente bajo y dejo entrar a unos cuantos. Conozco a algunos de ellos. Poetas muertos de hambre. Editores de pequeñas revistas. Se cuelan unos que no conozco. Está bien, está bien.

—¡Cerrad la puerta!

Bebemos. Bebemos. Bebemos. Es sólo otra fangosa borrachera de cerveza. Entonces el editor de una pequeña revista empieza a pegarse con un crítico. No me gusta. Trato de separarlos. Una ventana se rompe. Los echo por las escaleras. Echo a todo el mundo por las escaleras, excepto a Laura. La fiesta ha terminado. Bueno, no del todo. Laura y yo estamos

en ella. Mi amor y yo estamos dentro. Ella está cabreada, tengo una tormenta que capear. Me grita. Por nada, como siempre. Le digo que se vaya al infierno. Lo hace.

Me despierto horas más tarde y ella está de pie en medio de la habitación. Me levanto de la cama y me dispongo a besarla. Se me echa encima.

—¡Te mataré, hijo de puta!

Estoy bebido. Ella está encima mía en el suelo de la cocina. Mi cara está sangrando. Me muerde y me hace un agujero en el brazo. No quiero morir. ¡No quiero morir! ¡Que la pasión sea condenada! Corro dentro de la cocina y me vierto media botella de yodo sobre el brazo. Ella está echando fuera de su maleta mis calzoncillos y camisas, cogiendo su billete de avión. Otra vez se va por su camino. Hemos acabado para siempre otra vez. Vuelvo a la cama y escucho sus tacones bajando la colina.

En el avión de regreso la cámara está funcionando. Estos tíos del canal 15 quieren sacar mi vida hasta las tripas. Zooms hacia el agujero de mi brazo. Tengo dos profundos arañazos en la mano. Y por toda la cara.

—Caballeros —digo—. No hay manera de hacer nada con las mujeres. No hay forma.

Todos mueven la cabeza en señal de asentimiento. El técnico de sonido asiente, el cámara asiente, el productor asiente. Algunos de los pasajeros asienten. Yo bebo duro todo el viaje, saboreando mi pena, como se dice. ¿Qué puede hacer un poeta sin dolor? Lo necesita tanto como a la máquina de escribir.

Por supuesto, al llegar me paro en el bar del aeropuerto. Lo hubiera hecho de cualquier modo. La cámara me sigue. Los tíos del bar miran, cogen sus bebidas y hablan de lo imposible que es hacer nada con las mujeres.

Mis honorarios por la lectura son de 400 dólares.

—¿Para qué está esa cámara? —me pregunta el tío de al lado.

—Soy un poeta —le digo.

—¿Un poeta? —pregunta él—. ¿Cómo te llamas?

—Dylan Thomas —contesto.

Cojo mi bebida, la vacío de un trago y miro fijamente al frente. Estoy en mi camino.

Sin cuello y malo como el demonio

Yo estaba con ardor de estómago y ella andaba fotografiándose sudando y muriéndome en el área de espera, y mirando a una chica rolliza con un corto vestido púrpura y tacones altos disparar a una fila de patos de plástico con una escopetita. Le dije a Vicki que volvía en un momento y me fui a pedirle a la señorita del mostrador un vaso de papel con un poco de agua. Me lo dio y yo eché dentro mis Alka-Seltzers. Me volví a sentar y seguí sudando.

Vicki estaba feliz. Salíamos de la ciudad. Me gustaba que Vicki estuviese feliz. Se merecía la felicidad. Me levanté y fui al lavabo a cagar. Cuando salí estaban llamando a los pasajeros. No era un hidroavión muy grande. Dos hélices. Llegamos los últimos. Sólo había seis o siete asientos. Estaban todos ocupados.

Vicki se sentó en el asiento del copiloto y a mí me hicieron un asiento al lado de la puerta. ¡Allí íbamos! LIBERTAD. Mi cinturón de seguridad no funcionaba.

Había un tío japonés mirándome.

—Mi cinturón de seguridad no funciona —le dije. El me contestó gesticulando sonriente, feliz.

—Chupa mierda, querido —le dije. Vicki miraba continuamente hacia atrás y sonreía. Era feliz, un niño con un dulce, un hidroavión de hace 35 años.

Pasaron 12 minutos y amerizamos. No me había mareado. Salí.

Vicki me lo contó todo sobre el bicho. El avión fue construido en 1940. Tenía agujeros en el suelo. Manejaban el timón con una palanca que había en el techo:

—Estoy asustada, le dije, y él me contestó: Yo también estoy asustado. ¡Y era el capitán! Uf, qué emoción, querido.

Yo asentía silencioso a sus explicaciones.

Dependía de Vicki para toda mi información. Yo no era muy bueno para hablar con la gente. Bueno, nos metimos en un autobús, sudando, bromeando y mirándonos el vino al otro. Desde la terminal del autobús al hotel había dos manzanas, y Vicki me suministró información:

—Hay un sitio para comer, y una tienda de licores para ti, hay un bar, y otro sitio para comer, y otra tienda de licores...

La habitación no estaba mal, con vistas al mar. La televisión funcionaba de un modo vago y titubeante; me tumbé en la cama y traté de verla mientras Vicki abría el equipaje.

—¡Oh, me encanta este sitio! —dijo— ¿y a ti?

—Sí.

Me levanté, bajé a la calle, la crucé y compré hielo y cervezas. De vuelta metí el hielo en el lavabo y las cervezas hundidas en él. Me bebí 12 botellas de cerveza, tuve una pequeña discusión sobre algo con Vicki después de la décima botella, me bebí las otras dos y me fui a dormir.

Cuando me desperté, Vicki había comprado una neverita portátil y estaba dibujando en la cubierta. Vicki era una niña, una romántica, pero yo la amaba por eso. Tenía tantos demonios siniestros dentro de sí que no podía menos que agradecer su manera de ser.

«Julio 1972. Avalon Catalena» escribió en la neverita. No sabía cómo se escribía. Bueno, ninguno de los dos sabíamos.

Entonces me dibujó a mí, y abajo puso: «Sin cuello y malo como el demonio».

Luego dibujó una señora, y abajo: «Henry aprecia un buen culo cuando lo ve».

Y en un círculo: «Sólo Dios sabe lo que hace con su nariz».

Y: «Chinaski tiene unas piernas espléndidas».

También dibujó una variedad de aves y soles y estrellas y palmeras, y el océano.

—¿Eres capaz de bajar a desayunar? —me preguntó. Bueno, nunca había sido llevado a la ruina por ninguna de mis anteriores mujeres. Pero a mí me gustaba arruinarme; creo que merecía que me arruinara por una mujer. Bajamos y encontramos un sitio agradable y razonable donde podías comer en una mesa en medio de la calle. Mientras desayunábamos me preguntó:

—¿De verdad ganaste el premio Pulitzer?

—¿Qué premio Pulitzer?

—Me dijiste anoche que habías ganado el premio Pulitzer. 500.000 dólares. Dijiste que te lo habían notificado con un telegrama púrpura.

—¿Un telegrama púrpura?

—Sí, dijiste que habías vencido a Norman Mailer, Kenneth Koch, Diane Wakoski y Robert Creeley.

Acabamos el desayuno y comenzamos a andar. El lugar entero no ocupaba más de cinco o seis manzanas. Todo el mundo tenía diecisiete años. Se sentaban indiferentes y esperaban. No todo el mundo. Había unos pocos turistas, viejos, con una ciega determinación a pasarlo bien. Se paraban frenéticos en los escaparates, caminaban, pateando el pavimento, despidiendo sus rayos: Tengo dinero, tenemos dinero, tenemos más dinero que tú, somos mejores que tú, nada nos preocupa; todo es una mierda, pero nosotros no somos una mierda y lo sabemos todo, míranos.

Con sus camisas rosas y sus camisas verdes y sus camisas azules, y sus cuerpos blanquecinos putrefactos de cabezas cuadradas, y calzones de rayas, ojos sin ojos y bocas sin bocas, caminaban por allí, muy coloridos, como si el color pudiera despertar a la muerte y convertirla en vida. Eran un carnaval de la decadencia americana en desfile, y no tenían la menor idea de las atrocidades que cometían consigo mismos.

Dejé a Vicki, subí a la habitación, me senté delante de la máquina de escribir, y miré por la ventana. No había esperanza. Toda mi vida había querido ser un escritor y ahora tenía mi oportunidad y no se me ocurría nada. No había corridas de toros ni combates de boxeo, ni jóvenes *señoritas*. Ni siquiera había un conocimiento profundo de nada. Estaba jodido. No pude conseguir la palabra y me tiraron a una esquina. Bueno, todo lo que podía hacer era morirme. Pero siempre me lo había imaginado distinto. Quiero decir, el escribir. Quizás fuera la película de Leslie Howard. O leer la biografía de Hemingway o D. H. Lawrence. O Jeffers. Podías empezar a escribir de mil maneras diferentes. Y entonces escribías un poco. Y conocías a algunos escritores. Los buenos y los malos. Y todos tenían almas mecánicas. Te dabas cuenta en cuanto te metías en alguna habitación con ellos. Sólo había un gran escritor cada 500 años, y tú no eras él, y ellos ciertamente tampoco. Estábamos jodidos.

Puse la televisión y vi a un saco de doctores y enfermeras vomitarse sus problemas amorosos. Nunca se tocaban. No importaba que estuviesen en problemas. Todo lo que hacían era hablar, discutir, romper los cojones, escudriñar. Me puse a dormir.

Vicki me despertó:

—Oh —dijo—. ¡Me ha ocurrido la cosa más maravillosa!

—¿Sí?

—Vi a este hombre en una barca y le dije: ¿Adonde va?, y él dijo: Soy una barca taxi, llevo a la gente de la playa a sus canoas. Y yo le dije: De acuerdo, y sólo me costó cincuenta centavos y monté con él durante horas enteras mientras llevaba a la gente hasta sus barcos. Fue maravilloso.

—Yo vi a algunos doctores y enfermeras —le dije— y me ha entrado una depresión.

—Navegamos durante horas enteras —dijo Vicki—. Le dejé que se pusiera mi sombrero y me esperó cuando bajé a comprar un sandwich de pescado. Anoche se despellejó la pierna al caerse de la moto.

—Aquí suenan las campanas cada quince minutos. Es odioso.

—Subí a mirar todos los barcos. Y a bordo estaban todos los viejos borrachos. Y algunos tenían con ellos mujeres jóvenes vestidas con botas altas. Otros tenían hombres jóvenes. Eran verdaderos viejos borrachos y lujuriosos.

Si yo tuviera tan sólo la habilidad de Vicki para conseguir información, pensé, si pudiera escribir algo de verdad. Yo: tenía que quedarme allí sentado esperando a que me viniera la inspiración. Podía manipularla y darle forma una vez llegada, pero era incapaz de ir a buscarla. Todo lo que podía escribir era sobre borracheras de cerveza, ir al hipódromo, o escuchar música sinfónica. No es que sea una vida especialmente disminuida, pero es jodido. ¿Cómo puedo estar tan limitado? Yo antes tenía cojones para hacer cosas. ¿Qué les pasó a mis cojones? ¿Se vuelven los hombres de verdad viejos?

—Cuando bajé de la barca, vi un pájaro y hablé con él. ¿Te importa si compro el pájaro?

—No, no me importa. ¿Dónde está?

—Sólo unas calles más abajo. ¿Podemos ir a verlo?

—¿Por qué no?

Me puse algo de ropa y bajamos. Y allí estaba ese estallido verde con una pequeña mancha roja derramada por encima. No era gran cosa, ni siquiera para un pájaro. Pero por lo menos no se cagaba cada tres minutos como todos los demás, y eso estaba bien.

—No tiene cuello. Es igual que tú. Por eso lo quiero. Es un pájaro adorable con cara de pera.

Volvíamos con el pájaro-cara-de-pera en una jaula. Lo pusimos en la mesa y lo llamamos «Avalon». Vicki se sentó y habló con él.

—Avalon, hola Avalon... Avalon, Avalon, hola Avalon... Avalon, oh, Avalon...

Encendí la televisión.

El bar estaba bien. Me senté con Vicki y le dije que iba a destrozarlo. Yo solía destrozar bares en mis viejos tiempos, ahora sólo hablaba de hacerlo.

Había una banda de música. Me levanté y bailé. Era fácil el baile moderno. Sólo tenía que agitar los brazos y las piernas en cualquier dirección, y mantener el cuello tieso, o moverlo como un hijo de perra y entonces ellos pensaban que eras grande. Podías engañar a la gente. Yo bailaba y me preocupaba por mi máquina de escribir.

Me senté con Vicki y pedí algunas copas más. Agarré la cabeza de Vicki y se la enseñé al barman.

—¡Mira, hombre, ella es hermosa! ¿Acaso no es hermosa?

Entonces Ernie Hemingway se acercó con su barba de rata blanca.

—Ernie —dije—. Creí que te habías volado los sesos.

Hemingway se rió.

—¿Qué estabas bebiendo? —le pregunté.

—Estoy invitando —dijo él.

Ernie nos invitó, pagó nuestras bebidas y se sentó. Parecía más delgado.

—Hice la crítica de tu último libro —le dije—. Le hice una crítica adversa. Lo siento.

—No pasa nada —dijo Ernie—. ¿Te gusta la isla?

—Es para ellos —le dije.

—¿Qué quieres decir?

—El público es afortunado. Todo les gusta: helados, conciertos de rock, cantar, bambolearse, el amor, el odio, la masturbación, los perros calientes, bailes típicos, Jesucristo, el patinaje, el espiritualismo, capitalismo, comunismo, circuncisión, tebeos, Bob Hope, esquiar, pescar matar jugar a los bolos hacer debates, cualquier cosa. No esperan mucho y no consiguen mucho. Son una gran pandilla.

—Eso es todo un discurso.

—Eso es todo un público.

—Hablas como un personaje sacado del primer Huxley.

—Creo que te equivocas. Yo soy un desesperado.

—Pero —dijo Hemingway— los hombres se hacen intelectuales para no ser unos desesperados.

—Los hombres se hacen intelectuales porque son cobardes, no desesperados.

—Y la diferencia entre cobarde y desesperado es...

—¡Bingo! —contesté—. ¡Un intelectual! ...mi copa...

Un poco más tarde le hablé a Hemingway de mi telegrama púrpura y entonces Vicki y yo nos fuimos y volvimos con nuestro pájaro y nuestra cama.

—No puedo hacer nada —dije—, mi estómago está despellejado y jodido, y contiene nueve décimas partes de mi alma.

—Prueba esto —dijo Vicki, y me alcanzó el vaso de agua con Alka-Seltzer.

—Vete a dar una vuelta por ahí —dije—. Yo hoy no puedo moverme.

Vicki se fue a dar una vuelta y volvió dos o tres veces a ver si yo estaba bien. Yo estaba bien. Bajé, comí y volví con una docena de cervezas y me encontré con una vieja película en la televisión, con Henry Fonda, Tyrone Power y Randolph Scott. 1939. Estaban todos tan jóvenes. Era increíble. Yo tenía diecisiete años entonces. Pero, por supuesto, me había mantenido mucho mejor que ellos. Estaba vivo.

Jesse James. La interpretación era mala, muy mala. Vicki volvió y me contó miles de cosas fascinantes y entonces se metió en la cama conmigo y vimos *Jesse James*. Cuando Bob Ford estaba a punto de disparar a Jesse (Ty Power) por la espalda, Vicki dejó escapar un grito y corrió a esconderse al cuarto de baño. Bob Ford acabó el asunto.

—Ya ha pasado todo —dije— ya puedes salir.

Eso fue lo más destacable del viaje a Catalina. No pasaron muchas más cosas. Antes de irnos, Vicki fue a la Cámara de Comercio y les dio las gracias por haberle hecho pasar unos días tan maravillosos. También le dio las gracias a la señora del bar Davey Jones y compró regalos para sus amigos Lita y Walter y Ava y su hijo Mike y algo para mí, y algo para Annie y algo para el señor y la señora Crotty, y algunos más que no recuerdo.

Subimos al barco con nuestra jaula y nuestro pájaro y nuestra neverita y nuestra maleta y nuestra máquina de escribir eléctrica. Encontré un hueco en la parte trasera del barco y nos sentamos allí. Vicki estaba triste porque se había -acabado todo. Me había encontrado con Hemingway en la calle y me había dado un estrechón de manos a la manera hippie, me había preguntado si yo era judío y si iba a volver, y yo le había dicho que no respecto a lo de judío y que no sabía si iba a volver, que dependía de la señora, y él había dicho, no quiero inmiscuirme en tus asuntos personales, y yo había dicho, Hemingway, de verdad que eres divertido, y el barco comenzó a doblar hacia la izquierda y brincó y bamboleó y un joven que parecía como si acabase de sufrir un tratamiento de electroterapia pasó entre los pasajeros repartiendo bolsas de papel para los vómitos. Pensé que quizás era mejor el hidroavión, eran sólo doce minutos y mucha menos gente. Y San Pedro iba apareciendo lentamente, civilización, civilización, humo y asesinatos, mucho más bonito, mucho más bonito, los locos y los borrachos son los últimos santos que quedan sobre la tierra. Nunca he montado a caballo o jugado a los bolos, ni he visto los Alpes, y Vicki me miraba con su sonrisa infantil, y pensé que ella era una mujer en verdad fascinante, bueno, ya era hora de tener un poco de suerte, estiré las piernas y miré al frente. Necesitaba cagar de nuevo. Decidí dejar la bebida.

De cómo aman los muertos

1

Era un hotel cercano a la cima de una colina, lo suficientemente empinada para ayudarte a bajar corriendo hasta la tienda de licores, y, de vuelta con la botella, una subida suficiente para hacer el esfuerzo más meritorio. El hotel había estado alguna vez pintado de verde brillante, llamaradas cálidas de verde, pero ahora, después de las lluvias, esas peculiares lluvias de Los Ángeles, que lo limpian y marchitan todo, el verde cálido estaba apagado y al borde de la desaparición —como la gente que vivía dentro—.

De cómo me había ido a vivir allí, o porqué había abandonado mi anterior domicilio, apenas me acuerdo. Probablemente por causa de la bebida y de que apenas trabajaba, y por las violentas discusiones a media mañana con las señoras de la calle. Y al decir las discusiones a media mañana no me refiero a las 10:30 de la mañana, me refiero a las 3:30. Generalmente, si no llamaban a la policía, todo acababa con una pequeña nota pasada por debajo de la puerta, siempre escrita a lápiz en papel cuadriculado: «*Estimado señor, vamos a tener que pedirle que se vaya de aquí tan pronto como sea posible*». Una vez la cosa pasó a media tarde. La discusión acabó. Recogimos los cristales rotos, metimos todas las botellas en sacos de papel, vaciamos los ceniceros, dormimos, nos despertamos, y yo estaba encima de ella actuando cuando oí una llave abriendo la puerta. Estaba tan sorprendido que me quedé con la polla bombeando dentro, sin parar el ritmo. Y allí estaba él, el casero bajito, de unos 45 años, sin pelo, excepto quizás en las orejas o las pelotas; se puso a mirarle a ella el culo, se acercó y apuntándole le dijo:

—¡Tú. Tú te vas DE AQUÍ HOY MISMO! —Yo paré de fornicar y me eché a un lado, mirándole de reojo. Entonces él me apuntó:

—¡Y usted TAMBIÉN SE VA de aquí hoy mismo! —Se dio la vuelta y se fue hacia la puerta, la cerró despacio y bajó las escaleras. Yo comencé otra vez la marcha y nos pegamos una buena despedida.

De cualquier modo, yo estaba allí, en el hotel verde, el marchito hotel verde, y estaba allí con mi maleta llena de harapos, solo, pero con el dinero para el alquiler. Estaba sobrio, y conseguí una habitación exterior, que daba a la calle, en el tercer piso, con el teléfono en el pasillo, pero al lado de mi puerta, un infiernillo al lado de la ventana, un gran lavabo, una nevera pequeña pero buena, un par de sillas, una mesa, una cama y el baño en el recibidor del hotel. Y aunque el edificio era muy viejo, tenía incluso un ascensor —el hotel había tenido en otro tiempo una cierta categoría—. Y ahora yo estaba allí. La primera cosa que hice fue procurarme una botella, y después de unos tragos y de matar dos cucarachas, me sentí como en mi casa. Entonces salí al pasillo y traté de telefonear a una dama que con seguridad podría ayudarme, pero ella estaba fuera, evidentemente, ayudando a algún otro.

2

Hacia las tres de la mañana alguien llamó a la puerta. Me puse mi vieja bata de cuadritos y abrí la puerta. Allí estaba de pie una mujer en bata.

—¿Sí? —le dije—. ¿Sí?

—Soy su vecina. Soy Mitzi. Vivo en el piso de abajo. Le vi esta tarde en el teléfono.

—¿Sí? —dije yo.

Entonces ella sacó algo de detrás de su espalda y me lo enseñó. Era una botella de buen whisky.

—Entra —dije.

Limpié dos vasos y abrí la botella. ¿Seco o mezclado?

—Con dos tercios de agua.

Había un pequeño espejo encima del lavabo y ella se puso delante de él, enrollándose el pelo con rulos. Yo le alcancé su vaso y me senté en la cama.

—Te vi esta tarde al teléfono. Sólo con verte me di cuenta de que eras un tipo simpático. Yo en seguida conozco a las personas. Algunos de ellos no son tan simpáticos.

—Suelen decir que soy un bastardo.

—No creo que sea cierto.

—Yo tampoco.

Acabé mi bebida. Ella bebía a pequeños sorbos, así que me preparé otro trago. Charloteamos. Me tomé un tercer vaso. Entonces me levanté y me puse detrás de ella. Le puse las manos en las tetas.

—¡OOOOOOH! ¡Chico *tonto*!

Empecé a murmurar en su oído.

—¡Ooouch! ¡SI que eres un bastardo!

Tenía un rulo en una mano. La agarré de la cabeza entre perifollos y besé su boquita ajada. Estaba blanda y abierta. Ella estaba lista. Puse el vaso en su mano, la llevé a la cama, la senté. «Bebe» le dije. Ella lo hizo. Se lo llené de nuevo. Yo no llevaba nada debajo de mi bata. La bata se abrió y la cosa salió afuera, tiesa. Dios, pensé, soy asqueroso. Soy un payaso. Como en una película. Una de las películas familiares del futuro. 2490 D.C. Adrenalina, escarabajos. Era difícil no empezar a reírme de mí mismo, estar ahí colgado de ese nido de horquillas como si nada. Lo único que quería era el whisky. Quería un castillo en las colinas. Un baño de vapor. Nada más que esto. Nos sentamos los dos con nuestras bebidas. La besé otra vez, sumergiendo mi lengua podrida de tabaco por su garganta. Me aparté para tomar aire. Abrí su bata y allí estaban sus tetas. No gran cosa, poca cosa. Bajé mi boca y agarré una. Se hundía y resurgía como un balón a medio hinchar. Yo hice estómago y me puse a chupar el pezón mientras ella me cogía la verga con la mano y doblaba la grupa. Nos caímos de espaldas en la cama barata, y allí, con las batas puestas, la tomé.

3

Su nombre era Lou, era ex-presidiario y ex-minero. Vivía en la planta baja del hotel. Su último trabajo había consistido en restregar manchas de caramelo quemado en una fábrica de dulces, y lo había perdido —como todos los anteriores— por culpa de la bebida. El seguro de desempleo se gastaba, y allí nos quedábamos como ratas —ratas sin ningún lugar donde esconderse, ratas con un alquiler que pagar, con vientres que tenían hambre, con pollas que se ponían duras, espíritus que estaban cansados, y nada de educación, ni ocupación alguna—. Mierda pura, como ellos dicen, esto es América. No queríamos nada y no conseguíamos nada. Mierda dura.

Conocí a Lou mientras bebíamos sentados sobre la cama, con la gente entrando y saliendo, de un lado a otro, bebiendo. Mi habitación era el lugar de la fiesta. Vino todo el mundo. Había un indio, Dick, que robaba botellas de whisky y las almacenaba en su armario. Decía que eso le daba una sensación de seguridad. Cuando no podíamos conseguir una botella en ninguna parte, siempre teníamos al indio como último recurso.

Yo no era muy bueno para robar botellas, pero había aprendido un truco de Alabam, un tío flaco y bigotudo que había trabajado conmigo de ordenanza en un hospital. Metes la carne y otros productos de valor en un gran saco y lo cubres con patatas. El tendero lo pesa y te lo cobra a precio de patatas. Pero yo era más hábil en conseguir crédito de Dick. Había muchos Dicks en el vecindario, y el encargado de la tienda de licores también se llamaba Dick. Pasábamos la tarde sentados y la bebida se acababa. Mi primera medida era mandar alguien a la tienda de licores.

—Me llamo Hank —le decía al tío—. Dile a Dick que yo te mando, que te dé una botella, y si hay alguna duda que me llame por teléfono.

—Vale, vale —el tío se iba. Nosotros esperábamos, saboreando ya la bebida, fumando, dando vueltas y volviéndonos locos. Entonces el tío volvía:

—Dick dijo que ¡No! Dijo que tu crédito ya está agotado.

—¡MIERDA! —gritaba yo.

Y con los ojos inyectados en ira me levantaba en un estado de indignación bíblica.

—¡MALDITA MIERDA, ESE HIJO DE MALA MADRE!

Yo estaba furioso de verdad, era un cabreo honesto, no sé de dónde provendría. Cerraba de un portazo, cogía el ascensor, y bajaba la colina como un ángel vengador sediento.

—¡Le voy a... Sucia madre, esa sucia madre!... —Irrumpía en la tienda.

—Está bien, Dick.

—Hola Hank.

—¡Quiero DOS BOTELLAS! —(y nombraba una marca muy buena)— dos paquetes de cigarrillos, un par de esos puros, y déjame ver... un bote de esos de cacahuets, sí.

Dick ponía el material delante mío en el mostrador y se quedaba allí quieto.

—Bueno ¿me vas a pagar?

—Dick, quiero que lo pongas en mi cuenta.

—Mira, ya me debes 23,50 dólares. Antes me pagabas. Me pagabas un poco cada semana, recuerdo que era todos los viernes por la noche. No me has pagado nada desde hace tres semanas. Tú no eres como todos esos parias. Tienes clase. Yo confío en ti. ¿No puedes pagarme la mitad ahora y luego el resto?

—Mira, Dick, no estoy para discusiones. ¿Vas a meterme esto en una bolsa o te lo vas a GUARDAR?

Entonces se lo ponía todo delante de él y esperaba, chupando mi cigarrillo como si fuese el dueño del mundo. Un enano en calzoncillos, eso es lo que yo era. No tenía más clase que un saltamontes. Sólo sentía miedo de que él tuviese la sensatez de volver a guardar las botellas y me dijera que me fuese a .la mierda. Pero su cara siempre se ablandaba y metía la mercancía en una bolsa, entonces yo esperaba a que totalizase la nueva cuenta. Me la daba; yo asentía y me iba. Las bebidas siempre sabían mejor bajo estas circunstancias. Y cuando yo entraba con las botellas para los chicos y las chicas, era realmente el rey.

Estaba sentado una noche con Lou en su habitación. El llevaba una semana de retraso en el pago del alquiler y yo dos. Estábamos bebiendo vino de oporto. Liando nuestros cigarrillos. Lou tenía una maquinita que los dejaba muy bien hechos. La cosa era mantener cuatro paredes a tu alrededor. Si tenías cuatro paredes, tenías una oportunidad. En cuanto estuvieses en la calle, las oportunidades se irían al carajo, ellos te tendrían, te tendrían bien cogido. ¿Para qué robar algo si no lo puedes cocinar? ¿Cómo te vas a follar a alguien si estás viviendo en un callejón? ¿Cómo vas a dormir si todo el mundo ronca en el albergue de la Misión? ¿Y se rompen tus zapatos? ¿Y huelen? ¿Y es insano? Ni siquiera puedes mear sin mojarte, ver sin tener que cerrar los ojos o morirte sin sufrir. Necesitas cuatro paredes. Dadle a un hombre cuatro paredes y moverá el mundo. Así que estábamos un poco preocupados. Cualquier paso en la escalera parecía el de la casera. Era una casera muy misteriosa. Una joven rubia con la que nadie había podido follar. Yo me había mostrado frío con ella pensando que así se sentiría atraída. Ella vino y llamó a mi puerta, pero sólo para cobrar el alquiler. Tenía un marido en alguna parte, pero nunca lo habíamos visto. Vivían allí y no vivían. Y nosotros ahora sólo pensábamos en ella. Suponíamos que si nos cepillábamos a la casera, nuestros problemas se acabarían. Era uno de esos edificios donde te acostabas con todas las mujeres por sistema, casi por obligación. Pero con ésta no había podido hacer nada, y eso me hacía sentir inseguro. Así que nos quedábamos allí sentados, fumando nuestros cigarrillos liados y bebiendo oporto, mientras veíamos cómo las cuatro paredes se iban disolviendo, derrumbando. En casos como éste, lo mejor es hablar. Hablas de un modo salvaje, bebes tu vino. Éramos cobardes porque queríamos vivir. No queríamos vivir demasiado mal, pero queríamos vivir de todos modos.

—Bueno —dijo Lou— creo que ya lo tengo.

—¿Sí?

—Sí.

Me serví otro vaso.

—Trabajaremos juntos.

—Claro.

—Muy bien. Tú hablas bien, cuentas muchas historias interesantes, no importa que sean o no verdaderas.

—Son verdaderas.

—Quiero decir que da igual. Tienes un buen pico. Ahora te voy a decir lo que haremos. Hay un bar de lujo bajando la calle, ya lo conoces, el Molino's. Vas allí. Todo lo que necesitas es algo de dinero para la primera copa. Lo juntaremos entre los dos. Te sientas, coges tu bebida y buscas a algún tío que parezca tener pasta. Por ahí van algunos peces gordos. Tú eliges al tipo y te acercas. Te sientas a su lado y te enrollas con él, sacas la labia y tus historias. A él le gustará. Tú tienes incluso un gran vocabulario. Siempre culto y amable. Muy bien, él te invitará a copas toda la noche, él beberá toda la noche. Tú harás que beba mucho. Cuando cierren, lo llevas hacia la calle Alvarado, lo llevas hacia el oeste pasado el callejón. Dile que le vas a conseguir un bonito coño de jovencita, cuéntale cualquier cosa pero llévalo hacia el oeste. Yo estaré esperando en el callejón con esto.

Lou se fue detrás de la puerta y volvió con un bate de béisbol, un inmenso bate de béisbol, creo que de más de 42 onzas.

—¡Cristo, Lou, lo vas a matar!

—No, no, es imposible matar a un borracho, ya lo sabes. Quizás si él estuviese sobrio, lo matara, pero borracho sólo perderá el sentido. Le cogemos la cartera y nos largamos por caminos diferentes.

—Escucha, Lou, yo soy un buen hombre, yo no hago esas cosas.

—Tú no eres un buen hombre; eres el hijo de puta más salvaje que he visto en mi vida. Por eso me gustas.

4

Encontré a uno. Un gordo sonriente. Me había pasado toda mi vida pisoteado por gordos estúpidos como él. En trabajos duros y estúpidos, indignos y mal pagados. Iba a ser bonito. Empecé a hablar. No sabía de qué estaba hablando. El escuchaba y se reía y asentía agitando la cabeza y pedía bebidas. Tenía un reloj de pulsera, una mano repleta de anillos y una cartera llena y estúpida. Era un trabajo jodido. Le conté historias sobre prisiones, bandas de vagabundos, casas de putas. A él le gustaba el material sobre casas de putas.

Le conté aquella del tío que pasaba cada dos semanas y pagaba muy bien. Todo lo que quería era una puta con él en una habitación. Los dos se quitaban la ropa, jugaban a las cartas y hablaban. Sólo se sentaban allí y hablaban. Luego, dos horas más tarde aproximadamente, él se levantaba, se vestía, decía adiós y se iba. Nunca tocaba a la puta.

—Es la hostia —dijo él.

—Sí.

Decidí que no me iba a importar nada que el bate gigante de Lou hiciera un buen chichón en ese cráneo obeso. Vaya un gilipollas. Vaya una masa de mierda inútil.

—¿Te gustan las chicas jovencitas? —le pregunté.

—Oh, sí, sí, sí.

—¿De unos catorce años y medio?

—Oh, cristo, sí.

—Hay una que viene hoy de Chicago en el tren de la 1:30 de la mañana. Estará en mi casa hacia las dos y media. Es limpia, cálida e inteligente. Bueno, te estoy ofreciendo algo fuera de lo normal, así que te pido diez billetes. ¿Es muy alto?

—No, está bien.

—De acuerdo, cuando cierren este sitio, te vienes conmigo.

A las dos de la madrugada salimos por fin, y yo lo alejé de allí, llevándole hacia el callejón. Quizás Lou no estuviese. Quizás el vino le había tumbado, o simplemente se había rajado, o había vuelto a casa. Un viento como ése podía matar a un hombre. O dejarle impedido para toda la vida. Caminábamos bajo la luz de la luna. No había nadie por los alrededores, nadie en las calles. Iba a ser fácil.

Nos metimos por el callejón. Lou estaba allí. Pero el gordo le vio. Levantó un brazo y bajó la cabeza cuando Lou golpeó. El mazo me dio a mí de lleno detrás de la oreja.

5

Lou recuperó su antiguo trabajo, el que había perdido por emborracharse, y ahora juraba que sólo iba a beber los fines de semana.

—De acuerdo, amigo —le dije— mantente lejos de mí, yo estoy bebido y bebiendo todo el tiempo.

—Ya lo sé, Hank, y me gustas, me gustas más que cualquier otro hombre que haya conocido, sólo que tengo que dejar la bebida para los fines de semana, es necesario, sólo los viernes y sábados por la noche y nada los domingos. Yo seguía aún bebiendo los lunes por la mañana y eso me costó el empleo. Me voy a apartar de la bebida, pero quiero que sepas que esto no tiene nada que ver contigo.

—Sólo que yo soy un borracho desesperado.

—Sí, bueno, pero yo estoy decidido.

—Está bien, Lou, pero no vengas a llamar a mi puerta hasta el viernes por la noche. Puede que oigas cantar y reír a bellas jovencitas de diecisiete años, pero no vengas a llamar a mi puerta.

—Tío, tú no jodes otra cosa que sacos.

—Pero parecen diecisieteañeros por el ojo de la cerradura.

Comenzó a explicarme la naturaleza de su trabajo, algo acerca de la limpieza del interior de las máquinas de dulces. Era un trabajo sucio y jodido. El dueño sólo empleaba a ex-presidarios a los que sacaba el culo haciéndoles trabajar hasta la muerte. Explotaba a estos desgraciados de un modo brutal durante todo el día y ellos no podían hacer nada. Les rebajaba la paga y ellos no podían hacer nada. Si se quejaban estaban perdidos. Muchos de ellos estaban comprometidos con él bajo juramento. El cabronazo los tenía agarrados por los cojones.

—Suenas como un tío que necesita ser asesinado —le dije a Lou.

—Bueno, a mí me gusta, dice que soy el mejor obrero que ha tenido nunca, pero que tengo que alejarme del vino; él necesita de alguien en quien pueda confiar. Una vez me llevó a su casa y todo, para pintarle algunas cosas, le pinté el cuarto de baño, hice un trabajo muy bueno, también. Tiene una casa en las colinas, una casa enorme, y tendrías que ver a su esposa. Nunca pensé que pudiese haber mujeres así, tan hermosas, sus ojos, sus piernas, su cuerpo, su manera de andar, de hablar, es la hostia.

6

Bueno, Lou cumplió su palabra. No le vi durante algún tiempo, ni siquiera los fines de semana, y mientras tanto yo me estaba sumergiendo en una especie de infierno personal. Estaba muy nervioso, con los nervios rotos —un pequeño ruido imprevisto me hacía brincar fuera de mi piel—. Tenía miedo de ir a dormir: pesadilla tras pesadilla sacudían mi alma, cada una más terrible que la precedente. No pasaba nada si te ibas a dormir totalmente borracho, eso estaba bien, pero si te ibas a dormir medio borracho, o aún peor, sobrio, entonces los

sueños comenzaban a atormentarte, y nunca estabas seguro de cuándo estabas durmiendo y cuándo la acción era real y en tu propia habitación; porque cuando dormías, soñabas la habitación entera, los platos sucios, los ratones, las paredes doblándose, el par de bragas cagadas que alguna puta había dejado olvidadas en el suelo, el grifo goteante, la luna allí fuera como una bola encendida, coches llenos de hombres sobrios y bien alimentados, anuncios luminosos atravesando tu ventana, todo, todo, estabas en una especie de esquina oscura, oscura y oscura, sin ayuda, sin razón, la razón perdida y perdida, esquina oscura y sudorosa, la tiniebla extraviada, oscuridad e inmundicias, la realidad fétida, el hedor de todas las cosas: arañas, ojos, caseras, aceras, bares, edificios, hierba y no hierba, luz y no luz, sin jamás pertenecerte nada. Nunca aparecían elefantes rosas en mis pesadillas, pero sí montañas de hombrecillos sonrientes hirviendo y esgrimiendo trucos salvajes, o feroces hombres gigantes apareciendo como una tormenta brutal para estrangularte, o clavar sus dientes en tu garganta. O te quedabas tumbado de espaldas paralizado, sudando, con la mirada dilatada de terror, con esta cosa negra, hedionda y peluda de baba verde subiendo arrastrándose lentamente por tu cuerpo por tu cuerpo por tu cuerpo.

Y si no era eso, eran días enteros sentado en una silla, horas de miedo indecible, miedo abriéndose y desplegándose en tu interior como una flor gigantesca; no podías analizarlo, saber porqué aparecía, y eso lo empeoraba. Horas de estar sentado en una silla en medio de una habitación, de levantarse y dar vueltas bordeando las paredes. Cagando y meando con mayor esfuerzo, cosas sin sentido, peinarse o cepillarse los dientes —actos ridículos e insanos—. Caminar a través de un mar de fuego. O llenar con agua una copa para vino —parecía como si no tuvieras derecho a llenar de agua una copa de vino—. Decidí que estaba loco, inhábil, y esto me hacía sentirme sucio. Fui a la biblioteca y traté de encontrar libros que hablasen sobre la causa que hacía sentir a las personas lo que yo estaba sintiendo, pero no había ningún libro, o si lo había, no lo pude entender. Ir a la biblioteca no era tampoco muy bonito —todo el mundo parecía tan cómodo, los bibliotecarios, los lectores, todo el mundo menos yo—. Tenía problemas incluso para usar los urinarios de la biblioteca, los tíos que había allí, los desconocidos mirándome mear, todos parecían más fuertes que yo —despreocupados y seguros—. Yo salía corriendo y me ponía a andar por la calle, subiendo luego por la escalera azotada por el viento de un edificio de hormigón donde almacenaban miles de cáscaras de naranjas. Una pintada en el tejado de otro edificio decía JESÚS SALVA pero ni Jesús ni las cáscaras de naranjas me importaban un carajo mientras subía por esa escalera en medio del viento asesino, en ese polvoriento y desierto edificio de hormigón. Aquí es adonde yo pertenezco, pensaba siempre, al interior de esta tumba de cemento.

La idea del suicidio estaba siempre allí, fuerte, como miles de hormigas corriendo por la parte inferior de las muñecas. El suicidio era la única cosa positiva. Todo lo demás era negativo. Y allí estaba Lou, agradecido de poder limpiar interiores de máquinas de caramelos para seguir viviendo.

7

Por ese tiempo conocí a una dama en un bar, un poco mayor que yo, muy sensitiva. Sus piernas estaban muy bien todavía, tenía un extraordinario sentido del humor, y vestidos muy caros. Había sido la amante de un hombre rico. Nos fuimos a mi habitación y vivimos juntos. Ella era un magnífico pedazo de culo, pero tenía que estar bebiendo continuamente. Su nombre era Vicki. Follábamos y bebíamos vino, bebíamos vino y follábamos. Yo tenía una tarjeta de lector de la biblioteca y me iba allí todos los días. A ella no le había dicho nada de la cosa del suicidio. Mi vuelta a casa después de salir de la biblioteca era siempre un juego divertido. Yo abría la puerta y ella me miraba. —Pero ¿y los libros?

—Oye Vicki, no tienen ni un solo libro en toda la biblioteca. Yo entraba, sacaba la botella (o botellas) fuera de la bolsa y empezábamos.

Una vez, después de toda una semana de borrachera, decidí matarme. No le dije nada. Pensé en hacerlo cuando ella estuviese en un bar buscando a algún «vivo». No me gustaba que esos payasos gordos se la tirasen, pero luego me traía dinero y whisky y puros, y eso estaba bien. Me consolaba diciéndome que yo era el único al que amaba. Me llamaba «Mister Van Culofrito» por alguna razón que no puedo imaginar. Se emborrachaba y decía continuamente:

—¡Te crees que estás caliente, te crees Mister Van Culofrito! —y yo no pensaba en nada más que en cómo matarme. Un día estuve ya completamente decidido a hacerlo. Fue después de toda una semana de estar bebiendo sin descanso, oporto, habíamos comprado garrafas y las habíamos puesto en fila en el suelo, y detrás de ellas habíamos alineado botellas de litro, ocho o nueve, y detrás de éstas una fila de cuatro o cinco botellas pequeñas. La noche y el día se esfumaron. Todo era fornicar y hablar y beber, hablar y beber y fornicar. Violentas discusiones que terminaban haciéndonos el amor. Ella era una pequeña y dulce zorra jodiendo, apretándose y retorciéndose. Una mujer entre doscientas. Con el resto es sólo una especie de acto, una broma. Sin embargo, quizás por todo ello, la bebida y el hecho de que todos esos bueyes gordos y estúpidos se tiraran a Vicki, me puse muy enfermo y deprimido, pero ¿qué coño podía hacer?

Cuando el vino se acabó, la depresión, el miedo, la inutilidad de seguir, vinieron con más y más fuerza y supe que iba a hacerlo. La primera vez que ella salió de la habitación, todo acabó para mí. Era la hora. Cómo hacerlo, no lo sabía muy bien, pero había cientos de maneras. Teníamos una pequeña estufa de gas. El gas era atrayente. El gas es como una especie de beso. Deja el cuerpo entero. El vino se había acabado. Yo apenas podía andar. Ejércitos de miedo y sudor corrían de un lado a otro por mi cuerpo. Era muy sencillo. La mayor recompensa era el no tener que volver nunca a cruzarse con otro ser humano por la acera, verlos pasear en su obesidad, ver sus pequeños ojos de rata, sus caras rotas y crueles, sus gestos animales. Vaya un dulce sueño: no tener que volver a mirar nunca otro rostro humano.

—Voy a salir fuera a mirar algún periódico para ver qué día es hoy ¿Te parece bien?

—Claro —dijo ella— claro.

Salí de la habitación. Nadie en el recibidor. Ni un solo ser humano. Eran alrededor de las 10 de la noche. Bajé en el ascensor con olor a orina. Hacía falta una gran voluntad para meterse en ese ascensor. Salí a la calle. Bajé la colina. Cuando volviera, ella se habría ido. Se movía deprisa cuando el vino se acababa. Entonces yo podría hacerlo. Pero primero quería saber qué día era. Bajé la colina hasta el drugstore, en la puerta había un puesto de periódicos. Era viernes. Muy bien, viernes. Tan bueno como cualquier otro día. Eso quería decir algo. Entonces leí los titulares del periódico:

AL PRIMO DE MILTON BERLE* LE CAE UNA ROCA ENCIMA Y LE PEGA EN LA CABEZA

Me pareció no haber leído bien. Me acerqué más y lo leí con atención. Era lo mismo:

AL PRIMO DE MILTON BERLE LE CAE UNA ROCA ENCIMA Y LE PEGA EN LA CABEZA

Estaba escrito en grandes titulares negros, en la cabecera. De todas las cosas importantes que habían ocurrido en el mundo, ésta era su cabecera:

AL PRIMO DE MILTON BERLE LE CAE UNA ROCA ENCIMA Y LE PEGA EN LA CABEZA

Crucé la calle, me sentía mucho mejor, y entré en la tienda de licores. Compré dos botellas de oporto y un paquete de cigarrillos a crédito. Cuando volví a la habitación, Vicki estaba allí todavía.

—¿Qué día es? —preguntó.

—Viernes.

—Muy bien —dijo.

* Milton Berle es una inefable institución en el mundo del chiste americano (*N del T*)

Llené dos vasos de vino. Había un poco de hielo en la neverita de la pared. El hielo flotó destelleante.

—No quiero que te sientas desgraciado —dijo Vicki.

—Ya sé que no.

—Tómame antes un trago.

—Claro.

—Mientras estabas fuera, ha entrado una nota por debajo de la puerta.

—Ya.

Me tomé un trago, tosí, encendí un cigarrillo, me tomé otro trago, y entonces me entregó la nota. Era una cálida noche en Los Ángeles. Un viernes. Leí la nota:

Querido señor Chinaski: Tiene hasta el próximo miércoles para pagar su alquiler. Si no lo hace, se largará de aquí. Sé que lleva mujeres a su habitación. Y hace mucho ruido. Y ha roto una ventana. Usted paga por sus privilegios, o se supone que lo hace. Yo he sido muy amable con usted. Ahora le digo que pague antes del miércoles o le echaré de aquí. Los inquilinos están cansados de tanto ruido, de sus blasfemias y canciones día y noche, noche y día, y yo también estoy cansado. No puede seguir viviendo aquí sin pagar. No diga que no le he advertido.

Me bebí el resto del vaso. Era una cálida noche de Los Ángeles.

—Estoy cansada de follar con imbéciles —dijo ella.

—No te preocupes, yo ganaré el dinero —le dije.

—¿Cómo? Si no sabes hacer nada.

—Ya lo sé.

—¿Entonces cómo vas a conseguirlo?

—De alguna manera.

—Ese último tío me jodió tres veces. Me dejó el coño despellejado de tanta refriega.

—No te preocupes, nena, yo soy un genio. El único problema es que nadie lo sabe.

—¿Un genio en qué?

—No sé.

—¡Mister Van Culofrito!

—Ese soy yo. Por cierto ¿sabes que al primo de Milton Berle le cayó una roca en la cabeza?

—¿Cuándo?

—Ayer u hoy.

—¿Qué clase de roca?

—No sé. Me imagino que una especie de gran piedra amarillenta.

—¿Y a quién coño le importa?

—A mí no. Desde luego que no. Excepto...

—¿Excepto qué?

—Excepto que creo que esa roca me ha hecho seguir vivo.

—Hablas como un gilipollas.

—Soy un gilipollas.

Hice una mueca de salvaje idiotización y serví vino a mi alrededor.

Todos los ojos del culo de este mundo y el mío

«El sufrimiento de un hombre no es nunca mayor que el determinado por la naturaleza.»

Conversación Oída En Una Partida De Dados

1

Era la novena carrera y el nombre del caballo era Queso Verde. Ganó 6 a uno y yo me saqué 52 billetes por cinco dólares; estaba ganando pasta y eso requería un trago. «Tío, dame un cubata de queso verde», le dije al camarero. Esto no le confundió. El sabía lo que yo estaba bebiendo. Me había pasado allí toda la tarde. Había estado bebido toda la noche anterior, y cuando volví a casa, por supuesto, necesité algunos tragos más. Estaba bien surtido. Tenía whisky, vodka, vino y cerveza. Un funerario o alguien llamó hacia las 8 de la tarde y dijo que quería verme.

—Muy bien —le dije—, trae bebidas.

—¿Te importa si traigo amigos?

—Yo no tengo amigos.

—Quiero decir mis amigos.

—Me importa un carajo lo que hagas —le dije.

Entré en la cocina y llené un vaso de agua con tres cuartos de whisky. Me lo bebí de un trago como en los viejos tiempos. Solía beberme una botella de un quinto en una hora, y una de medio en dos. «Queso Verde», les dije a las paredes de la cocina. Abrí un bote largo de cerveza helada.

2

El funerario llegó y se apoderó del teléfono. Muy pronto empezó a aparecer gente desconocida, todos ellos trayendo bebidas. Había un montón de mujeres y yo me imaginé violándolas a todas ellas. Me senté en la alfombra, sintiendo la luz eléctrica contra mi cara, sintiendo el alcohol desfilando a través de mi cuerpo como una cabalgata de reyes, como un ataque sobre mi alma, como una incursión en la locura.

—¡Nunca tendré que volver a trabajar! —les dije—. ¡Los caballos me cuidarán como ninguna puta lo hizo NUNCA!

—¡Oh, ya lo sabemos, señor Chinaski! ¡Ya sabemos que es usted un GRAN hombre!

Había una zorrilla de pelo gris en el sofá, frotándose las manos, mirándome y abriendo sus labios húmedos. Se me estaba insinuando. Me puso enfermo. Acabé la bebida que tenía en la mano, encontré otra en alguna parte y me la bebí también. Empecé a hablar a las mujeres. Les prometí las maravillas de mi poderosa polla. Ellas reían. Yo me insinuaba. Allí. Entonces me levanté y me fui hacia las mujeres. Los hombres me apartaron. Para cualquier hombre maduro yo debía parecer un chaval idiota recién salido del colegio. Si yo no hubiese sido el gran señor Chinaski, alguien me hubiera dado de hostias. Como lo era, me rasgué la camisa y me ofrecí a salir con cualquiera que tuviese cojones al jardín. Tuve suerte. Nadie tenía muchas ganas de partirme la cara.

Cuando mi mente se aclaró, eran las 4 de la mañana. Todas las luces estaban encendidas y todo el mundo se había ido. Yo seguía allí sentado. Encontré una cerveza caliente y me la bebí. Luego me fui a la cama con la sensación que todos los borrachos conocen: que había hecho el imbécil, pero me importaba tres cojones.

3

Había estado jodido con hemorroides durante 15 o 20 años; también con úlceras, un hígado deshecho, forúnculos en el culo, ansiedad y neurosis, y otras diversas clases de enfermedades, pero me aguantaba y seguía con todo ello esperando a que un día todo desapareciese de golpe.

Parecía que la bebida me ayudaba a superarlo. Un día me sentí débil y atontado, pero eso era normal. Eran las hemorroides. No se arreglaban con nada: baños calientes, pomadas, nada valía. Mis intestinos casi colgaban fuera de mi culo como el rabo de un perro. Fui a ver a un médico. Sólo me lanzó una mirada.

—Operación —dijo.

—De acuerdo —dije yo—, lo único que ocurre es que soy un cobarde.

—Bien, ya, eso lo haga más difícil.

Piojoso nazi cabrón, pensé.

—Quiero que tome usted este laxante el magtes porr la noche, y luego se levanta a las 7 de mañana ¿ya? y darse el enema, riegesé con este enema hasta que el lavadorr esté limpio ¿ya? Entonces yo darr un otro vistazo el miégcoles a las 10 de mañana.

—Ya wohl, mein Führer Furcia.

4

El tubo del enema se salía continuamente, y el cuarto de baño se quedó completamente mojado y yo tenía frío y me dolía la tripa, y me estaba ahogando entre babas y mierda. Así es como el mundo finaliza, no con una bomba atómica ni nada de eso, sino con mierda y mierda y mierda. Con todo el equipo que había comprado, no venía nada para apretar la pera del agua, y mis dedos no sabían hacerla funcionar bien, así que el agua salía a chorros que iban a parar fuera y lo encharcaban todo. Me llevó una hora y media y para entonces mis hemorroides se comían el mundo. Pensé continuamente en abandonarlo todo y morirme. Encontré un bote lleno de goma de terpentina en mi armario. Era un hermoso bote rojo y verde. «¡PELIGRO!», decía. «Nocivo o mortal si se traga.» Yo *era* un cobarde: volví a dejar el bote en su sitio.

5

El doctor me tumbó encima de una mesa.

—Ahoga relojé la espalda, ¿ya?, relojése, relojése...

De repente, me metió en el culo un extraño aparato en forma de cuña, y empezó a extender un tubo que se arrastraba por mi intestino buscando obstrucciones, buscando cánceres.

—¡Ha! Ahoga si duele un poco, ¿nien? Aulle como un perro, vamous. ¡Ja ja ja ja ja jaaa!

—¡Sucio cabrón follamadres!

—¿Kómmo?

—¡Mierda, mierda, mierda! ¡Tú, quemador de perros! ¡Tú, puerco, sádico...! Tú hiciste arder a Juana en el poste, tú metiste clavos en las manos de Cristo, tú votaste por la guerra, tú votaste por Goldwater, tú votaste por Nixon... ¡Hijo de puta! ¿Qué me estás HACIENDO?

—Pgonto ya acabo. Usted aguanta bienn. Va a serr un buen paciente.

Volvió a guardar el tubo y entonces le vi escudriñándome con algo que parecía un periscopio. Me echó de un golpe unas cuantas gasas en el culo ensangrentado y yo me levanté y me puse mis ropas.

—¿Y para qué va a ser la operación?

El sabía lo que yo quería decir.

—Simplemente porr hemorroidess.

Mientras me iba, le miré las piernas a su enfermera. Ella sonrió dulcemente.

6

En la sala de espera del hospital una niña miró nuestras caras grises, nuestras caras blanquecinas, nuestras caras amarillentas...

—¡Todo el mundo se está muriendo! —proclamó. Nadie le contestó. Yo pasé la página de un viejo ejemplar del *Time*.

Luego de la rutina de rellenar los impresos... análisis de sangre... orina. Me llevaron a una sala de cuatro camas en el octavo piso. Cuando vino la pregunta acerca de mi religión, yo contesté «Católico» para salvarme de las miradas e interrogatorios que habitualmente seguían a una declaración de ateísmo. Estaba cansado de todas las discusiones y papeleos y explicaciones. Era un hospital católico —tal vez conseguiría así mejor servicio o la bendición del Papa—.

Bueno, me encerraron con otros tres tíos. Para mí, el monje, el solitario, jugador, playboy, idiota, todo estaba acabado. Mi soledad amada, el refrigerador lleno de cervezas, los puros a cualquier hora, los números de teléfono de las mujeres de grandes culos, de grandes piernas. Todo.

Había uno con la cara amarilla. Parecía algo así como un gran pájaro gordo sumergido en orina y secado al sol. Continuamente estaba apretando su timbre. Tenía una voz quejumbrosa y sollozante.

—Enfermera, enfermera, ¿dónde está el doctor Thomas?

—No sé dónde está.

—El doctor Thomas me dio ayer un poco de codeína. ¿Dónde está el doctor Thomas?

—No lo sé.

—¿Puede darme una píldora para la tos?

—Están en su mesilla, coja una.

—Pero estas no me paran la tos, y esa medicina que me dan tampoco es nada buena.

—¡Enfermera! —aullaba un tío de pelo blanco desde la última cena—. ¿Puede darme más café? Quiero más café.

—Voy a ver —dijo ella, y salió.

Mi ventana dejaba ver colinas, un declive de colinas levantándose. Miré a las colinas. Estaba oscureciendo. Nada más que casas encima de colinas. Viejas casas. Tuve la extraña sensación de que estaban deshabitadas, que todo el mundo había muerto, que todo el mundo se había rendido. Escuché a los tres hombres quejarse de la comida, del precio del hospital, de los doctores y enfermeras. Cuando uno hablaba, los otros dos no parecían escuchar, no contestaban. Entonces otro comenzaba a hablar. Hacían turnos. No había otra cosa que hacer. Hablaban vagamente, eliminando sujetos. Estaba allí con un okie, un cameraman y el pájaro amarillo meado. Fuera de mi ventana una cruz cambiaba intermitentemente de color en medio del cielo —primero era azul, y entonces se ponía roja, y luego azul de nuevo—. Era de noche y cerraron las cortinas alrededor de nuestras camas. Me sentí mejor, y me di cuenta de que el dolor o la posible muerte no me acercaban a la humanidad, sino más bien al contrario. Empezaron a llegar visitantes. Yo no tuve ninguno. Me sentía como un santo. Miré por mi ventana y vi algo escrito cerca de la cruz luminosa intermitente, MOTEL, decía. Los cuerpos allí estarían tumbados en mejor armonía. Follando.

7

Un pobre diablo vestido de verde entró y me afeitó el culo. ¡Había trabajos tan terribles en este mundo! Este era uno que yo no conocía.

Me pusieron una especie de gorro de baño en la cabeza y me echaron encima de una camilla. Ya estaba. El quirófano. El cobarde deslizándose por pasillos hacia la muerte ridícula. Había un hombre y una mujer, me empujaban la camilla y sonreían, parecían muy tranquilos. Me metieron en un ascensor. Había cuatro mujeres en él.

—Voy al quirófano. ¿A alguna de ustedes, señoras, le gustaría cambiar el puesto conmigo?

Ellas se pegaron a la pared y rehusaron contestar.

En la sala de operaciones esperamos la llegada de Dios. Dios entró por fin:

—¡Bienn, bienn, bienn, aquí está mein amigo!

Ni siquiera me molesté en replicar una mentira tan evidente.

—Póngase boca abajo, porr favorr.

—Bueno —dije—, supongo que es demasiado tarde para echarme atrás.

—Ya —dijo Dios—. ¡Aboga está usted en nuegstro poderr!

Vi cómo me ataban con correas. Me abrieron las piernas. Entró el primer espinal. Sentí cómo me ponían toallas por la espalda y alrededor del ojo del culo. Otro espinal. Un tercero. Yo no paraba de hablar, de gritar e insultarles. El cobarde, el showman, silbando en la oscuridad.

—Pónganle a dogmirr ¿ya? —dijo él. Sentí un pinchazo en el hombro. Anestesia. No estaba bien. Tenía a demasiados borrachos a mi espalda como para dejarles solos.

—¿Alguien tiene un cigarro? —pregunté.

Alguien se rió. Yo me estaba quedando frito. Mala forma. Decidí quedarme tranquilo.

Pude sentir el cuchillo hurgándome en el culo. No sentía dolor.

—Aquí egsto —le oí decir—, égsta ess la obstrucciónn prrincipal. ¿Vess? Enn aquí...

8

La sala de recuperación era de lo más triste. Había algunas mujeres de muy buen aspecto paseando por ahí, pero me ignoraban. Me incorporé sobre mi codo y miré a mi alrededor. Cuerpos por todas partes. Todo muy muy blanco y en silencio. Operaciones de verdad. De pulmón. Cardíacas. De todo. Me sentí como un aficionado, me sentí avergonzado. Me alegré cuando me sacaron de allí. Mis tres compañeros de habitación se quedaron mirándome fijamente cuando me entraron. Me eché de la camilla a la cama. Me encontré con que mis piernas estaban todavía dormidas y no tenía control sobre ellas. Decidí dormir. El lugar entero era deprimente. Cuando desperté me dolía de verdad el culo. Pero las piernas seguían dormidas. Pensé en mi polla y me pareció como si no estuviese. Quiero decir que no había ninguna sensación de tacto o presencia. Excepto que tenía ganas de mear y no podía hacerlo. Era horrible y traté de olvidarlo.

Uno de mis antiguos amores vino a visitarme, y se sentó allí mirándome. Yo le había dicho que iba a ser operado. Por qué se lo dije, no lo sé.

—¡Hola! ¿Qué tal estás?

—Bien, sólo que no puedo mear.

Ella sonrió.

Hablamos un poco sobre algo y luego se marchó.

9

Era como en las películas: todos los enfermeros parecían ser homosexuales. Uno me pareció algo más macho que los otros.

—¡Eh, compadre!

El se acercó.

—No puedo mear. Quiero mear pero no puedo.

—Vuelvo dentro de un momento. No se preocupe, le solucionaré su problema.

Esperé un buen rato. Entonces volvió, abrió la cortina de mi cama y se sentó. Me agarró la polla.

Jesús, pensé, ¿qué va a hacerme? ¿Me la irá a chupar?

Pero miré y me di cuenta de que había traído una especie de aparato. Vi cómo sacaba una aguja hueca y me la metía por el agujero de la uretra. Las sensaciones, que yo pensaba que habían desaparecido de mi polla, volvieron de repente.

—¡Mierda cabrona! —me quejé.

—No es la cosa más agradable del mundo, ¿eh?

—Cierto, cierto, tienes toda la razón. ¡Weeowe! ¡Mierda y Jesús!

—Pronto acabo.

Me fue introduciendo la aguja hasta tocar la vejiga. Presionó y pude ver cómo el orinal plano al que iba a dar el tubo se iba llenando de orina. Esta era una de las cosas que no sacaban en las películas.

—¡Por Dios, muchacho, ya vale, ya vale! Te aseguro que has hecho un buen trabajo.

—Sólo un momento. Ya está.

Sacó la aguja. Fuera de la ventana, mi cruz azul y roja cambiaba y cambiaba de color. Cristo colgaba de la pared con un trocito de palma seca clavado en los pies. Los hombres maravillas no se convertían en dioses. Aunque fuese duro admitirlo.

—Gracias —le dije al enfermero.

—A servir, a servir.

Cerró la cortina y se fue con su aparato.

Mi pájaro amarillo meado apretó su timbre.

—¿Dónde está esa enfermera? ¿Por qué no viene la enfermera?

Apretó de nuevo el botón.

—¿Funcionará el timbre? ¿Estará estropeado mi timbre?

La enfermera entró.

—¡Me duele la espalda! ¡Oh, me duele *terriblemente* la espalda! ¡Nadie ha venido a visitarme! ¡Apuesto a que ustedes se han dado cuenta, eh, tíos! ¡Ni siquiera mi esposa! ¿Dónde está mi esposa? Enfermera, súbame la cama. ¡Me *duele* la espalda! ¡VAMOS! ¡Más alta! ¡No, no, Dios mío; la ha dejado demasiado alta! ¡Más baja, más baja! ¡Aquí, pare! ¿Dónde está mi cena? ¡No he cenado todavía! Mire...

La enfermera se largó.

Mi pensamiento le daba más y más vueltas al aparatito de mear. Probablemente tendría que comprar uno, llevarlo conmigo el resto de mi vida. Utilizarlo en callejones, detrás de los árboles, en el asiento trasero de mi coche... con esa aguja...

El okie de la cama uno no hablaba mucho.

—Es mi pie —les dijo de repente a las paredes—. No puedo entenderlo, mi pie se queda todo hinchado por las noches y no vuelve a quedarse bien. Duele, duele.

El tipo del pelo blanco de la esquina pulsó su timbre.

—Enfermera —dijo—, enfermera. ¿Qué tal si me trae una taza de café?

Realmente, pensé, mi principal problema es procurar no volverme loco.

10

Al día siguiente, el viejo peloblanco (el cameraman) se acercó con su café y se sentó en una silla al pie de mi cama.

—No puedo aguantar a ese hijo de perra —me dijo.

Hablaba del pájaro amarillo meado. Bueno, no había otra cosa que hacer con el viejo peloblanco más que hablar con él. Le dije que la bebida había contribuido en gran manera a traerme a mi actual estado de vida. De paso le conté algunas de mis borracheras salvajes y

algunas de las demenciales cosas que habían ocurrido. El también tenía algunas buenas para contar.

—En mis viejos tiempos —me contó—, solía haber grandes trenes de color rojo que circulaban entre Glendale y Long Beach, creo que era. Funcionaban durante todo el día y la mayor parte de la noche excepto durante un intervalo de hora y media, creo que entre las 3:30 y las 5:30 de la mañana. Bueno, yo andaba por ahí bebiendo una noche y conocí a un tío en un bar, cuando el bar cerró nos fuimos a su casa y acabamos con algo de mosto que él había dejado allí. Luego salí de su casa y me perdí. Me metí por una calle sin salida, pero sin saber que era una calle sin salida. Iba conduciendo muy de prisa. Seguí derecho hasta que choqué con los raíles del tren. En el choque, el volante me pegó en la barbilla y me dejó sin sentido. Y me quedé allí, con mi coche en medio de los raíles, desmayado. Sólo que tuve suerte porque era la hora y media en que los trenes no circulaban. No sé cuánto tiempo estuve allí. El pito del tren me despertó. Abrí los ojos y vi un tren viniendo derecho hacia mí a toda máquina. Tuve el tiempo justo de arrancar el coche y dar marcha atrás. El tren pasó atronador delante mío. Yo conduje hacia casa, con las ruedas delanteras dobladas y pinchadas, andando a tumbos, haciendo blop, blop, blop...

—Es emocionante.

—Otra vez estoy sentado en el bar. Justo enfrente hay un sitio donde comen los ferroviarios. El tren se para y los hombres bajan a comer. Yo estoy sentado al lado de un tipo en este bar. Se vuelve hacia mí y me dice: «Yo antes conducía una de esas cosas y estoy seguro de que puedo conducirla de nuevo. Vamos y verás cómo la arranco». Salgo con él y subimos a la locomotora. El, tranquilo, va y pone en marcha la cosa. Salimos a una buena velocidad. Entonces yo empecé a pensar: ¿qué coño estoy haciendo aquí?, y le dije al tío: «¡No sé lo que harás tú, pero yo me *largo!*». Conocía lo suficiente de trenes como para saber dónde estaba el freno. Tiré de la palanca y antes incluso de que el tren parase yo salté afuera por un lado. El saltó por el otro lado y nunca lo volví a ver. Muy pronto había una masa de gente alrededor del tren, policías, inspectores del ferrocarril, mecánicos, reporteros, mirones... Yo en medio del gentío, mirando. «¡Vamos a acercarnos a ver qué ha pasado!», dijo alguien a mi lado. «Ná, coño», dije yo, «no es más que un tren». Tenía miedo de que quizás alguien me hubiese visto. Al día siguiente aparecía una historia en los periódicos. La cabecera decía: «UN TREN VA HASTA PACOIMA POR SI SOLO...» Yo recorté el relato y lo guardé. Conservé ese recorte por diez años. Mi mujer solía verlo. «¿Por qué diablos guardas ese recorte?», me decía, «no lo entiendo, UN TREN VA HASTA PACOIMA POR SI SOLO». Yo nunca se lo dije. Todavía tenía miedo. Usted es el primero al que se lo cuento.

—No se preocupe —le dije—, ni un alma volverá a escuchar esta historia de nuevo.

Entonces me empezó a doler de verdad el culo y peloblanco me sugirió que pidiera una inyección. Lo hice. La enfermera me la puso en la cadera. Cuando se fue, cerró la cortina de mi cama, pero peloblanco siguió allí al lado, sentado. De hecho, ahora tenía un visitante con el que hablar. Un visitante cuya voz me atravesaba mis jodidas tripas. Realmente me las sacaba.

—Voy a mover todos los barcos alrededor del cuello de la bahía. Haremos una toma ahí mismo. Estamos pagando al capitán de cada uno de esos barcos 890 dólares al mes y todos tienen dos chicos a su servicio. Hemos conseguido una flota y la tenemos que usar, pienso yo. El público está listo para una buena historia marina. No han oído una buena historia de barcos desde Errol Flynn.

—Ya —dijo peloblanco—, esas cosas van por ciclos. El público ahora está listo. Necesitan una buena historia marina.

—Claro, hay muchos chavales que no han visto nunca una película marina. Y hablando de chavales, es lo que voy a usar. Los haré correr por los barcos. La única gente mayor que vamos a usar será la que guíe el timón. Llevaremos los barcos por la bahía y rodaremos allí. Dos de los barcos necesitan mástiles, ese es el único defecto. Les pondremos unos mástiles y entonces empezaremos.

—El público seguro que está listo para una película marina. Es un ciclo y el ciclo se repite.

—Están preocupados con el presupuesto. Carajo, no va a costar mucho. Por qué...

Yo abrí la cortina y le dije a peloblanco:

—Mire, puede pensar que soy un hijo de puta, pero ustedes están encima de mi cama. ¿No puede irse con su amigo a su cama?

—¡Claro, claro!

El productor se levantó.

—Coño, lo siento. No sabía...

Era gordo y sórdido; satisfecho, feliz, enfermante.

—Está bien —dije yo.

Se fueron a la cama de peloblanco y siguieron hablando de la historia de barcos. Todos los moribundos del octavo piso del Queen of Angels Hospital pudieron oír la maldita historia de barcos. El productor finalmente se fue.

Peloblanco me miró.

—Ese es el productor más grande del mundo. Ha producido más películas que cualquier otro ser vivo. Ese era John F.

—John F. —dijo el pájaro meado—, ya, ha hecho algunas grandes películas. ¡Grandes películas!

Yo traté de dormirme. Era difícil dormir por la noche porque todos roncaban. A un tiempo. Peloblanco era el más estrepitoso. Por la mañana siempre me despertaba para quejarse de no haber podido dormir. Esa noche el pájaro amarillo de la pared se la pasó aullando. Primero porque no podía cagar. «¡Hagan algo, Dios mío, voy a reventar!» O porque algo la dolía. O ¿dónde estaba su médico? Continuamente cambiaba de médico. Cuando uno no podía aguantar más y se iba, otro venía a relevarle. No podían encontrarle ninguna enfermedad a este pájaro meado. No existía ninguna: quería a su madre, pero su madre estaba muerta.

11

Finalmente conseguí que me trasladaran a una sala semiprivada. Pero fue un mal envite. Su nombre era Herb y como me dijo el enfermero: «No está enfermo. No tiene nada mal». Llevaba puesta una bata de seda, se afeitaba dos veces al día, tenía un aparato de televisión que nunca apagaba, y visitantes todo el tiempo. Era la cabeza de un gran e importante negocio y utilizaba la fórmula de llevar su pelo gris muy corto para dar idea de juventud, eficiencia, inteligencia y brutalidad.

La televisión era peor de lo que había podido imaginar. Yo nunca había tenido un televisor y no estaba acostumbrado a su presencia. Las carreras de autos estaban bien, podía soportar las carreras de autos, aunque eran muy estúpidas. Pero había una especie de Campaña. Un Maratón por alguna causa, y estaban recolectando dinero. Empezaron por la mañana muy temprano y siguieron durante todo el día. Aparecían cifras indicando cuánto dinero habían recolectado hasta el momento. Había alguien con un gorro de cocinero. No sé qué coño significaría. Y había una vieja terrible con cara de rana. Era horriblemente fea. No me lo podía creer. No podía creer que toda esa gente no supiese lo feas y desnudas y carnosas y desagradables que parecían sus caras —como si estuviesen violando todas las ideas decentes, como si destrozasen a zarpazos todo cerebro no momificado—. Y ellos sólo se movían y tranquilamente ponían sus caras en la pantalla y hablaban entre sí y se reían de algo. Era muy difícil reír con sus chistes y sus bromas, pero no parecían tener ningún problema para hacerlo. Esas caras... ¡Esas caras! Herb no decía nada acerca de ello. Sólo se quedaba mirando como si estuviese interesado. Yo no conocía los nombres de aquella gente, pero todos eran estrellas de algún tipo. Anunciaban un nombre y entonces todo el mundo se excitaba —excepto yo—. No podía entenderlo. Me puse un poco enfermo. Deseé volver a la

antigua habitación. Mientras tanto intentaba hacer mis primeros movimientos de intestino. No pasó nada. Un pequeño flujo de sangre. Era un sábado por la noche. Vino el cura.

—¿Quiere la comunión para mañana a las 10? —me preguntó.

—No, gracias, padre, no soy muy buen católico. No he ido a la iglesia desde hace 20 años.

—¿Fue usted bautizado católico?

—Sí.

—Entonces usted sigue siendo católico, solamente es una pobre oveja perdida.

Era como en las películas: hablaba como un pavo, justo igual que Cagney. ¿O era Pat O'Brien el que llevaba el cuello blanco? Todas las películas que yo había visto estaban fechadas: la última que había visto era *The Lost Weekend*. El me dio un pequeño folleto.

—Lea esto —y se fue.

LIBRO DE ORACIONES, decía. *Recopilación para uso en hospitales y otras instituciones.*

Leí.

Oh Eterna y siempre bendita Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, con todos los ángeles y santos, te adoro.

Mi Reina y Madre, te entrego todo mi ser; y para mostrarte mi devoción, te consagro en este día mis ojos, mis oídos, mi boca, mi corazón, mi entero ser sin ninguna reserva.

Corazón agonizante de Jesús, ten piedad del moribundo. Oh Dios mío, me prostro de rodillas, te adoro...

Uniros a mí, Espíritus benditos, para dar gracias a Dios de los perdones que es tan generoso con una criatura tan despreciable.

Fueron mis pecados, querido Jesús, los que causaron tu amarga angustia... mis pecados que te azotaron, y te coronaron de espinas y te clavaron a la cruz. Confieso merecer sólo el castigo.

Me levanté y traté de cagar. Habían pasado tres días. Nada. Sólo algo de sangre de nuevo y las cicatrices de mi recto desgarrándose. Herb tenía puesto un show de variedades.

—El Batman va a venir al programa esta noche. ¡Quiero ver al Batman!

—¿Sí? —me arrastré de vuelta a mi cama.

Estoy especialmente avergonzado de mis pecados por impaciencia e ira, mis pecados de cobardía y rebelión.

El Batman apareció. Todo el mundo en el programa pareció excitado.

—¡Es el Batman! —dijo Herb.

—Bueno —dije yo—, mira qué bien, el Batman. *Dulce corazón de María, sé mi salvador.*

—¡Puede cantar! —dijo Herb—. ¡Mira: está cantando.!

El Batman se había quitado su traje de murciélago y estaba vestido en traje de paisano. Era un tipo de apariencia muy ordinaria, con una cara blanda y pálida. Cantó. La canción duró y duró y el Batman parecía muy orgulloso de su canto, por alguna razón.

—¡Puede cantar! —exclamó Herb, embobado.

Mi buen Dios, ¿qué soy yo y quién eres tú, a quien oso acercarme?

Soy sólo una pobre, miserable y pecadora criatura, totalmente inmerecedora de aparecer ante ti.

Le di la espalda a la televisión y traté de dormir. Herb la tenía puesta muy alta. Yo tenía algo de algodón que me puse en los oídos, pero ayudó muy poco. Nunca volveré a cagar, pensé, nunca podré volver a cagar, con estas cosas. Tengo las tripas cosidas, cosidas... ¡Seguro que de esta me vuelvo loco!

Oh Señor, mi Dios, desde este día acepto de tu mano deseoso y con sumisión, la clase de muerte que tú quieras mandarme, con todos sus sufrimientos, dolores y angustias. {Indulgencia completa una vez al día, bajo las condiciones usuales.}

Finalmente, a la 1:30 de la madrugada, no pude soportarlo más. La había estado escuchando desde las 7 de la mañana del día anterior. Mi mente estaba bloqueada para el resto de la eternidad. Sentí que había soportado largamente la cruz en esas dieciocho horas y media. Me volví hacia él.

—¡Herb! ¡Hombre, por el amor de Cristo! ¡No puedo más! ¡Voy a explotar, voy a perder un tornillo! ¡Herb! ¡PIEDAD! ¡NO PUEDO AGUANTAR LA TELEVISION! ¡NO PUEDO AGUANTAR A LA RAZA HUMANA! ¡Herb! ¡Herb!

Se había quedado dormido, sentado.

—Tú, sucio lamecoños —dije.

—¿Quezz? ¿Qué?

—¿POR QUE NO APAGAS ESA COSA?

—¿Apa... gar? Ah, claro, claro... ¿Por qué no me lo dijiste, chico?

12

Herb también roncaba. Y además hablaba en sueños. Conseguí dormirme hacia las 3:30 de la madrugada. A las 4:15 me despertó algo que sonaba como una mesa arrastrada por el pasillo. De repente, las luces se encendieron y una enorme mujer de color apareció de pie ante mí con una libreta. Cristo, era fea, era una puta gorda y estúpida. ¡Que Martin Luther King y la igualdad racial se condenen! Era bestial, podía sacarme con facilidad la mierda a golpes. ¿Quizás fuese una buena idea? ¿Sería la última ceremonia? ¿Sería ya mi fin?

—Mira, nena —dije—. ¿Te importa decirme qué pasa? ¿Es éste el jodido final?

—¿Es usted Henry Chinaski?

—Me temo que sí.

—Le esperan abajo para la comunión.

—¡No, espere! El confundió las señales. Yo le dije: *No quiero comulgar*.

—Ah —dijo ella.

Cerró la cortina y apagó las luces. Pude oír la mesa o lo que quiera que fuese arrastrándose con más fuerza por el pasillo. El Papa iba a disgustarse conmigo. La mesa hacía un ruido infernal. Pude oír a los enfermos y moribundos despertándose, tosiendo, haciendo preguntas a la oscuridad, llamando a las enfermeras.

—¿Qué era eso, chico? —preguntó Herb.

—¿Qué era qué?

—Todo ese ruido, y las luces.

—Era el Ángel Negro, el Bestia del Batman preparando el Cuerpo de Cristo.

—¿Qué?

—Duérmete.

13

Mi médico vino a la mañana siguiente; examinó mi culo y me dijo que podía irme a casa.

—Pego hijo mmío, no se le ocugga montarr a caballo, ¿ya?

—Ya. ¿Pero qué me dice de algún coño caliente?

—¿Commo?

—El acto sexual.

—¡Oh, *nein, nein!* Pasagán de seiss a ocho semanas antes de que usted poder hacerr *algo normal*.

El se fue y yo comencé a vestirme. La televisión ya no me molestaba. Alguien dijo en la pantalla: «Me pregunto si mis spaguettis estarán ya hechos». Metía su cara en la cazuela y cuando levantaba la mirada tenía todos los spaguettis pegados a la cara. Herb se reía. Yo le estreché la mano.

—Hasta la vista, tío —le dije.

—Ha estado bien —dijo él.

—Sí —dije yo.

Estaba listo para irme, cuando ocurrió. Corrí al retrete. Sangre y mierda. Mierda y sangre. Era lo suficientemente doloroso como para hacerme hablar a las paredes. «¡Oooh, mamá, sucios hijos de puta, oh mierda mierda, oh monstruos dementes, oh vosotros, apaleamierdas, cielos, soplapollas, fuera, fuera! ¡Mierda, mierda y mierda, YOW!»

Finalmente cesó. Me limpié, me puse una gasa, me subí los pantalones, me fui hacia mi cama y cogí mi bolsa de viaje.

—Hasta la vista, Herb querido.

—Hasta la vista, chico.

Lo adivinasteis. Volví a salir corriendo hacia el retrete.

—¡Vosotros, sucios jodegatos jorobamadres! ¡Ooooooh, mier-damierdamierda! ¡MIERDA!

Salí y me senté un rato. Hubo un mínimo movimiento de tripas, no pasó nada y me sentí listo para irme. Bajé al recibidor y firmé una fortuna en facturas. No estaba en condiciones de leer nada. Me llamaron un taxi y me quedé fuera de pie, en la entrada de ambulancias, esperando. Llevaba conmigo mi pequeño orinal portátil. Un cacharro en el que puedes cagar después de llenarlo con agua caliente. Allí había tres okies de pie, dos hombres y una mujer. Sus voces eran fuertes y sureñas, y tenían el aspecto de no haberles pasado nunca nada —ni siquiera un dolor de muelas—. Mi culo empezó a temblar y a dolerme. Traté de aliviar la cosa sentándome, pero eso fue peor. Había un niño con ellos. Se vino corriendo hacia mí y trató de agarrar mi orinal. Empezó a tirar con fuerza.

—¡No, cabronazo, no! —le grité.

Casi consiguió quitármelo. Era más fuerte que yo, pero yo lo sujetaba con desesperación.

Oh Jesús, te encomiendo a mis padres, allegados, benefactores, maestros y amigos. Recompénsales de un modo muy especial por todos los cuidados y sufrimientos que les he hecho padecer.

—¡Tú, pequeño mamón! ¡Suelta mi cagadero! —le dije.

—¡Donny! ¡Deja a ese hombre tranquilo! —le gritó la mujer.

Donny se alejó corriendo. Uno de los hombres me miró:

—¡Hola! —dijo.

—Hola —le contesté.

El taxi parecía bueno.

—¿Chinaski?

—Sí, vámonos.

Entré delante con mi orinal. Me senté sobre una nalga y con las piernas fuertemente cruzadas. Le di la dirección. Y luego le dije:

—Escuche, si me pongo a gritar, pare detrás de algún anuncio, en una gasolinera, donde sea. Pero pare de conducir. Puede que tenga que ponerme a cagar.

—De acuerdo.

Nos pusimos en marcha. Las calles tenían buena pinta. Era mediodía. Yo seguía vivo.

—Escuche —le pregunté—. ¿Dónde hay una buena casa de putas? ¿Dónde puedo agarrar un buen pedazo de culo limpio y barato?

—No sé nada de esa materia.

—¡VAMOS! ¡VAMOS! —le grité—. ¿Parezco un imbécil? ¿Acaso parezco un enano? ¡Soy igual que tú, As de monos!

—No, no estoy bromeando. No sé nada de esas cosas. Yo conduzco de día. Puede que un taxi nocturno le sepa guiar en esas cosas.

—Está bien, te creo. Dobla aquí a la derecha.

El viejo caserón tenía buena pinta en medio de todos esos rascacielos. Mi Plymouth del 57 estaba cubierto con cacas de pájaro y los neumáticos estaban deshinchados. Todo lo que quería era un baño caliente. Un baño caliente. Agua caliente acariciando mi pobre ojo del culo. Tranquilidad. Los viejos folletos de apuestas, las cuentas del gas y de la luz. Las cartas de mujeres solitarias demasiado lejos para follar. Agua. Agua caliente.

Tranquilidad. Y yo mirando a las paredes, volviendo al hoyo de mi condenado espíritu. Le di una buena propina y caminé lentamente por el sendero de entrada. La puerta estaba abierta. Todo era espacioso. Alguien estaba martilleando contra algo. Las sábanas estaban fuera de la cama. Dios mío. ¡Había sido olvidado! ¡Había sido desalojado!

Entré.

—¡HEY! —grité.

El casero salió del cuarto de baño.

—¡Eeeh, no esperábamos que volviese tan pronto! El termo del agua caliente estaba roto y se inundó todo y tuvimos que quitarlo. Vamos a poner uno nuevo.

—¿Quiere decir que no hay agua caliente?

—No, no hay agua caliente.

Oh buen Jesús, acepto deseoso esta prueba a la que has tenido a bien someterme.

Su mujer entró.

—Oh, iba a hacerle la cama ahora mismo.

—De acuerdo. Muy bien.

El podría intentar tener el termo montado para ese mismo día. Podríamos estar faltos de medios. Es difícil obtener medios en domingo.

—Está bien, voy a hacerme la cama —dije.

—Yo la haré por usted.

—No, por favor, yo la haré.

Entré en el dormitorio y empecé a hacerme la cama. Entonces me vino. Saqué corriendo mi orinal portátil. Pude oírle a él martilleando contra el termo mientras yo estaba agachado, cagando. Me alegré de que estuviese dándole al martillo. Solté una tranquila retahíla de imprecaciones. Luego me metí en la cama. Oí a la pareja de la habitación de al lado. El estaba borracho. Estaban discutiendo.

—¡El problema contigo es que no tienes idea de nada! ¡No sabes nada! ¡Eres estúpida! ¡Y por encima de todo, eres una puta!

Era de nuevo el hogar. Era magnífico. Me acurruqué sobre mi estómago. En Vietnam los ejércitos estaban en ello. En los callejones los vagabundos chupaban botellas de vino. El sol estaba alto todavía. La luz pasaba a través de las cortinas. Vi a una araña arrastrándose por el borde de la ventana. Vi un viejo periódico en el suelo. Había una foto de tres jovencitas saltando una valla, mostrando mucha pierna. El lugar entero se parecía a mí y olía como yo. El papel de la pared me conocía. Era perfecto. Yo era consciente de mis pies, mis codos y mi pelo. No me sentía un viejo de 45 años. Me sentía como un condenado monje que acaba de tener una revelación. Sentí como si estuviese enamorado de algo que era muy bueno pero no estaba seguro de lo que era, sólo sabía que estaba allí. Escuché todos los sonidos, los sonidos de las motos y de los coches. Oí perros ladrando. Gente riéndose. Entonces me dormí. Dormí

y dormí y dormí. Mientras, una planta miraba por la ventana, mientras una planta me miraba.
El sol seguía brillando y la araña se arrastraba por las paredes.

Confesiones de un hombre lo bastante loco como para vivir con las bestias

1

Me recuerdo meneándome delante del espejo del armario después de ponerme los zapatos de tacón alto de mi madre, mirándome las piernas, levantándome lentamente la falda por los muslos, más y más alta, como si estuviese descubriendo los muslos de una mujer, recreándome en la visión de las piernas oscurecidas por las medias; y siendo interrumpido por dos amigos entrando en la casa.

—Sé que está por aquí en alguna parte.

Y yo vistiéndome apresuradamente, y entonces uno de ellos abriendo la puerta y encontrándome.

—¡Hijos de mala puta! —grité yo, y los eché fuera de casa destempladamente, y los oí hablar mientras se alejaban:

—¿Qué le pasa? ¿Qué coño le pasará?

2

K era una antigua modelo, y solía enseñarme sus viejos recortes y fotos. En una ocasión casi ganó un concurso de Miss América. La conocí en un bar de la calle Alvarado, lo más cercano del mar que se puede estar sin tener que mojarse el culo.

Había ganado peso y edad, pero quedaban todavía signos de una figura, una distinción, aunque fuesen signos muy velados. Ambos estábamos de baja. Ninguno de los dos trabajaba y jamás sabré cómo salimos adelante. Cigarrillos, vino y una casera que se creía nuestras historias de dinero a punto de llegar, pero no exactamente ahora. En fin, más que nada necesitábamos tener vino.

Dormíamos la mayor parte del día. A veces, cuando empezaba a oscurecer, teníamos que levantarnos, y nos parecía como si subiésemos de los abismos de un infierno particular.

K: —Mierda, no puedo aguantar sin un trago.

Yo seguía en la cama fumándome el último cigarrillo.

Yo: —Bueno, leches, baja al Tony's y trae un par de oportos.

K: —¿Botellas?

Yo: —Claro, dos botellas. Que no sean Gallo. Ni de ese otro, me ha dado un dolor de cabeza para dos semanas. Y trae dos cajetillas de tabaco. De cualquier clase.

K: —¡Pero sólo hay 50 centavos!

Yo: —¡Ya lo sé! Pelea y enróllatelo por el resto. ¿Qué te pasa, *estúpida*?

K: —Dijo que no nos daría más...

—Yo: —Dijo, dijo. ¿Quién es ese tío? ¿Dios? ¡Háblale deprisa, sonríele! ¡Agita el culo delante de él! ¡Hínchale la polla! ¡Tíratelo en la trastienda si es preciso, pero trae ese VINO!

K: —Está bien, está bien.

Yo: —Y no vuelvas sin él.

K decía que me amaba. Solía atarme cintitas alrededor de la polla y luego hacía un pequeño sombrerito de papel para la cabeza.

Si ella volvía sin el vino o sólo con una botella, entonces yo bajaba como un loco y gritaba, amenazaba y sacudía al viejo hasta que me daba lo que yo quería, y más. Algunas veces yo volvía con sardinas, pan y patatas fritas. Fue una época particularmente buena, y

cuando Tony vendió el negocio empezamos el juego con el nuevo dueño, que era más duro de roer, demasiado duro. Eso se llevó lo mejor de nuestra relación.

3

Era como un taladro de madera, podía ser un taladro de madera, olí el aceite quemándose, y entonces ellos me metieron esa cosa en la cabeza, en mi carne, y empezó a taladrarme y a sacar sangre y pus, y yo había sentado allí a mi simiesco espíritu columpiándose sobre un precipicio. Mi cara estaba llena de granos del tamaño de pequeñas manzanas. Era ridículo e increíble. «El peor caso que he visto en mi vida», dijo uno de los doctores, y era bastante viejo. Me rodearon como si fuese una especie de monstruo. Era un monstruo. Sigo siendo un monstruo. Cogí el tranvía de ida y vuelta hasta el hospital de caridad. Los niños en los tranvías me miraban y preguntaban a sus madres:

—¿Qué le pasa a ese señor? Mamá, ¿qué le pasa a ese señor en la *cara*?

Y las madres les decían: —¡¡¡SHSSSSSSHHH!!!

Y ese shssssshhh era la peor condenación, y entonces dejaban a los pequeños bastardos mirarme por encima de los respaldos de los asientos y yo miraba por la ventanilla y veía pasar los edificios, y me ahogaba, aspiraba bocanadas de aire y me ahogaba, sin nada que hacer. Los médicos, por ausencia de casos precedentes o por lo que fuese, lo llamaban Acné Vulgaris. Yo me sentaba durante horas en un banco de madera mientras esperaba mi taladro. Vaya una historia digna de lástima, ¿eh? Recuerdo los viejos edificios de ladrillo, las enfermeras sencillas y descansadas, los doctores riéndose, teniéndolo hecho. Fue allí cuando aprendí de la falacia de los hospitales: que los doctores eran dioses y los pacientes mierda y que los hospitales existían para que los doctores pudieran hacérselo en su blanca superioridad almidonada, pudiendo hacerlo también, cómo no, con las enfermeras: «Doctor. Doctor. Doctor, píncheme el culo en el ascensor, olvide la amenaza del cáncer, olvide la amenaza de vida. No somos unas pobres imbéciles, no moriremos nunca; bebemos nuestro jugo de zanahoria, y cuando nos sentimos mal podemos tomar una pastilla, una inyección, toda la droga que necesitemos. Chiip, chiip, chiip, la vida nos cantará. Larga vida para nosotras». Yo me sentaba y ellos me metían el taladro. ZIRRRR ZIRRRR ZIRRRR ZIR, el sol mientras tanto hacía crecer dalias y naranjas y brillaba a través de los vestidos de las enfermeras, volviendo locos a los pobres diablos. Ziirrrr, zirrr, zirr.

—¡Nunca vi a *nadie* que soportara la aguja de este modo!

—¡Mírale, frío como el acero!

Veo otra vez el corro de folla-enfermeras a mi alrededor, un corro de hombres que poseían grandes casas y tenían tiempo para reírse y leer y acudir a los partidos y comprar pinturas y olvidarse de pensar, y olvidarse de sentir nada. Blancura almidonada y mi derrota. Por encima de mí y a mi alrededor, observándome.

—¿Cómo te sientes?

—Maravillosamente.

—¿No encuentras dolorosa la aguja?

—Que te den por culo.

—¿Qué?

—Dije que te den por culo.

—Es sólo un chaval. Es mal hablado. No se le puede culpar. ¿Qué edad tienes?

—Catorce.

—Sólo te estaba felicitando por tu valor, tu manera de aguantar la aguja. Eres duro.

—Que te den por culo.

—No puedes hablarme de ese modo.

—Que te den por culo. Que te den por culo. Que te den por culo.

—Deberías comportarte mejor. Imagínate que te quedas ciego si no te vacunásemos.

—Entonces no tendría que estar viendo sus malditas caras.

—Este chico está loco.

—Ya lo creo, déjale solo.

Esto fue en algún hospital de Los Ángeles y nunca pude imaginarme que 20 años después, volvería a un sanatorio de caridad. Hospitales, cárceles y putas: Estas son las universidades de la vida. Yo he alcanzado numerosos grados. Llámenme señor.

4

Tuve que sufrir otra de éstas. Vivíamos en el segundo piso de un viejo caserón y yo trabajaba. Eso fue lo que casi me mató, beber toda la noche y trabajar todo el día. Solía tirar siempre una botella contra la misma ventana. Solía bajar con esa ventana a la cristalería de la esquina a que la arreglaran, allí le ponían un vidrio nuevo en el marco. Hacía esto una vez a la semana. El hombre me miraba muy extrañamente pero siempre aceptaba mi dinero, que le parecía tan bueno como el de cualquier otro. Yo montaba la ventana y la rompía de nuevo de un botellazo. Había estado bebiendo fuerte durante 15 años, y una mañana me desperté y allí estaba: la sangre saliendo a borbotones de mi boca y culo. Moñigos negros. Sangre, sangre, cataratas de sangre. La sangre apesta peor que la mierda. Ella llamó a un doctor y la ambulancia vino a por mí. Los camilleros dijeron que yo era demasiado grande para acarrearme por las escaleras y me pidieron que bajara andando.

—Está bien, tíos —dije—. Con mucho gusto; no quiero que os matéis a trabajar.

Una vez fuera, subí a la camilla; me la pusieron delante y yo me tumbé en ella como una flor marchita. Un infierno de flor. Los vecinos asomaban sus cabezas por las ventanas, me miraban mientras era llevado hacia la ambulancia. Me habían visto borracho casi siempre.

—Mira, Mabel —dijo alguien—. ¡Allá va ese horrible hombre!

—¡Que Dios tenga piedad de su alma! —respondió Mabel.

Buena mujer, esa Mabel. Eché una bocanada de sangre por el borde de la camilla y alguien exclamó ¡OOOOhhhhhhooh!

Aunque estaba trabajando, no tenía dinero, así que me llevaron al hospital de caridad. La ambulancia estaba llena. Pobres moribundos apilados. «Completo», dijo el conductor, «vámonos». Fue un viaje horrible. Éramos sacudidos, caíamos unos encima de otros, gemíamos, la ambulancia se inclinaba. Hice todos los esfuerzos posibles para no echar sangre, porque no quería que aquello encima empezase a apestar.

—Oh —dijo la voz de una mujer negra—, no puedo creer que esto me esté sucediendo a mí, no puedo creerlo. ¡Oh, Dios mío, ayúdame!

Dios se hace muy popular en sitios como aquél.

Al llegar me bajaron a un oscuro sótano con algunos catres, alguien me dio algo en un vaso de agua y eso fue todo. Pasaron unos minutos y me puse a vomitar algo de sangre sobre la cama. Éramos cuatro o cinco enfermos en aquel sótano. Uno de ellos era alcohólico —y loco— pero parecía fuerte. Se levantó de su cama y empezó a vagar de un lado a otro, delirando, tropezando, cayéndose encima de los otros enfermos, golpeando cosas,

—Ra ra era, soy Raba el joba, soy juba soy jumma jubba el raskas, soy juba.

Yo agarré la jarra del agua para pegarle, pero nunca pasó cerca mío. Finalmente cayó en una esquina y se quedó allí, pasando de todo. Estuve en ese sótano toda la noche y hasta el mediodía del día siguiente. Entonces me subieron arriba. La sala estaba repleta y me pusieron en un oscuro rincón.

—Ooh, se va a morir en esta esquina tan oscura —dijo una de las enfermeras.

—Sí —dijo la otra.

Me levanté por la noche y no pude llegar hasta el retrete. Me puse a cagar sangre en medio del suelo. Caí y estaba demasiado débil para poder levantarme. Llamé a la enfermera, pero las puertas de la sala estaban cubiertas con estaño de casi 10 centímetros de grosor y no

podieron oírme. Una enfermera solía pasar cada dos horas para mirar si alguien se había muerto. Sacaban muchos cadáveres por las noches. Como yo no podía dormir, solía mirarles. Sacaban al tío de la cama, lo ponían sobre la camilla y le cubrían la cara con una sábana. Las camillas estaban bien engrasadas para no hacer ruido. Yo ahora tendría que esperar a que entraran a por alguno. Tal vez a por mí. Gritaba:

«¡Enfermera!», sin saber bien por qué. «¡Cállate!», me dijo un viejo, «queremos dormir». Perdí el sentido.

Cuando lo recobré estaban todas las luces encendidas. Dos enfermeras estaban tratando de levantarme.

—Le dije que no se levantara de la cama —dijo una de ellas.

Yo no podía hablar. Tenía tambores en la cabeza. Me sentí vaciado y muerto. Era como si pudiese oír todo, pero no podía ver, sólo llamaradas de luz. No sentía pánico, ni miedo; sólo una sensación de espera, de esperar algo sin preocuparme.

—Es usted demasiado grande —dijo una de ellas—, vamos a sentarle en esa silla.

Me sentaron en la silla y me arrastraron con ella. Yo me sentía como si no pesase más de tres kilos.

Entonces vinieron a mi alrededor: gente. Recuerdo un doctor con un gorro verde, un gorro de operar. Parecía furioso. Estaba hablándole a la enfermera jefe.

—¿Por qué no le han hecho una transfusión a este hombre? Está a punto de... m.p.d.

—Sus papeles pasaron por el piso de abajo cuando yo estaba arriba y los rellenaron antes de que pudiera verlos. Y, aparte, doctor, el paciente no tiene ningún crédito de sangre.

—¡Quiero que suban sangre, y la quiero aquí arriba AHORA!

¿Quién coño será este tío?, pensé, demasiado amable, muy raro, muy extraño para ser un doctor.

Comenzaron las transfusiones: tres litros y medio de sangre y dos de glucosa.

Una enfermera trató de darme de comer un rosbif con patatas, guisantes y zanahorias en mi primer almuerzo. Puso la bandeja delante mío.

—Infiernos, no puedo comerme esto —le dije—. ¡Me mataría!

—Cómalo —dijo—, está en su lista, está en su dieta.

—Tráigame algo de leche —dije.

—Cómase eso —dijo ella, y se fue.

Yo lo dejé allí sin tocarlo.

Cinco minutos más tarde, entró corriendo en la sala.

—¡NO SE COMA ESO! —gritó—. ¡No puede TOMAR ESO! ¡Ha habido una equivocación en la lista!

Se lo llevó y volvió con un vaso de leche.

Tan pronto como me metieron la primera botella de sangre, me sentaron en una camilla y me bajaron a la sala de rayos X. El doctor me hizo poner de pie. Yo no podía sostenerme y me caía hacia atrás continuamente.

—¡ME CAGO EN LA PUTA! —gritó—. ¡ME HA HECHO ARRUINAR OTRA PLACA! ¿SE VA A QUEDAR QUIETO SIN MOVERSE DE UNA MALDITA VEZ?

Lo intenté pero no podía sostenerme. Me caí de nuevo.

—Oh, mierda —dijo a la enfermera—. Llévenselo.

El Domingo de Resurrección, el Ejército de Salvación se puso a tocar justo debajo de mi ventana a las 5 de la mañana. Tocaban una horrible música religiosa, la tocaban mal y con un estruendo infernal, y a mí me ahogaba, me atravesaba, casi me mata. Me sentí más cerca de la muerte esa mañana de lo que nunca me había sentido. Estuve a un centímetro, a un pelo de ella. Finalmente se fueron con la cencerrada a otra parte y yo empecé lentamente a revivir. Yo diría que aquella mañana esta gente mató probablemente a media docena de cautivos con su música.

Entonces apareció mi padre con mi puta. Ella estaba borracha y me di cuenta de que él le había dado dinero para que bebiera y así traérmela deliberadamente en ese estado a mi

presencia, para hacerme sentir desgraciado. El viejo y yo éramos enemigos desde tiempo inmemorial, en todo lo que yo creía él estaba en contra, y viceversa. Ella se sentó y empezó a bambolear la cama, enrojecida y borracha.

—¿Por qué la has traído así? —pregunté—. ¿Por qué no esperaste a otro día?

—¡Te dije que no era buena! ¡Te he dicho siempre que no era una buena mujer!

—Tú la has emborrachado y luego la has traído aquí. ¿Por qué estás siempre jodiéndome?

—¡Te dije que no era una buena mujer, te lo dije, te lo dije!

—¡Tú, hijo de la gran puta, una palabra más y voy a sacarme esta aguja del brazo, me voy a levantar y te voy a sacar la mierda a hostias!

El la cogió del brazo y se fueron.

Me imaginé que les habían telefoneado diciendo que iba a morirme. La hemorragia continuaba. Esa noche vino el sacerdote.

—Padre —le dije—, no se ofenda, pero, por favor, me gustaría morir sin ninguna clase de ritos, sin ninguna clase de palabras.

Me quedé sorprendido porque entonces él empezó a agitarse, a gesticular, a temblar atónito y furioso. Digo que me quedé sorprendido porque siempre creí que estos tíos tenían más frialdad. Pero al fin y al cabo, se limpian el culo como todo el mundo.

—Padre, hábleme a mí —dijo un anciano—, puede hablarme a mí.

El cura se fue con el anciano y todos felices.

Trece días después de aquella noche en la que ingresé regando sangre, yo estaba conduciendo un camión y descargando paquetes de más de 25 kilos. Una semana más tarde me tomé mi primer trago, el que decían que me mataría.

Supongo que algún día moriré en ese condenado hospital de caridad. Simplemente parece que no puedo escapar de él.

5

Mi suerte estaba de nuevo en decadencia y yo estaba demasiado nervioso debido a mis excesos con el vino; la mirada enloquecida y una gran debilidad; estaba demasiado deprimido para buscar mi habitual trabajo sencillo y ocasional como mozo de carga o chico de recados, así que me fui a una planta empaquetadora de carne en el matadero y entré en la oficina.

—¿No te he visto a ti antes? —me preguntó el encargado.

—No —mentí.

Había estado allí dos o tres años antes, había pasado por todo el papeleo, el reconocimiento médico, y una vez admitido me habían conducido escaleras abajo, pasando hasta cuatro plantas, y cada vez iba haciendo más frío y los suelos estaban cubiertos con una capa de sangre, suelos verdes, paredes verdes. Me había explicado en qué consistía el trabajo: pulsar un botón y entonces salía de la portezuela de la pared un ruido parecido al estruendo de una manada de elefantes cayendo, y entonces aparecía algo muerto, en gran cantidad, ensangrentado, y entonces, me explicó él, lo coges y lo colocas en ese camión frigorífico. Luego aprietas el botón y saldrá otro nuevo. Acabó la explicación y se fue. Cuando lo perdí de vista me quité el mono, el casco, las botas (tres tamaños más pequeñas que mi pie), subí las escaleras y me largué de allí. Ahora estaba de vuelta.

—Pareces algo viejo para este trabajo.

—Quiero recobrar la forma. Necesito trabajo duro, un buen trabajo duro —mentí.

—¿Podrás aguantar?

—Soy todo músculos. Solía trabajar en el Ring. He peleado con los mejores.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—Humm, puedo verlo por tu cara. Has debido encajar unas cuantas buenas palizas.

—No se preocupe por mi cara. Tengo manos veloces. Todavía las conservo. Tengo que utilizarlas en algo. Soy rápido y duro.

—Yo soy aficionado al boxeo. No me suena tu nombre.

—Peleaba bajo otro nombre, Kid Stardust.

—¿Kid Stardust? No me suena ningún Kid Stardust.

—Peleé por Sudamérica, África, Europa, las islas, peleaba en las ciudades industriales. Por eso hay tantos huecos en mi historial de trabajo. No me gusta poner que boxeo porque la gente se cree que estoy mintiendo o bromeando. Simplemente dejo los huecos y al infierno con ello.

—De acuerdo, preséntate mañana a las 9:30 y te pondremos a trabajar. ¿Dices que quieres un trabajo duro?

—Bueno, si hay alguna otra cosa...

—No, en estos momentos no. Sabes, aparentas por lo menos 50 años. Me pregunto si no estaré haciendo el imbécil. No queremos que la gente como tú nos haga perder el tiempo.

—Yo no soy ninguna gente: soy Kid Stardust.

—De acuerdo, Kid —dijo, riéndose—. ¡Te pondremos a TRABAJAR!

No me gustó su modo de decirlo.

Dos días más tarde entré en la planta 2 y le enseñé a un viejo que llevaba una libreta mi mono con mi nombre escrito: Henry Chinaski, y él me mandó a la cadena de carga, tenía que presentarme a Thurman. Me fui hacia allá. Había un grupo de hombres sentados en un banco de madera que me miraron como si fuese homosexual oapestado.

Les miré con lo que supuse que era un tranquilo desdén y pregunté lentamente con mi mejor acento barriobajero:

—¿Dónde está Thurman? Parece ser que tengo que ver a ese tío.

Alguien me lo señaló.

—¿Thurman?

-¿Sí?

—Estoy trabajando para ti.

—¿Sí?

—Sí.

Me miró.

—¿Dónde están tus botas?

—¿Botas? No me dieron —dije.

Se agachó bajo el banco y agarró un par, un viejo, gastado y maloliente par. Me las puse. La misma vieja historia: tres números demasiado pequeñas; mis pies estaban en ellas aplastados y doblados.

Luego me dio un delantal ensangrentado y un casco de metal. Me los puse. Me quedé allí de pie mientras él encendía un cigarrillo. Despachó la cerilla con gesto tranquilo y hombruno.

—Vamos.

Eran todos negros y cuando aparecí me miraron como si fuesen sultanes de color. Yo medía cerca de un metro noventa pero ellos eran todos más altos, y si alguno no lo era, era dos o tres veces más robusto.

—¡Hank! —gritó Thurman.

Hank, pensé, Hank, igual que yo. Es curioso.

Ya estaba sudando, con ese casco metálico encima de las orejas.

—¡Ponle a TRABAJAR! —le dijo.

Cristo y Cristo. ¿Qué había sido de las noches dulces y ociosas? ¿Por qué no le pasaba esto a Walter Winchell, que creía en el sueño americano? ¿No había sido yo uno de los estudiantes más brillantes en antropología? ¿Qué había pasado?

Hank me llevó consigo y me plantó enfrente de un gigantesco camión de medio sótano de largo, inmóvil, vacío e inquietante.

—Espera aquí.

Entonces varios de los sultanes negros se acercaron corriendo, arrastrando carros de ruedas pintados de un blanco triste y costrilloso, como detergente mezclado con mierda de gallina. Y cada uno de los carros estaba lleno de jamones que flotaban en sangre oscura y espesa. No, no flotaban en sangre, se sentaban en ella, como plomo, como balas de cañón, como la muerte.

Uno de los chicos saltó al interior del camión y otro empezó a lanzarme los jamones y yo los cogía y se los lanzaba al otro tío que daba media vuelta y los echaba al extremo del camión. Los jamones llegaban de prisa DE PRISA y eran pesados y se volvían cada vez más pesados. Tan pronto como lanzaba un jamón y me volvía, otro venía hacia mí por el aire. Sabía que estaban tratando de destrozarme. Muy pronto estuve sudando y sudando, como si me hubiesen abierto grifos por todo el cuerpo, y me dolía la espalda, me dolían las muñecas, me dolían los brazos, me dolía todo y estaba agotando el último soplo imposible de energía. Apenas podía ver, apenas podía someter mi cuerpo al esfuerzo de agarrar un jamón más y arrojarlo, un jamón más y arrojarlo. Estaba bañado en sangre y seguía agarrando la muerta, blanda y pesada *pécora* con mis manos. El jamón da un poco la impresión de una grupa de mujer, y yo estoy demasiado débil para hablar y decir: «¿Hey, qué COÑO pasa con vosotros, eh, tíos?». Los jamones llegan volando y yo giro, clavado como un hombre en una cruz debajo de un casco metálico, y ellos traen continuamente carros llenos de jamones y jamones y jamones y al fin están todos vacíos y yo estoy allí de pie, temblando y respirando fuertemente la luz eléctrica amarilla. Era de noche en el infierno. Bueno, a mí siempre me gustó el trabajo nocturno.

—¡Vamos!

Me llevan a otro sector. Por el aire, desde la lejana pared, viene hacia mí medio ternero colgado, o podía ser un ternero entero, sí, eran terneros enteros, pensándolo bien, desollados y sangrientos, con las cuatro patas estiradas, y uno de ellos venía hacia mí colgado de un gancho, recién acabado de matar, y se paró justo encima mío, colgando del gancho sobre mi cabeza, goteando sangre.

—Lo acaban de matar —pensé— han matado a esta condenada cosa. ¿Cómo pueden distinguir a un hombre de un ternero? ¿Cómo saben que yo no soy un ternero?

—¡ESTA BIEN: ABRÁZALO!

—¿Abrazarlo?

—¡Eso mismo: BAILA CON EL!

—¿Qué?

—¡Por el amor de dios! ¡George, ven aquí!

George se puso debajo del ternero. Lo agarró. UNO. Dio unos pasos hacia delante. DOS. Dio unos pasos hacia atrás. TRES. Dio bastantes pasos hacia delante. El ternero estaba casi paralelo al suelo. Alguien apretó un botón y por ahí se fue el bicho. Ya lo tenían, para los mercaderes de carne del mundo. Lo tenían para las charlatanas, simpáticas y bien alimentadas amas de casa imbéciles del mundo a las 2 de la tarde, peinadas, fumando cigarrillos con filtro sin sentir casi nada.

Me pusieron debajo del siguiente ternero.

UNO.

DOS.

TRES.

Lo tenía. Con sus huesos muertos contra mis huesos vivos, su carne muerta contra mi carne viva, y el hueso y el pesado corte sangrando a chorros, pensé en un coño cálido y hambriento, sentado enfrente mío en un sofá con las piernas cruzadas y levantadas, y yo con una copa en mi mano, acercándome despacio, con seguridad, hacia el blanco lugar de su cuerpo, y Hank gritó: ¡CUÉLGALO EN EL CAMIÓN!

Me fui dando traspies hacia el camión. El sentido de la vergüenza que me habían inculcado en las escuelas americanas me decía que no debía dejar caer el becerro al suelo porque esto probaría que yo era un cobarde y no era un hombre y que luego no podría esperar

más que continuas risas y burlas, y es que en América tienes que ser un vencedor, no hay más leches, tienes que aprender a pelear por cualquier pequeñez, sin preguntar ni dudar, y aparte, si yo dejaba caer el ternero, lo tendría que recoger y levantarlo, y sabía que eso nunca lo podría hacer. Además, se ensuciaría. Yo no quería que se ensuciase, o mejor dicho: ellos no querían que se ensuciase.

Entré balanceándome en el camión.

—¡CUÉLGALO!

El gancho que había era como un pulgar sin uña. Dejabas el ternero para que se enganchara, y resbalaba, lo levantabas de nuevo y volvía a resbalar, una y otra vez y el gancho no lo atravesaba ¡¡El culo de mi *madre*!! Era todo cartilaginoso y gordo, duro, duro.

—¡VAMOS! ¡VAMOS!

Utilicé mis últimas reservas y el gancho se clavó, fue una hermosa visión, un milagro, ese gancho atravesando la carne, ese ternero colgando sólito, completamente apartado de mi hombro, colgado para los abrigos y el sombrerito y el parloteo en la carnicería.

—¡MUEVETE!

Un negro de 145 kilos, insolente, cortante, frío, asesino, entró, colgó su carne de un golpe, y me miró desde arriba.

—¡Nos ponemos en fila aquí!

—De acuerdo campeón.

Salí delante de él. Otro ternero me estaba esperando. Cada vez que agarraba uno estaba seguro de que era el último que iba a poder aguantar, pero continuamente me decía: Uno más sólo uno más y luego escapo y a tomar por saco.

Estaban esperando que abandonase, lo podía leer en sus ojos, sus sonrisas cuando creían que yo no estaba mirando., No quería darles la victoria. Me iba a por un nuevo ternero. El jugador. La última carta del jugador arruinado de los viejos tiempos. Fui a por la carne.

Seguí por dos horas y entonces alguien gritó:

—DESCANSO.

Lo había conseguido. Un descanso de diez minutos, algo de café, y nunca lograrían hacerme abandonar. Caminé detrás de ellos hacia el carro del almuerzo. Podía ver el vapor del café levantándose en la noche; podía ver las rosquillas y cigarrillos y bollos y sandwiches bajo las luces eléctricas.

—¡EH, TU!

Era Hank. Parecía que yo le gustaba a Hank.

—¿Sí, Hank?

—Antes de descansar, coge ese camión y llévalo a la sección 18.

Era el camión que habíamos cargado anteriormente, el de medio sótano de largo. La sección 18 estaba cruzando toda la planta.

Abrí la puerta y subí a la cabina. Tenía un blando asiento de cuero y estaba tan bien que supe que si no lo combatía, pronto me quedaría dormido. Yo no era un conductor de camiones. Miré abajo y vi media docena de palancas, mandos, pedales y demás. Di la vuelta a la llave y el motor arrancó. Me puse a probar pedales y palancas hasta que la máquina se puso a andar y entonces lo conduje por toda la planta hasta la sección 18, pensando todo el rato: para cuando vuelva, el carro del almuerzo ya se habrá ido. Esto era una tragedia para mí, una verdadera tragedia. Estacioné el inmenso camión, apagué el motor y me quedé un minuto disfrutando de la blanda bondad del asiento de cuero. Luego abrí la puerta y salí fuera. Me olvidé del escalón o lo que quiera que fuese y me caí al suelo con mi delantal ensangrentado y mi casco metálico de Cristo, como si me hubiesen pegado un tiro. No me dolió, no sentía nada. Me levanté con tiempo para ver al carro del almuerzo saliendo por la verja hacia la calle. Los vi regresando al trabajo riéndose y encendiendo cigarrillos.

Yo me quité las botas, el delantal, el casco de metal, el mono, y caminé hacia la salida. Lancé todo el equipo por encima de la mesa. El viejo me miró:

—¿Qué? ¿Vas a abandonar un BUEN trabajo como éste?

—¡Dígales que me manden el cheque por dos horas o si no que se limpien el culo con él, me importa un carajo!

Salí. Cruzé la calle hacia un bar mexicano y allí me tomé una cerveza, luego cogí el autobús hasta mi casa. La educación de las escuelas americanas me había jodido otra vez.

6

La noche siguiente estaba sentado en un bar entre una mujer con una cinta alrededor de la cabeza y otra mujer sin cinta en la cabeza, y no era más que otro bar —estúpido, triste, cruel, imperfecto, desesperado, mierdoso, pobre y el pequeñísimo retrete apestaba y provocaba la náusea, y no podía hacer caca allí, sólo mear, vomitar o apartar asfixiado la cabeza, buscando la luz y el aire, rogando a tu estómago que sólo aguantase una noche más—.

Llevaba allí cerca de tres horas bebiendo y convidando a beber a la mujer sin cinta en la cabeza. No tenía mala pinta: zapatos caros, buenas piernas y trasero; justo al borde de la decadencia física, pero así es cómo parecen más sexys —por lo menos así me lo parece—.

Pedí otra copa, dos copas más.

—Ya está —le dije—, me he gastado el último céntimo.

—Estás bromeando.

—No.

—¿Tienes algún sitio donde dormir?

—Me quedan dos días de alquiler.

—¿Trabajas?

—No.

—¿Qué haces?

—Nada.

—Quiero decir que cómo has vivido hasta ahora.

—Fui agente de jockeys por un tiempo. Tenía un buen chico, pero le pescaron dos veces con una pistola en la verja de salida. Lo procesaron. Hice algo de boxeo, juego, incluso intenté la cría de pollos, me pasaba toda la noche sentado cuidándolos frente a los perros callejeros de las colinas, era duro, y entonces un día tiré un puro encendido a la paja sin darme cuenta y todo se incendió y todos mis pollos se quedaron fritos, mal fritos. Traté de buscar oro en el norte de California. Fui charlatán en una feria. Probé el comercio, probé de vendedor: nada me fue bien, soy un fracasado.

—Bébetelo eso —dijo ella— y vente conmigo.

Ese «vente conmigo» sonó bien. Acabé mi bebida y la seguí afuera. Subimos la calle caminando y paramos en una tienda de licores.

—Ahora tú no hagas nada —dijo— déjame hablar a mí.

Entramos. Ella cogió algo de salami, huevos, pan, bacon, cerveza, mostaza, escabeche, dos botellas de whisky bueno, Alka Seltzer y sardinas. Cigarrillos y puros.

—Cárguelo a la cuenta de Willie Hansen —le dijo al empleado.

Salimos con toda la compra y ella llamó un taxi desde el teléfono de la esquina. El taxi apareció y subimos detrás.

—¿Quién es Willie Hansen? —pregunté.

—Olvídalo —dijo.

Una vez en mi casa, me ayudó a poner los víveres en la nevera. Luego se sentó en el sofá y cruzó sus dos buenas piernas y se quedó allí, moviendo y girando el tobillo, mirándose el zapato negro, bello y adornado. Saqué el tapón de una botella y me puse a mezclar dos tragos bien fuertes. Era de nuevo un rey.

Esa noche en la cama, me paré en medio del acto y la miré.

—¿Cómo te llamas? —pregunté.

—¿Qué coño importa mi nombre?

Yo reí y seguí la marcha.

Venció el alquiler y yo metí todo, que no era mucho, en mi maleta de cartón. 30 minutos más tarde rodeamos un almacén de saldos y a nuestra vista apareció una vieja casa de dos pisos.

Pepper (así se llamaba, finalmente me había dicho su nombre) tocó el timbre y me dijo:

—Tú ponte detrás, deja que me vea a mí, y cuando suene el zumbido, yo empujo la puerta y tú me sigues.

Willie Hansen siempre bajaba por la escalera hasta el rellano, donde tenía un espejo que le mostraba quién estaba llamando a la puerta, y así podía decidir cuándo estaba en casa y cuándo no.

Decidió estar en casa. Sonó un zumbido, la puerta se abrió y yo seguí a Pepper adentro, dejando mi maleta al pie de la escalera.

—¡Nena! —ella subió a saludarle—. ¡Qué *bueno* volver a verte!

Era bastante viejo y sólo tenía un brazo. Le puso el brazo alrededor y la besó.

Entonces me vio.

—¿Quién es éste tío?

—Oh, Willie, quiero presentarte a un amigo. Este es el Kid.

—¡Hola! —dije.

El no me respondió.

—¿El Kid? No parece un chico.¹

—Kid Lanny. Solía pelear bajo el nombre de Kid Lanny.

—Kid Lancelot —dije.

Subimos a la cocina, Willie sacó una botella y sirvió varios vasos. Nos sentamos a la mesa.

—¿Te gustan esas cortinas? —me preguntó—. Las chicas hicieron esas cortinas para mí. Tienen mucho talento estas chicas.

—Me gustan las cortinas —le dije.

—Mi brazo se está quedando paralizado, apenas puedo mover los dedos, creo que voy a morirme, los médicos no saben encontrar mi mal. Las chicas creen que bromeo, las chicas se rien de mí.

—Le creo —le dije.

Tomamos un par de copas más.

—Me gustas —dijo Willie—. Tienes pinta de haber vivido, tienes pinta de haber adquirido clase. La mayoría de la gente no tiene clase. Tú tienes clase.

—No sé nada sobre clase —dije— pero sí que he vivido.

Tomamos algunos tragos más y nos fuimos al salón. Willie se puso una gorra de marino, se sentó delante de un órgano y empezó a tocarlo con su único brazo. Era un órgano muy potente.

Había monedas de un cuarto, de quince y perras chicas desparramadas por todo el suelo. Yo no hice preguntas. Nos sentamos allí bebiendo y escuchando el órgano. Aplaudí ligeramente cuando él acabó.

—Todas las chicas estuvieron aquí la otra noche —me contó— y entonces alguien gritó: ¡A CORRER! y deberías haberlas visto corriendo, algunas desnudas y otras en bragas y sostén, todas se pusieron a correr y acabaron en el garaje. ¡Fue condenadamente divertido! Yo me quedé sentado aquí arriba y ellas volvieron a subir en fila riéndose y empujándose. ¡Ya lo creo que fue *divertido!*.

—¿Y quién fue el que gritó A CORRER? —pregunté.

—Fui yo —dijo él.

Entonces se fue a su dormitorio, se quitó la ropa y se metió en la cama. Pepper entró y le besó y habló con él mientras yo paseaba recogiendo monedas del suelo.

¹ Kid en inglés quiere decir chico o jovencito, pero al mismo tiempo se suele utilizar como prefijo en los nombres de guerra en el boxeo (*N. del T.*)

Cuando ella salió, me señaló un lugar al final de la escalera. Yo bajé a por mi maleta y la subí.

7

Cada vez que se ponía la gorra de marino, la gorra de capitán, por la mañana, sabíamos que íbamos a ir al yate. El se ponía delante del espejo, ajustándosela hasta conseguir el ángulo propicio, y una de las chicas venía corriendo a decirnos:

—¡Vamos a salir en el yate! ¡Willie se está poniendo la gorra!

Como si fuera la primera vez. Salía con su gorra y nosotros le seguíamos hasta el garaje, sin decir una palabra.

Tenía un viejo coche, tan viejo que tenía detrás un asiento «ahítepudras» de esos que se levantan al abrir la compuerta trasera.

Las dos o tres chicas subieron delante con Willie, apretujándose y contorsionándose; no sé cómo lo consiguieron, pero lo consiguieron. Pepper y yo abrimos la portezuela del asiento y nos metimos. Ella dijo:

—Sólo sale cuando no está de resaca y no quiere beber. El hijo de puta no quiere que nadie beba tampoco. ¡Así que ten cuidado!

—Demonios, necesito un trago.

—Todos necesitamos un trago —dijo ella. Sacó una botella de tercio de su bolso y la abrió. Me la pasó.

—Ahora espera a que nos mire por el espejo retrovisor. Cuando vuelva su mirada a la carretera, te tomas un trago.

Traté de hacerlo. Funcionó. Entonces le llegó el turno a Pepper. Cuando llegamos a San Pedro, la botella estaba ya vacía. Pepper sacó algo de chicle, yo encendí un cigarrillo y saltamos afuera.

Era un bonito yate. Tenía dos motores y Willie se puso a mostrarme cómo poner en marcha el motor auxiliar en caso de que algo anduviese mal. Yo allí de pie, asentía sin escucharle. Algo aburrido y estúpido acerca de tirar de una cuerda para ponerlo en marcha. No sé.

Me enseñó cómo sacar el ancla, para salir del muelle, pero yo sólo pensaba en otro trago, y entonces salimos, y él estaba allí, en la cabina, con su gorra de capitán, llevando el timón, y todas las chicas se pusieron a su alrededor.

—¡Oh, Willie, déjame llevar el timón!

—¡Willie, déjame llevarlo!

Yo no quería llevar el timón. El le había puesto su propio nombre al barco: EL WILLHAN. Terrible nombre. Debería haberlo llamado EL COÑO FLOTANTE.

Bajé con Pepper al camarote y allí encontramos más bebida, bastante bebida. Nos quedamos allí bebiendo. Entonces le oí apagar el motor y bajar las escaleras.

—Vamos a volver —dijo.

—¿Por qué?

—Connie está con una de sus rabietas. Tengo miedo de que salte por la borda. No quiere hablarme, me está poniendo nervioso. Simplemente se queda allí sentada mirándome. No sabe nadar. Tengo miedo de que se tire al agua.

(Connie era la chica con la cinta alrededor de la cabeza.)

—Déjala que salte. Yo me echaré a por ella. La noquearé de un golpe, todavía conservo mi punch, y la subiré al barco. No te preocupes.

—No, vamos a volver. Además ¡habéis estado *bebiendo*!

Se fue arriba. Yo serví unos cuantos vasos más y encendí un puro.

8

Cuando tocamos el muelle, Willie bajó y dijo que volvería en seguida. No volvió en seguida. No volvió en tres días y tres noches. Dejó a todas las chicas allí. Simplemente cogió su coche y se largó.

—Está loco —dijo una de las chicas.

—Sí —dijo otra.

Había bastante comida y licores, así que nos quedamos allí a esperar a Willie. Había cuatro chicas incluyendo a Pepper. Hacía frío allí dentro, y no importaba lo que bebieses, o las mantas que te pusieses encima. Sólo había una manera de calentarse. Las chicas se lo tomaron como un juego:

—¡Ahora me toca a MI! —gritaba una.

—Ay, creo que ya me corro y acabo —decía otra.

—Ah, TU acabas —dije yo—. ¿Y YO qué?

Ellas se rieron. Finalmente, no pude hacerlo más.

Me acordé de que llevaba mi cubilete de dados conmigo, lo saqué, nos sentamos en el suelo y empezamos a jugar. Todo el mundo estaba borracho y las chicas tenían todo el dinero. Yo no tenía ni una perra, pero pronto tuve bastante en mis manos. Ellas no entendían el juego y yo se lo explicaba mientras íbamos jugando, y cambiaba de juego a medida que avanzábamos, según las circunstancias.

Así es cómo nos encontró Willie cuando volvió: jugando a los dados y borrachos.

—¡NO PERMITO EL JUEGO EN ESTE BARCO! —gritó desde lo alto de las escaleras.

Connie subió hacia él, le puso los brazos alrededor, le metió la lengua en su boca y luego le agarró las partes. El bajó las escaleras sonriendo, se sirvió un trago, sirvió tragos para todos nosotros, y nos sentamos charlando y riéndonos. El nos habló de una ópera para órgano que estaba escribiendo: *El Emperador de San Francisco*. Le prometí escribir la letra y esa noche volvimos todos a la ciudad, bebiendo y sintiéndonos bien. Ese primer viaje fue un molde de todos los siguientes. Una noche se murió y todos nos quedamos de nuevo en la calle, las chicas y yo. Una se fue al Este con todo el dinero. Yo me puse a trabajar en una fábrica de galletas para perros.

9

Estaba viviendo en algún lugar de la calle Kingsley y trabajaba como mozo en un sitio donde venden accesorios eléctricos.

Eran agradables días de calma. Bebía bastante cerveza todas las noches, olvidándome a menudo de comer. Me compré una máquina de escribir, una vieja Underwood de segunda mano con teclas que se quedaban enganchadas. No había escrito nada desde hacía diez años. Y ahora me emborrachaba de cerveza y me ponía a escribir poesía. Muy pronto tuve un buen taco de poemas y no sabía qué hacer con ello. Lo metí todo en un paquete y lo mandé a una nueva revista literaria de una pequeña ciudad de Texas. Me figuraba que nadie los querría, pero podía haber algún loco o snob al que le interesasen, y así no se perderían por completo.

Recibí una carta de respuesta, dos cartas de respuesta, cartas largas. Decían que yo era un genio, que era sobrecogedor, decían que yo era Dios. Leí las cartas una y otra vez y me emborraché y escribí una larga carta de respuesta. Mandé más poemas. Comencé a escribir poemas y cartas todas las noches, estaba lleno de mierda fértil.

La editora, que también era escritora, empezó a mandarme fotos suyas, y no tenía mala pinta, no del todo. Las cartas se fueron haciendo más personales. Decía que nadie quería casarse con ella. Su ayudante en la editorial, un hombre joven, le había ofrecido el matrimonio a cambio de la mitad de su capital, pero ella decía que no tenía dinero, que la gente sólo se imaginaba que tenía dinero. Al ayudante en la editorial le habían ingresado en un hospital psiquiátrico. «Nadie quiere casarse conmigo», me escribía continuamente, «tus

poemas serán presentados en nuestra próxima edición, una edición toda entera de Chinaski, y nadie quiere casarse conmigo, nadie. Habrás visto que tengo una deformidad, es mi cuello, nací así. Nunca me casaré».

Yo estaba muy borracho una noche. «Olvidalo» le escribí, «yo me casaré contigo. Olvidate del cuello. Yo tampoco soy una maravilla. Tú con tu cuello y yo con mi cara rota a zarpazos de tigre ¡nos imagino paseando juntos por la calle!».

Eché la carta al correo y me olvidé de todo, bebí otro bote de cerveza y me fui a dormir.

Días más tarde me llegó una carta: «¡Oh, soy tan feliz! Todo el mundo me mira y me dice: Niki ¿qué te ha ocurrido? ¡Estás RADIANTE, llena de vida! ¿Cuál es la causa? ¡Yo no les digo nada! ¡Oh, Henry, SOY TAN FELIZ!»

Incluía algunas fotos, particularmente horribles. Me asusté. Salí y compré una botella de whisky. Miré las fotos, me bebí el whisky. Me tumbé en la alfombra.

«Oh Señor, oh Jesús, ¿qué es lo que hice? ¿Qué es lo que hice? Bueno, os diré lo que haré, muchachitos: ¡Voy a dedicar el resto de mi vida a hacer feliz a esta pobre mujer! Será un infierno, pero soy duro. ¿Y qué otra cosa puede haber mejor que hacer a *alguien* feliz?»

Me levanté de la alfombra, no demasiado seguro de la última parte...

Una semana más tarde estaba esperando en la estación de autobuses, estaba borracho y aguardando la llegada de un autobús desde Texas.

Avisaron la llegada del autobús por los altavoces y me preparé para morir. Los vi saliendo por la puerta, tratando de compararlos con las fotografías. Y entonces vi a una joven rubia, de unos 23 años, con buenas piernas, andar vivo y una cara inocente con un cierto toque snob, de viveza y descaro, lo llamaríais vosotros; y el cuello no estaba mal, después de todo. Yo tenía 35 años por entonces.

Me acerqué hacia ella.

—¿Tú eres Niki?

—Sí.

—Soy Chinaski. Deja que lleve tu maleta.

Salimos al parking.

—Llevo esperando tres horas, nervioso, con sobresaltos, ha sido una espera infernal. Todo lo que podía hacer era tomarme algunas copas en el bar.

Ella puso la mano sobre el capot del coche.

—El motor está todavía caliente. ¡Acabas de llegar, cabronazo!

Yo reí.

—Tienes razón —dije.

Subimos a mi anciano coche y lo puse en marcha. Pronto estábamos ya casados en Las Vegas, y me gasté todo el dinero que tenía en eso y en el autobús de vuelta a Texas.

Subí al autobús con ella y sólo me quedaron treinta y cinco centavos en el bolsillo.

—No sé si a papá le va a gustar lo que hice —dijo ella.

—Oh Jesús, oh Dios —recé—. ¡Ayudadme a ser fuerte, ayudadme a ser valiente!

Ella me besó, me abrazó, me chupó y no pudo estarse quieta durante todo el viaje hacia la pequeña ciudad de Texas. Llegamos a las dos y media de la mañana, y mientras bajábamos del autobús, me pareció que el conductor le decía:

—¿Quién es ese vagabundo que te has agenciado, Niki?

Nos paramos en medio de la calle.

—¿Qué te dijo ese conductor? ¿Qué te dijo? —le pregunté, jugando con mis treinta y cinco centavos en el bolsillo.

—No me dijo nada. Vamos, ven conmigo.

Subió los escalones de un edificio.

—¿Eh, dónde coño vas?

Metió una llave en la cerradura y la puerta se abrió. Miré hacia arriba y grabadas en la piedra estaban las palabras: AYUNTAMIENTO MUNICIPAL.

Entramos.

—Quiero ver si he recibido correspondencia.

Entró en su oficina y miró en un escritorio.

—¡¡Me cago en la hostia, no hay correo!! ¡Le voy a enseñar a esa *perra* a robar mi correspondencia!

—¿Qué perra? ¿Qué perra, nena?

—Tengo una enemiga. Ven, sígueme.

Bajamos a la sala principal y ella se paró delante de una puerta. Me dio una horquilla.

—Anda, mira a ver si puedes abrir esta cerradura.

Me puse a intentarlo. Podía ver las cabeceras de los periódicos:

¡FAMOSO ESCRITOR Y PROSTITUTA REFORMADA
SORPRENDIDOS IRRUMPIENDO EN LA OFICINA
DEL ALCALDE!

No pude abrir la cerradura.

Salimos y nos fuimos a su casa, nos metimos en la cama y allí seguimos con aquello que habíamos empezado en el autobús.

Había pasado allí un par de días, cuando de repente sonó el timbre hacia las nueve de la mañana. Estábamos en la cama.

—¿Qué demonios pasa? —pregunté.

—Vete a abrir la puerta —dijo ella.

Me puse algo de ropa y fui a abrir la puerta. Había un insecto, allí, esperando de pie, continuamente le daban temblores, tenía alguna especie de fiebre. Llevaba puesta una gorra de chófer.

—¿Señor Chinaski?

-¿Sí?

—El señor Dyer me dijo que le enseñara las tierras.

—Espere un momento.

Volví a entrar.

—Nena, ahí fuera hay un insecto que dice que un tal señor Dyer quiere enseñarme las tierras. Es un insecto y le dan continuamente fuertes temblores.

—Bueno, vete *con* él. Ese es mi padre.

—¿Quién, ese insecto?

—No, el señor Dyer.

Me puse mis zapatos y calcetines y me fui a la puerta.

—De acuerdo, compadre —dije—, vámonos.

Fuimos en un coche por toda la ciudad y fuera de la ciudad.

—Eso es propiedad del señor Dyer —me iba señalando el insecto, y yo miraba— y eso otro también, y eso y eso —y yo miraba.

Yo no decía nada.

—Todas esas granjas —decía él— todas esas granjas son del señor Dyer. El las deja explotar y se queda con la mitad de los beneficios.

El insecto condujo hacia un frondoso bosque verde. Señaló.

—¿Ve aquel lago?

—Sí.

—Hay siete lagos en el interior del bosque, llenos de peces. ¿Ve aquel pavo caminando?

—Sí.

—Es un pavo salvaje. El señor Dyer se lo alquila todo a un club de caza y pesca que lo explota. Por supuesto, el señor Dyer o cualquiera de sus amigos pueden ir cuando quieran. ¿Usted pesca o tira?

—He tirado mucho en mis tiempos —le dije.

Seguimos marchando.

—El señor Dyer fue a la escuela allí.

—¿Ah, sí?

—Sí, en ese mismo edificio de ladrillo. Ahora lo ha comprado y lo ha restaurado como una especie de monumento.

—Fascinante.

Me llevó de vuelta a casa. —Gracias —le dije.

—¿Quiere que vuelva mañana por la mañana? Hay más cosas por ver.

—No, gracias, ya está bien.

Entré de vuelta. Era de nuevo un rey...

Y está bien acabarlo así, sin decirnos cómo lo perdí, de cualquier modo es algo acerca de un turco que llevaba un alfiler púrpura en su corbata y gozaba de una gran cultura y finas maneras. Yo no tenía ninguna posibilidad. Pero el turco también desapareció y las últimas noticias que tuve de ella eran de que estaba en Alaska casada con un esquimal. Me mandó una foto de su bebé, y decía que todavía escribía y que era feliz. Yo le contesté: «Mantente firme, nena, éste es un mundo chiflado».

Y, como dicen, eso fue todo.